



VIC LOGAN



Un hombre asustado



Elliot pisó a fondo el acelerador. Los focos de su automóvil taladraban la oscuridad de la desierta carretera.

«¿Por qué tanta prisa?», pensó.

—Todos los que huyen tienen prisa —se dijo a sí mismo.

¿Pero de qué huía?

—Acaso de mí mismo..., de todo lo que me rodea...



Vic Logan

Un hombre asustado

Bolsilibros - Servicio Secreto - 971

ePub r1.0

Lds 18.01.18

Título original: *Un hombre asustado*

Vic Logan, 1969

Cubierta: Santiago Tamurejo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Elliot pisó a fondo el acelerador. Los focos de su automóvil taladraban la oscuridad de la desierta carretera.

«¿Por qué tanta prisa?», pensó.

—Todos los que huyen tienen prisa —se dijo a sí mismo.

¿Pero de qué huía?

—Acaso de mí mismo..., de todo lo que me rodea... —se repitió.

Aflojó la marcha del coche y su rostro, otrora optimista y jovial, se mostraba ahora sombrío, amargo.

Pensó que a los treinta y dos años era un hombre acabado. No acabado en el sentido del fracaso, sino en el terreno feliz. Lentamente, su vida sentimental había iniciado un declive. Ya no sentía interés por nada que no fuera su trabajo.

—Elliot Vincent, científico, buena posición y condenado a la desgracia terrena.

Sobre el asiento, el folleto de un hotel de la costa: MAR BRAVA HOTEL. Allí se dirigía; quizá un par de días de descanso le sentaran bien. Elsa se lo había aconsejado. Sí... Un par de días de descanso. ¿Cuánto tiempo llevaba sin tomarse unas vacaciones? Pensó tomarse unas, pero...

Ahora las necesitaba más que nunca.

Aminoró de nuevo la marcha de su «Buick». El hotel ya no podía estar lejos y él. Elliot, necesitaba pensar, o acaso recordaba a pesar suyo...

Sí. Últimamente, su vida se había complicado.

Primero, el accidente de su mujer un año antes. La veía sentada en su sillón de ruedas con una mirada de reproche, como si le acusara a él de ser el culpable de su desgracia. Quizá lo fuese. Sí... Fue cuando decidieron pasar unos días de vacaciones. El tenía

trabajo, pero ella insistió tanto... No. Elliot no tenía el menor deseo de dejar su trabajo, pero acabó haciendo caso a su mujer, y durante el viaje ocurrió el accidente. El coche derrapó en una curva. Dio un par de vueltas de campana...

Elliot revivía la escena en toda su magnitud. Los momentos de pánico... Las consecuencias inmediatas... El, Elliot, salió milagrosamente ileso, pero Margaret, su esposa, quedó allí inconsciente, con las piernas rotas.

¡Parálisis!

¿Temporal?

Llevaba ya un año en aquel estado. Los médicos no habían perdido la esperanza, pero Margaret seguía sin poderse mover, y eso, aparte del dolor moral que causaba a Elliot, no era nada comparado con la hiriente amargura de la paciente.

El carácter de Margaret se había agriado hasta convertirse en insoportable. Aprovechaba el menor pretexto para hacer un drama. Una insignificancia se convertía en altercado, y por fin...

Fue un par de días antes. Él había salido del laboratorio a las seis. Solía hacerlo más tarde, pero aquella tarde se sentía cansado, abrumado, sumido en una especie de *surmenage*, como dirían los franceses. Todo era producto de la tensión en que vivía, porque, además...

Sí. Además, profesionalmente, tenía otros problemas. Su ayudante le había dejado cuando más le necesitaba. El jefe necesitaba el resultado de unas pruebas que no salían.

—Tendré que reemplazarle, Vincent —había dicho.

—Deme unos días.

—Está muy nervioso últimamente.

—Sí, lo estoy, pero procuraré concentrarme.

—Le encontraré otro ayudante, pero quiero esas pruebas antes de una semana.

Un científico no puede trabajar con una fuerte dosis de carga emocional. Necesitaba apaciguarse.

Y aquella tarde, sin proponérselo, encontró el antídoto. El antídoto se llamaba Marion. ¡Marion! ¿Quién iba a pensar en Marion al cabo de tantos años?

Y el encuentro no pudo ser más casual. Elliot había detenido su coche para entrar en un bar, tomar un café y no pensar en nada.

Ella cruzaba la calle.

—¡Elliot!

El parpadeó. No. No le costó ningún trabajo reconocerla. Estaba tan bonita como antes. ¿Cuántos años...?

—Marion. De veras que es la más grata sorpresa que podía tener... ¡Vamos! Tomaremos cualquier cosa. Yo iba a entrar en... — Y señaló el bar.

—No tengo mucho tiempo. Mi jefe me espera. He salido un momento para un recado...

Hablaron de los viejos tiempos, de mil cosas intrascendentes de cuando él buscaba su oportunidad y ella acababa de dejar prácticamente sus estudios. Sí. Hablaron del viejo club donde se conocieron.

—Siete años... —musitó él.

—Una eternidad, según como se mire —sonrió ella.

Elliot recordó los buenos ratos que habían pasado juntos. Le gustaba la muchacha. ¿Por qué no se casó con ella? Bueno... Era simple. Elliot necesitaba situarse, quería ser alguien...

—La fortuna —murmuró él, en la inesperada entre vista— vino por el lado más inesperado. Heredé de un hermano de mi padre. Alguien a quien no conocía. Luego me casé...

Ella notó su rictus amargo.

—¿Algo va mal, Elliot?

—No, supongo que todos tenemos nuestros problemas.

—Yo, no —sonrió ella—. No estoy casada.

—Será porque no quieres.

—Bueno... Mi jefe me lanza algunas indirectas, pero yo no estoy demasiado segura. Pienso que cuando encuentre a mi hombre notaré alguna señal... Me fío del corazón, ¿sabes? Soy así de romántica.

Sonrió de aquella manera que sabía hacerlo. Todo era optimismo en Marion. Optimismo y frescor. Los años la habían hecho más mujer, y, sin embargo, no pasaría de los veintitrés... Sí, era más mujer, pero sin dejar su espíritu juvenil, aniñado.

—¿Y a qué te dedicas?

—Trabajo en una compañía de exportaciones e importaciones, Soy la secretaria del jefe... ¡Oh! Es joven y muy galante, pero...

—¿No te decides?

Ella negó. Se interesó por él.

—Vamos, Elliot. Deberíamos vernos más a menudo... Bueno..., suponiendo que tu mujer no sea celosa... Me cuesta trabajo saberte casado.

—Pues lo soy. Hace dos años.

Hubo un silencio. Ella pareció comprender.

—Si no quieres hablar de ello...

Elliot necesitaba en quién confiarse. Le explicó parte de sus problemas sentimentales, los que atañían a la desgracia sufrida por su esposa.

—A esto tengo que añadir las pequeñas cuestiones de mi trabajo —siguió Elliot—. No puedo pensar con la debida calma... Me siento... No sabría cómo decírtelo. Todo se viene abajo de pronto.

—Necesitas unas vacaciones. Unos días tranquilo. Conozco un sitio ideal. Mi jefe va algunas veces.

—Ahora no puedo dejar lo que tengo entre manos.

—¡Oh! Como científico, debe ser algo importante.

—¡Bah! No hablemos de esto...

—Elliot —murmuró ella, en tono compasivo—. Hazme caso. Hay un hotel. Se llama Mar Brava, Está en la costa, en un sitio solitario y tranquilo, sobre todo en esta época del año. No hacen preguntas. Yo he ido algunas veces.

—Tú no tienes problemas, has dicho —replicó Elliot, forzando una sonrisa.

—Para llevar cosas a mi jefe. Proyectos que allí estudia con calma, sin presiones, sin visitas inoportunas.

Le anotó las señas en una hoja de bloc.

—Por si te decides. Yo tengo que dejarte. Lo siento. Pero llámame. Tengo un pequeño apartamento en Sussex Street; mi número viene en la guía. Llámame si puedo ayudarte en algo.

—Gracias, Marion. Nuestro... encuentro ha tenido la virtud de alejarme por unos momentos de la realidad.

—Mi pobre Elliot. En fin... Confío en que nos veremos pronto.

Salieron a la calle. Ella cruzó la acera. El quedó mirándola, Luego se dio cuenta de que alguien le estaba observando: Lavinia Torent.

¡Lavinia Torent!

Era una amiga íntima de su mujer... Y estaba en su casa cuando

él, tras dar unas vueltas sin rumbo determinado, regresó a su hogar.

Lavinia ya se iba. Le miró de un modo extraño, acusador. Elliot presintió lo que iba a ocurrir.

La agria actitud de su esposa fue otro presagio.

—¿Tienes mucho trabajo últimamente, eh?

—Hoy he salido un poco antes.

—No se nota...

—He tropezado con una antigua amiga...

—Es mejor que te lo calles...

—Pero, Margaret... ¿Qué estás pensando?

—¿Qué puedo pensar, Elliot?

Había un tono de reticencia, de mal contenida acusación.

—Margaret, por Dios. Tú me conoces...

—No estoy segura de conocerte muy bien, Elliot...

—No sé qué ha podido decirte Lavinia, pero...

—Me has hablado de tu encuentro porque ella os vio. Sabías que Lavinia me lo contaría.

—Marion es una antigua amiga. La conocí antes que a ti. No había vuelto a verla antes...

—¡Basta, Elliot! No me cuentes detalles.

—Margaret, me torturas y te torturas a ti misma. Daría mi fortuna entera por verte libre de esta silla... Margaret..., hemos sido felices...

—¡Hemos sido! —cortó ella, tajante—. Tú lo has dicho. Hemos sido. Ya nunca volveremos a serlo.

—¿Por qué te empeñas en refugiarte en esa frialdad? ¡Oh, Margaret, tengo docenas de problemas!...

—Si yo soy un problema, ya sabes el camino. Pide el divorcio.

—Margaret. Sabes que no podría.

—Claro. Tendrías que pasarme una elevada pensión. ¿Es eso, verdad? Es eso lo que tanto te preocupa. Es ése el motivo por el que tú mismo no has planteado antes la cuestión.

—Acabo de decirte que daría todo lo que tengo...

—¡Palabras! Tienes dinero. Me compraste porque yo tenía un nombre, descendía de una buena familia y tenía amistades... Por eso ocupas el puesto que ocupas; un puesto que no se compra con dinero.

—Me tienes en un concepto muy bajo, Margaret... No te lo tomo

en cuenta. Estás nerviosa, amargada. ¡Dios mío! Termina ya de torturarte.

—Déjame, Elliot. Vete con quien quieras... Pero ¡cuidado! Si sé que vas con esa amiga, te arrepentirás. Te lo aseguro.

Elliot no podía más. ¡Estalló!

—¡Basta de suposiciones, Margaret! Ni siquiera en tu estado te consiento que dudes de mí.

—Ahora, incluso me gritas. Eres un perfecto patán.

—Margaret, escucha... Seamos razonables... —Trató de serenarse, de volver a recobrar la calma.

—No quiero escucharte, Elliot, no quiero...

La violenta discusión fue interrumpida por el teléfono.

Era Moore, el director del laboratorio.

—Elliot. Mis socios insisten en que quieren los resultados de su trabajo cuanto antes.

—Oiga, Moore, ya le he dicho...

—Elliot, sé que tiene problemas, pero yo también tengo los míos. Le espero esta noche.

—Ahora no puedo, Moore, lo siento. Mi esposa...

—Elliot..., es para tratar del asunto del sustituto de su ayudante.

—Por favor, Moore, ahora no. Podemos hablar mañana. No son horas.

—¿Qué le pasa, Elliot? ¿Es que ya no le interesa su trabajo?

—Oiga, Moore. Ha llamado en el peor momento. Mañana...

—Tengo a dos de mis socios aquí. ¿Quiere que quede mal con ellos?

Era como una goma que estuviera tirante y alguien la distendiera más y más, y más y más. ¡Basta!

—¡He dicho que no! —gritó, y colgó de inmediato.

Su esposa seguía allí. Mirándole de forma acusadora.

—Margaret... —empezó.

—También sé —murmuró ella— que últimamente has perdido tu interés por el trabajo... Fue mi padre el que te colocó en los laboratorios.

—¿Qué tratas de insinuar ahora, Margaret?

El tono sarcástico de su esposa le enfurecía más que cuando le hablaba con dureza.

—Cristofer. —Margaret se refería a Moore— me ha hablado de

tu desgana en estos últimos días. ¿Sabes lo que cree, Elliot? Que desde que tu ayudante se fue ya no eres el mismo.

—Margaret, no sabes lo que dices.

—Temo que hayas logrado tu nombre a costa de otros, Elliot.

—Ahora tratas de herirme deliberadamente.

—No quiero que nadie piense que mi padre se equivocó contigo.

—¡Basta, Margaret! O tendré que recordarte que tu padre tuvo que vivir a mis expensas y jamás escupió sobre mi dinero.

—¡Al fin lo has dicho, Elliot! Tenías que terminar siendo grosero... Sí... Estábamos arruinados. ¿Qué quieres, que me arrodirle a tus plantas para darte las gracias?

—¡Ya es demasiado, Margaret! Se acabó. Me voy. ¿Lo has oído? Me voy... Creo que necesito ese descanso.

Apenas si preparó lo justo para pasar una noche fuera. Un simple maletín. Luego salió de estampida y subió al coche.

Pisó a fondo.

En el bolsillo llevaba todavía la hoja de papel que Marion le diera aquella misma tarde.

Sí. Iría a aquel hotel. Necesitaba estar solo y no pensar en nada, absolutamente en nada...

Le dieron una habitación del tercer piso. El empleado le mostró el cuarto de baño y la terraza.

—Tiene vistas al mar por la parte del acantilado. Es mejor que el lado de la playa. Muchos los prefieren.

El empleado aguardó.

—Si necesita algo, le atenderemos enseguida. El servicio de bar es permanente para nuestros clientes.

Elliot comprendió. El empleado esperaba la propina.

Sacó unas monedas del bolsillo y las entregó al hombre. Luego, cuando quedó a solas en su habitación, pensó una vez más en si era o no lógico lo que había hecho. ¿Podría realmente descansar?

Miró la lujosa y moderna habitación del hotel. Le pareció fría, impersonal. Un hotel jamás podrá reemplazar el hogar.

Se acercó a la terraza. Abrió las puertas. La luz de la luna le permitía ver el acantilado, relativamente cercano.

Sí. El lugar era pintoresco, y el hotel, situado en un lugar en verdad estratégico. Un saliente, un pequeño cabo, con playa a un lado y rocas en el lateral. Un sitio para descansar cuando los

problemas son agobiantes. Pero..., ¿podría conseguirlo él?

Nunca había hecho una cosa semejante, pero quizá jamás lo había necesitado tanto como entonces...

Miró con los ojos perdidos en la lejanía, sin ver más que un vacío absoluto. Su propio vacío.

La brisa otoñal se convirtió en vientecillo fresco. Elliot apenas lo notaba.

Sus ojos escudriñaban el pintoresco y bello lugar, aunque él no viese belleza por ninguna parte.

Le pareció ver a una mujer... Sí. Su silueta se recortaba por encima de los peñascos.

Corría y el viento agitaba sus cabellos y su falda.

Se fijó sin darle mucha importancia. Sin embargo..., ¿qué podía hacer una mujer a aquellas horas en las rocas? El viento era cada vez más desapacible. Sí. Hacía frío. Iba a volver adentro, pero de pronto...

La mujer seguía corriendo. Tras ella apareció un hombre.

¿Acaso la perseguía?, se preguntó Elliot.

La respuesta era afirmativa. Sin duda, se trataba de una persecución.

Ella cayó. El hombre se acercaba.

Elliot fijó más intensamente su atención. Por unos instantes había olvidado sus propios problemas.

Ahora, el hombre había alcanzado a la mujer. Parecían estar discutiendo. Agitaban sus manos como peleando.

Elliot agrandó los ojos. El hombre la atenazaba por el cuello. Ella se debatía como una hoja expuesta al viento.

Todo sucedía como una pesadilla. Elliot parpadeó.

«No... No puede ser», pensó.

La mujer quedó inmóvil. El hombre la arrastró unos metros más hacia el borde del acantilado.

¡La soltó!

—¡Dios mío! —exclamó Elliot.

Acababa de ser testigo presencial de un asesinato.

CAPÍTULO II

El hombre llevaba una trinchera color claro.

Elliot, como petrificado, le vio acercarse hacia el hotel. Instintivamente, apagó la luz.

El hombre pareció dudar un instante. Elliot creyó que estaba mirando justamente a su terraza. Quedó quieto en la oscuridad. Luego vio cómo el asesino de la trinchera seguía avanzando hacia el edificio.

Elliot tragó saliva. ¡Era un huésped del hotel!

Cerró la terraza y salió de su habitación, dirigiéndose hacia la escalera.

Bajó con agilidad los tres pisos, y se encaminó hacia el bar.

Se sentó en uno de los taburetes. Desde allí dominaba la puerta de entrada.

Estaba solo en la barra. El barman se acercó.

—¿Qué le sirvo, señor?

Elliot no contestó. Tenía la mirada fija en la puerta.

El hombre de la trinchera apareció en el umbral.

—Señor... —repitió el *barman*.

—Sí, sí... Un *whisky*. Doble.

Volvió la mirada hacia el espejo que había tras el mostrador. Trató de aparentar absoluta serenidad cuando vio que el asesino se dirigía también hacia la barra.

Se sentó dos taburetes más allá.

El barman sirvió el *whisky* a Elliot y luego sonrió al recién llegado.

—Buenas noches, señor Kramer. ¿Lo de siempre?

El hombre de la trinchera sonrió.

—Sí, Joe, lo de siempre.

Lentamente, Elliot se volvió. Su mirada se encontró de lleno con la del hombre de la trinchera, aquel hombre a quien el barman acababa de llamar Kramer. Aquel hombre que momentos antes había asesinado a una mujer...

Aquella mutua mirada sólo duró un segundo, pero a Elliot se le antojó un siglo. Volvióse hacia su *whisky*, que tomó de un solo trago.

«Calma, Elliot —se dijo—. Calma... Que no se de cuenta... Hay... hay que avisar a la policía. Es un deber».

Se levantó del taburete, después de dejar algún dinero sobre el mostrador.

Ando con paso normal, a pesar de sentir clavada a su espalda la mirada del hombre de la trinchera.

Se dirigió hacia el ascensor para subir a su piso.

Abrió la puerta y encendió la luz. Corrió hacia la terraza y cerró con los pesados cortinajes de tapicería moderna.

Entonces se dispuso a llamar por teléfono, pero no logró tocarlo.

El timbre sonó y, sin saber por qué, tuvo un sobresalto.

Dejó que sonara un par de veces. Al fin tomó el auricular.

La voz del telefonista informó.

—No se retire, por favor.

¿Quién podía llamarle?

Salió de dudas enseguida, al escuchar una voz femenina.

—¡Vaya! Me alegro que hayas seguido mi consejo.

—¡Marion! —exclamó Elliot, al reconocer la voz de su amiga.

—Sí, hombre, la misma... No te sorprenda tanto.

—Marion..., ¿cómo sabías...?

—Si me dejas que venga, te lo explicaré enseguida.

—Pero..., ¿estás en el hotel?

—Sí. Y te he visto llegar. ¿Me abres la puerta?

—Sí, sí, claro.

Colgó. Estaba francamente sorprendido.

Marion no tardó ni cinco minutos en cruzar el umbral de la puerta.

—Bueno, hombre. No soy un fantasma —sonrió.

—Estoy... francamente aturdido.

—Si es por mi causa, te lo explicaré. Ya te dije que mi jefe suele venir aquí con alguna frecuencia, y a menudo lo recomienda a

clientes y amigos. Uno de esos clientes se hospeda aquí, y yo he venido a traerle un recado.

—Pues sí que es casualidad.

—No tanto. Ya me conoce todo el mundo. Por eso te recomendé este sitio. Es tranquilo y relajante...; uso palabras de mi jefe. En realidad, yo sólo vengo por cuestiones de trabajo. Ya ves... Tengo que regresar. —Consultó la hora—. Voy a llegar después de la medianoche.

La naturalidad y espontaneidad de la joven contrastaban con el estado anímico de Elliot.

—Marion... —empezó.

—Pero ¿qué te pasa? Estás pálido... Bueno, unos días con esta tranquilidad y te quedarás como nuevo...

—Marion... Éste no me parece exactamente un lugar tranquilo.

—¿Que no? Sal un momento a la terraza. Sólo conseguirás oír el rumor del mar. ¡Oh! Si yo pudiera pasarme unos días aquí.

—Marion, escucha... Acabo de presenciar algo... algo terrible.

—¿Presenciar? ¿Dónde?

—Ahí afuera... Junto a las rocas.

—Bueno —sonrió ella—. ¿De qué se trata?

—De un crimen.

Ella tragó saliva. Miró fijamente a Elliot, como si no hubiese comprendido.

—¿Has dicho... un crimen? —inquirió, al fin.

—Sí, Marion, y el asesino está abajo, en el bar, tomando tranquilamente un combinado. Lo he visto, Marion. Un hombre con una trinchera color claro, con cinturón. Un tipo joven, normal en apariencia. Tengo que llamar a la policía.

—Elliot. Lo que dices es muy grave. ¿Estás seguro?

—El hombre estranguló a la mujer, luego la arrojó al precipicio.

—Me... me cuesta trabajo creerlo.

—Y a mí... Creí que estaba siendo víctima de una alucinación, pero no. Todo ha ocurrido realmente.

Ella se acercó a la ventana, separó un poco la cortina y miró hacia las rocas. El se acercó a su lado.

—Allí —indicó—. Fue allí mismo. Sobre aquella roca más plana.

—¿Has dicho que el asesino es joven y usa trinchera?

—Sí.

—Creo que le he visto en el bar.

—Se llama Kramer. Al menos, así le llamó el *barman*.

—¿Kramer? No sé... Yo sólo conozco al personal del hotel. A veces coincido con algún cliente, pero ese del bar no lo había visto nunca. ¿Y la mujer?

—No sé... Parecía joven. Hay unos cincuenta o sesenta metros de distancia y sólo veía la silueta... Pero ha sucedido tal como te he dicho.

—Entonces, debes llamar a la policía, pero ten cuidado. Podría resultar peligroso. Si sólo lo viste tú...

—Una mujer ha muerto. Esto no es difícil de comprobar. Quizá se hospedase en el mismo hotel.

El tenía la mano en el auricular del teléfono. Marion parecía vacilar.

—Elliot —murmuró—. No es que dude de lo que digas, ni mucho menos, pero piensa que será tu palabra contra la del asesino. Tú mismo has dicho que no podías ver bien...

—Pero cuando ha entrado... —cortó él.

Se interrumpió a un ademán de la muchacha.

—Cuando ha entrado —repitió—. ¿Y quién te asegura que era el mismo hombre?

—Pero, Marion, es inconfundible. Iba hacia la puerta. No podía ver su rostro, pero sí su forma de vestir, sus andares... Es Kramer. Estoy seguro.

—Creo que te vas a meter en un buen lío. De todos modos, si es necesario, puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Diré que estábamos juntos.

—No. Eso sería una mentira innecesaria. Yo... —se cortó en seco.

Soltó el teléfono como si de repente quemara.

—Marion... —vaciló.

—¿Qué?

—Me creyeran o no, estoy pensando en otra cosa.

—No te comprendo.

—Tú estás conmigo... Mi mujer... Bueno..., esta tarde alguien le dijo que nos había visto juntos. Una amiga suya; debía de estar en el bar. Hasta puede que haya oído parte de lo que hablábamos.

—Pero... —empezó ella.

—Sí. Nuestro encuentro fue casual. Lo sé. Pero ella quizá no lo creería. Incluso podría pensar que he venido aquí por vemos.

—¡Oh! Pero esto es absurdo. Yo puedo probar...

—Sí. Tú puedes probar que no es así. ¿Pero quién la convence a ella? Aunque hayas venido por otras causas, pensará que he querido aprovechar la ocasión.

—Es mal pensada...

—Todo es culpa de su maldita enfermedad. A veces pienso que tiene razón al considerarme culpable. Yo... yo conducía el coche. ¡Mil veces he deseado que todo me hubiese sucedido a mí!

—¡Oh, Elliot! Tú no pudiste ser el responsable.

—No. Pero conducía el coche. No tenía ningunas ganas de tomarme aquellas vacaciones...

—La quieres mucho a pesar de todo, ¿verdad?

—Sí, Marion. Quizá te parezca ridículo... Todo es ridículo. Esta situación. Tú y yo encontramos al cabo de siete años de la forma más casual, y ahora estamos juntos en la habitación de un hotel... ¿Quién pensaría que esto es casual, teniendo a una esposa inválida?

—Deja que los demás piensen lo que quieran, Elliot, y no te atormentes.

—La quiero —repitió él, como si hablara, consigo mismo—. Cree que me casé por su alcurnia... Bueno, lo dice ahora, porque está en este estado. Yo sé que no lo piensa... Nos queríamos y fuimos felices. Quizá la culpa de todo la tenga ese maldito trabajo... Sin darme cuenta, pasaba más horas en el laboratorio que en casa... Siempre el trabajo, que me absorbía. Algunas veces pasé la noche entera.

—Yo te comprendo, Elliot.

—Nunca hubo otra mujer en mi vida, Marion. Sólo ella. Incluso ahora, durante ese año que nuestras vidas han tenido que separarse...; en fin, ya me comprendes.

—Y te compadezco. Merecías algo mejor.

—Ella es buena, a pesar de todo. Trato de hacerme cargo de lo que representa para una mujer joven estar hora tras hora, día tras día, sentada en una silla sin poderse valer por sí misma, desesperando de recuperarse...

—Bebo ser horrible.

—Horrible; por eso..., por eso no puedo llamar a la policía. Mi nombre se vería mezclado. Ella lo sabría. No. No quiero darle ningún disgusto. Sé que pronto van a operaria *de nuevo*... Cualquier sospecha sería un golpe que podría retrasar su recuperación.

Ella le miró unos instantes, pensativa. El silencio se prolongó como si Marion quisiera respetar los recuerdos y los sentimientos del joven.

—Creo —dijo, al fin, él— que fue una estupidez el haber venido aquí. Perdí los estribos. Voy a regresar.

—En esto no puedo opinar. El problema es tuyo. Y bien que quisiera ayudarte.

Él se levantó. Tomó a la joven por los brazos y la miró fijamente.

—Gracias por tus buenos deseos, Marion. Puedo acompañarte, si quieres.

—Vine en un taxi. Puedo despedirlo. Será más agradable regresar contigo.

—Te acompañaré a tu casa y regresaré a la mía.

—Me adelantaré a pagar el taxi —sonrió ella—. Quizá... quizá es mejor que no nos vean salir juntos. Es un hotel muy discreto, pero..., dadas las circunstancias, no quiero comprometerte.

Cuando Elliot cruzó el bar, tras pagar la cuenta, vio nuevamente al hombre de la trinchera.

Parecía mirarle con cierta curiosidad.

Elliot hizo como si no se diera cuenta, pero le pareció que se dirigía hacia el mostrador de recepción. Sí. Incluso le oyó decir:

—Prepare mi cuenta. Me ausentaré por unos días.

—Si tiene prisa —replicó el encargado—, puede irse. Ya sabe que tiene usted crédito, señor Kramer.

Cuando, más tarde, Elliot ponía el coche en marcha, llevando a su lado a Marion, tuvo la sensación de que Kramer se disponía a seguirles en otro coche.

CAPÍTULO III

—Sigue detrás —murmuró él, mirando a través del retrovisor.

Marion asintió:

—Sí.

—Recuerdo que antes de apagar la luz de mi habitación, él se había quedado mirando la terraza. Tal vez... Es posible que sospeche que yo lo haya visto.

—Quizá sean suposiciones tuyas.

—Entonces..., ¿por qué ha dejado el hotel tan deprisa?

Marion no contestó. Miró hacia el espejo y al fin murmuró:

—Conseguirás que me asuste de veras.

—Hubiera sido mejor que utilizaras el taxi.

—¿No puedes ir más deprisa? —inquirió ella.

—Sí. Es una buena idea. Así sabremos si realmente nos sigue.

Elliot dio un poco más gas al «Buick», cuya velocidad subió de inmediato a los cien kilómetros.

Apretó más.

Ciento diez.

La carretera, con suaves curvas, permitía mantener la velocidad, que alcanzó los ciento veinte.

Marion miró a través del retrovisor.

El auto de Kramer también había incrementado su ritmo de marcha.

—Pisa más fuerte, Elliot —pidió ella—. Tu coche es más veloz.

El cuentavelocidades se puso entre los ciento treinta y los ciento cuarenta.

—Esto no me gusta. Jamás corro tanto —murmuró él.

—Antes eras un buen conductor... Una vez fuimos de excursión. ¿Recuerdas? Llevabas un «Ford» de alquiler.

—Sí... Pero observa si nos sigue —replicó él, pendiente de la carretera.

—Nos hemos despegado. Sigue con la misma marcha. No aflojes.

Elliot tenía concentrados todos sus sentidos en la ruta. No podía distraerse ni una fracción de segundo, y menos con la aguja señalando los ciento cincuenta.

Ante él, la oscura carretera rodeada de bosque. Una suave curva a la derecha para proseguir con una pequeña recta.

De pronto, la velocidad fue aminorando.

—No te detengas ahora —pidió Marion.

—No me detengo —murmuró él, pero era evidente que el coche perdía empuje.

—¿Qué pasa?

—No lo sé.

Elliot pisó a fondo; el coche, por el contrario, continuaba aminorando la marcha.

Miró el indicador de gasolina.

¡Estaba a cero!

—¡Vaya! No pensaba en esto... Es inútil. Tenemos que parar.

—¡Dios mío! ¿No llevas ninguna lata?

—No. No llevo nada...

—Me parece que hay un surtidor cerca... Creo haberlo visto alguna vez.

—Tendremos que empujar.

Estaban al final de la recta, A unos trescientos metros atrás estaba la curva que habían dejado. Las miradas de ambos convergieron en el mismo lugar, esperando que, de un momento a otro, surgiera el auto de Kramer.

—No podemos quedarnos aquí —dijo él.

Ella abrió la puerta. La cerré en el momento que el coche de Kramer asomaba en la curva.

Elliot también había descendido y ambos corrieron hacia el bosque. La espesura era densa.

Corrieron por entre los árboles y la maleza. Se sintieron como soldados en terreno enemigo, acechando el peligro. Un peligro que seguía latente, porque el coche de Kramer, al llegar cerca del «Buick» de Elliot, detuvo su marcha.

Desde su escondrijo, Elliot y Marion contenían la respiración,

mientras observaban los movimientos de Kramer.

—No hay duda de que nos seguía —murmuró él.

—Entonces..., supondrá que nos hemos escondido.

Kramer dio una vuelta en torno al «Buick». Miró hacia su interior.

Elliot y Marion seguían expectantes.

Kramer se volvió hacia el bosque. Era demasiado oscuro para que pudiera descubrirles.

—Si viene... empezó ella.

—Es un arma de doble filo —murmuró Elliot—. Él no sabe si estamos armados. Quizá no se atreva a buscamos.

—¿Llevas pistola? —preguntó ella.

—Tengo una, pero nunca la he usado. Está... está guardada en mi casa.

Kramer regresó a su coche. Pero el suspiro de alivio de la pareja quedó truncado cuando le vieron reaparecer con una linterna.

—¡Se ha decidido a buscamos! —exclamó ella.

Elliot le indicó que no hiciera ruido.

Kramer dirigió el chorro de luz hacia la maleza.

Instintivamente, tanto Elliot como la muchacha agacharon la cabeza.

El asesino avanzó unos pasos. Su linterna taladraba las tinieblas de la espesura. Sus pisadas resonaban amortiguadas por la hojarasca.

Si seguía por el mismo camino, pronto daría con ellos. Elliot lamentó no haber buscado un escondrijo mejor.

Marion, a su lado, permanecía igualmente quieta, sin respirar, tensa.

El foco de luz pasó por encima de sus cabezas.

Kramer pareció vacilar. Por fin dio la vuelta y se alejó de nuevo hacia la carretera.

Elliot sudaba, a pesar del fresco de la noche.

Marion soltó todo el aire acumulado en sus pulmones cuando vio que, definitivamente, Kramer ponía en marcha su coche.

El peligro había pasado.

Empujaron el coche hasta el pie de una suave colina.

—El surtidor no está lejos —murmuró ella—. Ahora estoy segura.

—Hay demasiada pendiente para seguir empujando. Iré a por una lata.

—Bueno... No me tomes por una miedosa, pero después de lo ocurrido, no me fascina la idea de quedarme sola.

—Vamos, pues.

Dejaron el coche en la cuneta y siguieron andando por la pendiente. La arboleda acentuaba la oscuridad; sólo cuando la carretera coincidía con la posición de la luna, el camino se hacía más visible.

Al fin divisaron el surtidor. Estaba a unos doscientos metros. Habían andado dos buenos kilómetros.

—En coche, las distancias parecen menos —murmuró ella.

—¿Cansada? —preguntó Elliot.

—No. Un poco de ejercicio conviene. Claro que a estas horas...

—Hiciste un mal negocio en tropezarte conmigo.

—No digas eso. Aunque no lo creas, yo me alegro.

El la miró y la admiró al mismo tiempo. No ya como la muchacha, bonita y deseable que era, sino por su temple, por su presencia de ánimo. Pensó que otra, en su lugar, se hubiese desmayado ante el peligro. En cambio, Marion parecía no recordar nada.

El surtidor estaba allí mismo. Ya faltaban pocos metros.

De pronto, ambos detuvieron su marcha. Habían visto la misma cosa.

¡El coche de Kramer!

Se diría que les estaba aguardando.

—No podemos pasarnos la noche en la carretera, Marion —dijo él, decidido.

—¿Qué vas a hacer?

—Quédate aquí. —Miró alrededor y comprobó que la vegetación, más escasa, daba paso a unas rocas—. Escóndete. Yo iré por la gasolina.

—Pero... puedes correr peligro.

—No se atreverá ante testigos.

—Ten cuidado.

—Bueno. No soy James Bond —trató de bromear Elliot—, pero también sé defenderme.

—Te esperaré aquí.

—Escucha. Pediré que me vendan una lata; será suficiente para llegar a la ciudad. Tú no te muevas. Aquí no te buscará. En cualquier caso, te recogeré cuando vuelva con el coche.

—¿Y si te sigue?

—Vamos a calcular... Ahora todo es bajada. Me daré prisa. Si dentro de veinte minutos no he regresado, avisa a la policía. ¿De acuerdo?

—Nunca creí que estas cosas pudieran suceder...

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

Elliot lo dijo para tranquilizarla, pero no estaba muy seguro.

—¡Elliot! —exclamó ella—. Se me ocurre una idea mejor. Vayamos por separado. Primero, tú. Luego, yo. Hay un bar. Tendrán teléfono, estaré cerca. Kramer comprenderá. Si sus intenciones no son buenas, no se atreverá a seguirte, dejándome a mí en el bar, y yo estaré segura.

—Es verdad. Lo haremos así.

Elliot tomó la delantera. Al llegar al surtidor, vio a Kramer fumando un cigarrillo, en pie, cerca del coche, mientras un mecánico lo estaba revisando.

Los dos hombres se miraron unos instantes sin hablar. El mecánico, y a la vez encargado del servicio, se dirigió a Kramer:

—Todo está en orden, señor. Ese ruido que notaba era sin duda el carburador. Necesita una buena limpieza, pero tal como está podrá llegar perfectamente.

—Gracias —replicó Kramer al tiempo que sacaba un fajo de billetes para pagar al empleado.

Éste se dirigió a Elliot.

—¿Y usted, señor?

—Necesito gasolina. Mi coche se ha quedado a un par de kilómetros. Si no hubiese sido por esa pendiente...

—¡Oh! Muy lamentable, señor. En seguida voy por su lata. ¿Viaja solo?

—Sí —mintió deliberadamente Elliot.

—Un momento, señor. Voy a buscar cambio.

Kramer miraba distraídamente la carretera, en el preciso momento que llegaba Marion y pasaba por delante de los dos hombres sin mirarles para dirigirse hacia el bar.

Kramer se volvió para observarla descaradamente. La muchacha

siguió su camino. Elliot miró a Kramer. Todo ello sin pronunciar palabra.

El tenso silencio se interrumpió con la llegada del encargado de la gasolinera.

—Su cambio, señor —y dio suelto a Kramer que lo guardó en su bolsillo sin mirarlo.

Entregó una lata a Elliot.

—Cinco galones. Pesará un poco... Le acompañaría con mucho gusto con el *jeep*, pero estoy solo y no puedo dejar esto.

—No se preocupe. Atienda a los clientes. Creo que ha entrado¹ una señorita.

—Sí. Ya la he visto.

Elliot pagó y preguntó:

—Aquí hay teléfono, ¿verdad?

—Sí, señor, línea directa. ¿Quiere usarlo? Es dentro, en el bar.

—No, gracias. Yo no lo necesito. —Lo dijo mirando a Kramer, para hacerle comprender. En seguida con la lata en la mano enfiló nuevamente la carretera.

Kramer se quedó, sin embargo, no tardó en partir en dirección opuesta a la que seguía Elliot.

Habían transcurrido escasamente veinte minutos, cuando Elliot detuvo su coche un poco más allá del surtidor. Marion le estaba esperando.

—Creí que estarías dentro —dijo él.

—En cuanto vi que Kramer se alejaba salí. El tipo ése —y señaló la gasolinera— es muy preguntón.

—¡Ah, sí!

—Quería saber qué diablos hacía sola a esas horas. Bueno... La verdad es que ya son las tres...

—¿Qué le dijiste?

—Le dejé con la palabra en la boca y salí. Bueno... ¿Es por ti, sabes? Si crees conveniente que no nos vean juntos, no voy a ser yo la que te comprometa. Te aprecio, Elliot, y comprendo tus problemas. No quiero mezclarme en ellos si no puedo ayudarte. Tú harías lo mismo por mí.

—Sí, Marion.

—Me alegraría mucho volverte a ver otra vez, pero si no lo crees conveniente, olvídame. Me hago perfecto cargo de tu situación.

—Eres muy comprensiva... Y la verdad es que yo también quisiera verte en otra ocasión. Es agradable recordar cosas buenas con los amigos.

Casi sin darse cuenta llegaron al domicilio de la muchacha.

—Es aquí —indicó ella—. En el primer piso. No te invito a subir porque es tarde.

—Claro. Adiós, Marion. Me he alegrado mucho de encontrarte otra vez, aunque las circunstancias hayan sido tan poco propicias.

—Elliot..., con respecto a lo del crimen...

—¡Oh, sí! Espero que a pesar de mi silencio no quede impune.

—Yo puedo averiguar algunas cosas por mi jefe... El está bien relacionado con los del hotel. Le explicaré lo ocurrido. El me aconsejará.

—No seas tú la que te metas en un lío.

—Yo no tengo que dar cuenta a nadie, pero —le miró fijamente antes de bajar del auto— ocurra lo que ocurra yo no te comprometeré. Tú y yo sólo nos vimos ayer por la tarde en el bar. De esta noche nada... Suerte, Elliot.

—Buenas noches, Marion.

Elliot condujo su automóvil por las desiertas calles de la ciudad. No había el menor rastro del coche de Kramer. Se sentía mucho más tranquilo.

Tenía la sensación de que todo aquello había sido como una pesadilla.

Desembocó en la esquina inmediata a su casa en la zona residencial.

Un nuevo sobresalto truncó su tranquilidad.

Su casa estaba toda iluminada por dentro. Algo tenía que ocurrir para que a las tres y diez minutos de la madrugada hubiese luz.

Saltó del coche sin meterle siquiera en el garaje situado junto a la edificación compuesta de planta y piso.

No tuvo necesidad de introducir la llave en la cerradura. Un hombre le abrió la puerta.

—¿Qué sucede? ¿Quién es usted? —preguntó alarmado Elliot.

—Me llamo Charles Dekker, pertenezco al departamento de homicidios. —Y mostró su credencial.

Una rápida ojeada por el amplio *hall* permitió a Elliot ver a otros dos hombres. Uno de paisano y otro de uniforme. Estaban también

la enfermera y la doncella de su esposa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elliot.

La respuesta del inspector Dekker fue desconcertante para Elliot.

—Alguien ha intentado asesinar a su esposa, señor Vincent.

CAPÍTULO IV

—Le he dado un calmante por orden del doctor Douglas —dijo la enfermera, mientras Elliot contemplaba a su esposa que parecía dormir plácidamente.

—Pero... ¿Cómo ha podido ocurrir?

—No lo sé, señor —replicó la enfermera—. Estaba durmiendo cuando de pronto me despertó el timbre de la señora. Corrí enseguida hacia su cuarto. No había nadie, pero la ventana estaba abierta. Dijo que un hombre había intentado estrangularla.

Elliot salió de la habitación. En su rostro se reflejaba la más absoluta estupefacción.

—El inspector le espera, señor —le avisó la doncella en el pasillo.

—¿Y usted? —indagó Elliot, dirigiéndose a la doncella—. ¿No vio nada?

—No, señor. Dormía. Hasta que la señorita Cristine no me despertó no supe lo ocurrido.

—¿Cerró la ventana antes de acostar a la señora?

—Sí, señor, ya lo dije al inspector.

La voz de Dekker se dejó oír. Estaba en el centro del salón.

—Si no le importa, señor Vincent. Las preguntas las haré yo.

Elliot avanzó hacia el policía.

—Oiga... Es mi mujer. Tengo derecho a saber...

—Sí, sí... Y yo también tengo derecho puesto que se me ha llamado para ello. Por cierto, señor Vincent, esta noche parece ser que su esposa y usted discutieron... Bueno, la enfermera y la doncella han coincidido en afirmarlo. No lo negará usted ¿verdad?

—No, no voy a negarlo, pero no sé qué quiere insinuar y no estoy dispuesto a tolerar...

—Cálmese, señor Vincent... Parece usted muy excitado. Comprenda. Yo tengo que cumplir con mi obligación.

—Entonces busque al responsable de esto.

El tono de Elliot era grave.

—Es lo que estoy haciendo. ¿Dónde estuvo usted esta noche?

—En un hotel.

—¿Solo?

—Oiga, inspector...

—Por favor, señor Vincent, su esposa está durmiendo. Puede sincerarse.

—¿Qué está tratando de insinuar? No me gusta en absoluto el camino que elige para sus investigaciones. En principio no tengo que dar cuentas a nadie de mi vida particular.

—¿Quiere o no quiere colaborar, señor Vincent?

—Está bien. Acabemos pronto con este absurdo interrogatorio. Discutí con Margaret... Últimamente y debido a su estado su carácter ha cambiado... Sé que debo tener paciencia, pero tengo mis propios problemas también. Esta noche todo parecía estar en contra mía. No supe contenerme y me largué... Fui a un hotel, pero luego me arrepentí y regresé.

—¿Qué hotel es ése?

—Mar Brava... Está a unos treinta kilómetros. En la costa. Un sitio solitario.

—Y eran sobre las ocho y media cuando se marchó de casa, ¿verdad?

—Supongo que la doncella le habrá informado sobre el particular. La verdad es que yo ni siquiera me fijé en la hora.

—Sí, sí..., desde luego. ¿Y a qué hora llegó?

—Tampoco me fijé. Bueno, serían cerca de las nueve.

—No le gusta correr, ¿eh?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Sigamos, señor Vincent. Cuando... ¿Cuándo decidió regresar?

—No sé..., más o menos serían las doce y media.

—¡Hum! Las doce y media —consultó significativamente su reloj—. Y usted ha llegado a las tres y diez minutos de la madrugada. Debí dar un gran rodeo.

—Me quedé sin gasolina. El encargado de un surtidor de la carretera puede atestiguarlo si es que desea probar mi coartada,

pero se está usted pasando... Yo quiero a mi mujer... Aunque esta noche hayamos discutido. La quiero, ¿comprende? ¿O es que usted cuando discute con la suya deja de amarla?

—Yo soy soltero, señor Vincent. Pero le comprendo perfectamente. Sin embargo, hay algo que no concuerda en su declaración... Ese retraso en volver, por ejemplo...

—Oiga. ¿A qué hora ocurrió el atentado? Seguramente podré decirle exactamente dónde me encontraba.

—Según ha confirmado la enfermera fue a la una en punto de la madrugada.

Elliot recapacitó.

Sí. Habían salido más o menos a las doce y media y debido a la velocidad por zafarse de la persecución de Kramer los primeros kilómetros los realizó en escasos minutos, pero luego perdieron un tiempo precioso en el bosque escondidos —él y Marion— mientras Kramer estaba al acecho. Sí, por lo menos estuvieron veinte minutos. Así que a la mía él estaba en un lugar muy difícil de justificar a menos que explicara toda la historia. Una historia que le obligaría a revelar el crimen que presencié. El escándalo sería ya inevitable y su esposa tendría que saber que él estuvo con Marion.

Prefería evitarlo por el momento.

—Fue cuando me quedé sin gasolina —replicó escuetamente.

—¿Y cómo regresó?

—Había un surtidor. Fui a pie a buscar una lata.

—Estaba lejos ese surtidor...

—No calculé la distancia —mintió Elliot.

—Bien, señor Vincent. Es tarde. Comprobaremos lo que nos ha dicho. Mañana es posible que le necesite de nuevo. No le importará pasar por mi despacho, ¿verdad?

—Oiga, inspector, no es ése el camino. Tiene que buscar por otra parte. Hasta el momento he tratado de contenerme, pero no siga por ahí...

—Señor Vincent, acostumbro a llevar las investigaciones a mi modo. Por cierto... Su esposa no tiene bienes de fortuna, ¿verdad?

—No.

—Luego económicamente su muerte no beneficiaría a nadie.

—No.

—Por tanto hay que descartar el motivo del lucro.

—No comprendo qué razones ha podido tener el asesino.

—No es un asesino..., al menos no ha conseguido sus propósitos en este caso.

—¿Habló usted con mi esposa?

—Sólo un momento. Estaba muy agitada. El doctor aconsejó a que esperara.

—Tal vez ella ha podido reconocerle.

—Según parece iba con una máscara o algo por el estilo. Estaba oscuro y no pudo verle bien.

—No. No me lo explico —murmuró para sí el aturdido Elliot.

—Según se mire parece completamente absurdo —corroboró el policía—, pero las cosas más absurdas vistas con calma suelen tener una explicación.

—¿Se le ocurre alguna?

—Le seré franco, señor Vincent. ¿Le ha planteado su esposa alguna vez la conveniencia de divorciarse?

—¿Eh?

—Las leyes del Estado son muy severas en estas cuestiones. El divorcio le costaría a usted muchos dólares y más en el estado en que se encuentra su esposa...

—Pero... Esto es..., es inadmisible, absurdo...

—¡Oh! No se alarme... Miremos las cosas por el lado opuesto. Supongamos que ella no quiera divorciarse... Es, me imagino, una pesada carga vivir con una inválida. Usted es joven..., precisamente al parecer la discusión de esta noche ha sido motivada por cierto encuentro que tuvo con una amiga suya... En fin, ya me comprende, si no hay divorcio no hay posibilidad de rehacer su vida y si lo hay le arruinan a usted... ¿Ve cómo miradas las cosas bajo ese aspecto ya no parece tan absurdo que existan móviles para el asesinato?

—Salga de mi casa, inspector, y no vuelva a pisar este suelo sin un mandato judicial —espetó Elliot, intentando no perder la calma.

—Nos veremos, señor Vincent —concluyó el policía.

Apenas hubo traspuesto el umbral Elliot cerró de un portazo.

A su espalda las dos muchachas jóvenes ambas. La doncella y la enfermera.

La primera se disculpó.

—Lo siento, señor. Me hicieron preguntas. Yo..., yo contesté.

Elliot la miró un instante.

—Sí. Lo comprendo. Vayan..., vayan a acostarse.

—¿Desea algo? —preguntó la doncella.

—Únicamente quedarme solo. Por favor.

La enfermera dejó marchar primero a la doncella, luego se acercó a Elliot que se había sentado en el diván con las manos entre el rostro.

Al notar su presencia, Elliot levantó la cabeza.

—He dicho que podía irse, Cristine...

La enfermera se acercó el diván, levantó uno de los almohadones y sacó un pañuelo de seda, de caballero.

—Señor Vincent..., en la habitación de la señora el asesino olvidó algo.

—¿Eh?

Ella le tendió el pañuelo.

—Esto.

—¿Por qué no lo enseñó a la policía?

—Mírelo bien, señor Vincent.

El pañuelo color *beige* claro tenía unas iniciales. E. V.

—Pero si es..., es mío —exclamó Elliot.

—Sí, señor.

—Pero Cristine... ¡Esto es absurdo! ¿Qué está pensando?

—Yo nada, señor Vincent. Pensé que podía habersele caído en cualquier momento y de entregarlo a la policía habría sido un poco embarazoso para usted.

Elliot miró atentamente a la joven enfermera.

—Cristine... Yo llevaba hoy este pañuelo. Sí... Lo llevaba esta tarde al salir del laboratorio. Luego no he vuelto a acordarme... Pero usted sabe bien que yo no he entrado en la habitación de mi mujer.

—No. Creo que no. Sin embargo, estaba allí.

—Mi propio pañuelo... Entonces..., no hay duda. Alguien quiere acusarme de ese atentado.

La enfermera siguió mirándole en actitud inexpresiva.

CAPÍTULO V

El tiempo que Elliot había permanecido escondido con Marion entre los árboles, la caminata hasta el surtidor de gasolina, el regreso y la posterior charla con Marion, computaban el tiempo transcurrido entre la salida del hotel Mar Brava hasta su llegada a casa.

Pero al inspector Charles Dekker no le salían las cuentas. Le faltaba cuanto menos el tiempo pasado en el bosque y los minutos de la despedida frente al domicilio de Marion.

Por otra parte había un detalle que a Elliot le llenó de estupor.

A petición de Dekker, Elliot había tenido que reconstruir los hechos.

Conforme su entrada y salida del hotel.

Conforme en el sitio donde había terminado la gasolina.

Conforme con la media hora que empleó para llegar hasta el surtidor, pero una vez allí...

—No —dijo Elliot—. Ése no es el hombre que me vendió la lata.

El encargado manifestó:

—Debía ser mi hermano. Si era de noche, ayer estuvo él. Pero puedo telefonarle.

—Hágalo —pidió el inspector.

El del surtidor llamó por teléfono.

—Siento despertarte, Steve... Hay un tipo que dice que anoche, de madrugada le vendiste una lata de gasolina... Sí... ¿Cómo? Sí, viene acompañado de un policía... Sí, está bien. De acuerdo, Steve.

El hombre volvió junto al grupo formado por el inspector, su ayudante y Elliot.

—Lo siento. Mi hermano dice que no vendió ninguna lata de gasolina...

—Oiga, amigo —espetó Elliot—. A su hermano convendrá

refrescarle la memoria. Hágle venir. Cuando me vea...

—Calma —pidió el inspector—. ¿No hay ningún otro surtidor por aquí cerca?

—Desde aquí al hotel es el único —replicó el encargado diurno.

—Pues entonces —replicó tajante Elliot—. Tu hermano está mintiendo o ha bebido...

—Oiga no tiene usted ningún derecho a...

—Discúlpele —pidió conciliador el policía—. Nuestro amigo está un poco nervioso.

—Yo no estoy nervioso, Dekker —farfulló Elliot—. Anoche estuve aquí y fue alrededor de la una y media.

—Bueno, yo sólo sé lo que me ha dicho mi hermano —replicó el del surtidor.

—Díganos dónde vive su hermano —exigió Elliot.

El del surtidor miró al policía.

—Que no quede por esto —sonrió Dekker.

El de la gasolinera dio las señas a regañadientes.

Inmediatamente los dos policías, junto con Elliot y el agente que conducía el coche, se pusieron en marcha.

Sí. Allí estaba el tipo del surtidor. El que le vendió la lata. En su rostro se dejaban ver las huellas de lo poco que había dormido.

—Lamento tenerle que molestar, pero no comprendo...

Elliot fue menos indulgente y se encaró con él a menos de un medio palmo de sus narices.

—Ahora repite eso de que no me vendiste una lata de gasolina.

—Eh, eh... Esto es un atropello —protestó el joven.

—¡Cuidado, señor Vincent! Esto es casi una coacción.

—Yo no me dejo coaccionar por nadie, señor... Y no sé de qué me habla este tipo. No le había visto nunca.

—Voy a romperte...

La palabra y la acción de Elliot quedaron cortados por la oportuna intervención del policía.

—Ya está bien, señor Vincent. Vámonos. No empeore las cosas.

Lo sacaron entre Dekker y el otro agente casi a rastras.

—Está mintiendo, inspector. A ese tipo le han pagado...

—¿Quién iba a pagarle, señor Vincent? —preguntó ya en la calle Dekker.

Elliot calló. Para explicarlo todo tenía que hacerlo desde el

principio.

—Alguien..., alguien que pretende acusarme..., creo.

Elliot desde la madrugada anterior en que Cristine le entregara el pañuelo tenía la sensación de que alguien le estaba tendiendo una trampa. Como si una tela de araña muy sutil se estuviera tejiendo en torno suyo.

—¿Y qué ganaría, señor Vincent?

—Es lo que trato de averiguar...

Callaría hasta el último momento. No nombraría el asesinato de que fue testigo hasta que no se viera obligado por completo a ello.

—¿Puede ser a causa de su empleo? —inquirió el policía ya de nuevo en el coche.

—¿Mi empleo? Podría pasarme sin trabajar.

—Pero alguien puede codiciar su puesto.

—Posiblemente alguien ya tiene pensado un sustituto para mi puesto, Dekker. Moore no está muy satisfecho de mí últimamente y sus socios le agobian. No... Si quisieran ponerme una zancadilla no sería matando a mi mujer.

—Voy a ponerme de su parte, señor Vincent, para que no piense que tengo nada personal contra usted. Admitamos que quieran acusarle del asesinato de su esposa. ¿Quién saldría ganando si usted fuese formalmente acusado?

—Estando yo en la cárcel mi dinero lo disfrutaría Margaret.

—Bien, pero si el asesino no hubiese fallado... ¿Qué herederos tiene usted?

—Ninguno. No tenemos hijos.

—¿Y no ha previsto esa posibilidad?

—Cuando me casé con Margaret hice testamento a su favor. Eso es todo.

—¿Su esposa tiene familia?

—No. Bueno... Tenía un primo, pero hace muchos años se fue a Europa. Fue antes de casarnos. Yo ni siquiera he llegado a conocerle. Sé que existe, si no ha muerto, por mi esposa, pero que yo sepa no ha vuelto a saber de él.

—O sea, que tal como están las cosas, usted mismo debe admitir que al único que beneficiaría la muerte de su esposa es a usted mismo en el caso de que no existieran pruebas en contra suya.

—Inspector. Anoche dije a mi mujer que daría toda mi fortuna

por verla curada. Y le doy mi palabra de honor de que es cierto.

Habían llegado frente a la casa de Elliot. El inspector comprobó la hora.

—Sin correr demasiado hemos tardado doce minutos exactamente. Más diez para ir del hotel al surtidor son veintidós... Si creemos la declaración del encargado de la gasolinera, tendremos la evidencia de que usted pudo llegar a su casa alrededor de la una.

—Sigue pensando en que el atentado lo cometí yo, ¿verdad?

La voz de Elliot ahora sonaba amarga. Dekker le observó unos instantes.

—De momento no cuenta lo que yo crea. Su esposa sigue con vida y yo he de efectuar algunas comprobaciones. Así que, por el momento, no le entretengo más. Pero no salga de la ciudad sin avisarme antes.

—Descuide, inspector. ¡Ah! Y por favor haga que vigilen la casa. Crea usted lo que crea, quiero que la vida de mi esposa sea protegida.

—Pensaba hacerlo de todos modos, señor Vincent —concluyó el policía.

Elliot llamó un par de veces a casa de Marion sin obtener respuesta. Era lógico. Debía estar en el trabajo. Ahora lamentaba no haberle preguntado el domicilio de esa compañía de importación y exportación.

Sin ganas se dirigió al laboratorio.

Moore le esperaba de uñas.

—Bueno. Veo que por fin ha recordado el camino.

—No estoy de humor, Moore —replicó Elliot, dirigiéndose hacia su laboratorio privado.

—¿Y cree que yo estoy como para dar un *lunch*? Mis socios se preguntan qué clase de personal tengo a mis órdenes.

—Moore... Anoche alguien quiso matar a mi esposa —cortó Elliot.

—¿Eh? Estará bromeando supongo.

—¿Cree que es para bromear?

Se había sentado tras su mesa llena de apuntes, muestras, probetas...

Mientras se mesaba los cabellos, Moore preguntó:

—Pero... ¿Quién ha sido?

—La policía sospecha de mí. ¿Qué le parece?

Elliot... ¿De veras no ha bebido?

—No. Pero es posible que lo haga.

—Elliot..., cuando le llamé anoche. Yo no sabía...

—Cuando me llamó todavía no había ocurrido nada. Fue después. Discutimos. Me largué y al regresar. Bueno... Lo siento, trataré de continuar trabajando, pero mi cabeza no está centrada.

—Lo comprendo perfectamente. Diré a mis socios que tengan paciencia. Pero es natural que estén deseosos de conocer los resultados de su descubrimiento.

—Sobre este punto ya le dije mi opinión. No podré decir nada en concreto hasta que no halle el medio de combatir los posibles efectos de la fórmula.

—Pero Elliot... Si es verdad lo que dijo su descubrimiento revolucionaría la ciencia. Habría encontrado usted la solución de muchos problemas. Millones de enfermos incurables recobrarían la vida.

—Nunca se ha ensayado sobre personas, Moore, y no se pueden conocer los efectos. Un simple error de cálculo puede salvar una vida a cambio de dejar el sujeto con la mente trastornada, loco como vulgarmente se dice, Moore. Ya se lo dije desde el primer día. Todavía no sabemos si realmente el descubrimiento puede hacer un bien, pero de lo que sí estoy seguro es que puesto en un loco podría destruir a la humanidad en unos segundos, por esto la fórmula está únicamente en mi cabeza.

—Bien. Yo no puedo obligarle... Pero hemos gastado mucho dinero en esto.

—Lo sé, Moore. Pero ¿le gustaría que su dinero sirviera para destruir a la humanidad?

—¿No exagera un poco? Todas las drogas curan y matan según se dosifiquen.

—Esto es distinto, Moore. No deja rastro. Basta con contaminar el ambiente. Este mismo laboratorio puede quedar contaminado con el más leve error y no hay detector capaz de advertirnos del peligro. Si la mezcla se inyecta en la sangre es mortal y ningún gabinete de toxicología sería capaz de descubrir el veneno. Por último si la mezcla sale bien puede curar todo tejido de nueva formación, la neoplasia, el cáncer en términos vulgares, pero a costa de

enloquecer, por eso necesito estar seguro.

Moore guardó silencio unos instantes. Luego, lentamente, preguntó:

—Su ayudante Berger... ¿Sabía esto?

—Sí.

—¿Y se marchó a causa de su descubrimiento?

—Sí. Tenía miedo. Y no se lo reprocho. Iba a casarse. Había recibido ofertas de otros laboratorios. Quiere vivir tranquilo y hace bien.

—Pero usted necesita un nuevo ayudante.

—Sí. Pero alguien de absoluta confianza.

—Uno de mis socios tiene a un amigo. Es un joven que promete. Espero que sea el hombre que necesita.

—Moore... Mientras dure la investigación no sé si...

—No se preocupe. Yo calmaré la impaciencia de mis socios. Comprendo su estado de ánimo. Hoy por hoy límitese a saludar a su nuevo ayudante.

—¿Cuándo vendrá?

—Este mediodía. ¡Oh! —consultó el reloj—. Ya no puede tardar.

No. No había podido concentrarse en su trabajo cuando reapareció Moore. Tras suyo iba un hombre. Su futuro ayudante.

Pase, por favor.

El hombre entró en el despacho-laboratorio. Los ojos de Elliot se dilataron enormemente.

Ante él se encontraba Kramer.

—Elliot Vincent —presentó Moore— éste es Kramer. William Kramer.

—Bill para los amigos —sonrió Kramer con naturalidad, ofreciendo su mano a Elliot al tiempo que añadía—: Creo que nos hemos visto en alguna parte, ¿verdad?

No. Elliot no acababa de salir de su asombro. Sin embargo, la presencia de Kramer avivaba sus sospechas de que la tela de araña se iba tupiendo a pasos agigantados en torno suyo.

CAPÍTULO VI

No se encontraba bien. No era un dolor físico, sino algo más sutil que sin producirle dolor material le proporcionaba un malestar moral.

Por esto se había levantado como un sonámbulo de la mesa y apenas si se despidió de los dos hombres.

Oyó cómo Moore comentaba:

—Discúlpelo, señor Kramer. Elliot tiene problemas personales.

Se fue. Les dejó.

¿Qué significaba la presencia de aquel asesino que ahora le querían poner como ayudante?

Tomó el coche y se detuvo en el primer puesto de periódicos.

—¿Cuál prefiere, señor? —preguntó la vendedora.

—Todos. Démelos todos.

Pagó y se metió nuevamente en el coche. Buscó un lugar solitario y allí comenzó a leerlos. Buscaba referencia del crimen de la noche anterior junto al hotel Mar Brava.

No encontró nada. Aquel asesinato seguía impune y seguía impune sólo porque él no había delatado al asesino y ahora el asesino por una circunstancia que no llegaba a ver con claridad tenía relación con la Chemical Investigaron West Company. Es decir, con el laboratorio donde él trabajaba en una labor sorda, desconocida por muchos, pero de amplia trascendencia en el ramo de la investigación farmacológica.

De buena gana lo habría dejado todo. No le faltaban recursos económicos para vivir, pero...

¿Qué diría su esposa?

¡Oh! Si se decidiera a ser comprensiva. Si pudiera explicárselo todo...

Pero no. Moore era un gran amigo de Margaret y ya lo había sido de su padre —de Margaret— y si ahora lo dejaba todo se vería envuelto en críticas y Margaret sería la primera...

Pensó en Marion. Marion era como un descanso. En ella podía confiar.

De cualquier modo hubiera preferido depositar esa confianza en su propia esposa, pero no podía.

No habían hablado desde la noche anterior. Ella no quiso verle: El médico aconsejó no contrariarla. Ahora era como una chiquilla pequeña. Cualquier disgusto podía repercutir en su enfermedad...

¿Es que acaso la propia Margaret también le acusaba del atentado?

No quería ni pensar en tal monstruosidad.

Allí, sentado al volante de su coche, con los periódicos amontonados a su lado pensó que necesitaba hablar urgentemente con Marion.

Había una cabina pública cerca. Intentó localizarla de nuevo.

—¿Eres Marion?

—¡Elliot! —exclamó la voz de ella al otro lado del hilo—. Me pillas por casualidad. A estas horas suelo estar en la oficina, pero el jefe ha tenido que marchar para unos asuntos personales y me ha dejado Ubre. Va por los días que tengo que hacer horas extraordinarias... como ayer.

Marion... Tengo que verte.

—No tengo nada que hacer esta tarde. Yo nunca tengo nada que hacer.

—Pues entonces espérame. Iré enseguida.

—Por mí encantada, Elliot.

Colgó y volvió a su coche.

No se dio cuenta de la presencia del hombre hasta que lo tuvo prácticamente encima.

Era Kramer.

—¿Eh? —exclamó.

Kramer sonreía.

—Parece que le he sorprendido. Verá, vi su coche y... ¿No se encuentra usted bien, señor Vincent? El señor Moore me ha hablado...

Elliot le atajó:

—Déjese de comedias. Usted me ha seguido.

—¿Por qué iba a seguirle, señor Vincent?

—Lo sabe perfectamente.

Estaban frente a frente junto al «Buick» de Elliot. Detrás había un coche pequeño. ¡El mismo con que la noche anterior Kramer les había seguido!

—Señor Vincent... —empezó Kramer con toda tranquilidad—. Creo que entre usted y yo se impone una conversación sin tapujos. ¿No piensa usted del mismo modo?

Elliot dudó unos instantes. Kramer encendió un pitillo y miró alrededor.

—Si ha pensado en rechazarme como ayudante suyo en el laboratorio, no se lo aconsejo. Creo que nos necesitamos mutuamente. Yo puedo hacer mucho por usted. ¿Me permite?

Abrió la portezuela del «Buick» y se metió dentro.

—Entre. Su coche es muy confortable, señor Vincent, lástima que ayer se quedara sin gasolina en el momento más crítico.

—Debí suponerlo —replicó Elliot—. Tenía gasolina suficiente. Recuerdo que llené el depósito por la mañana.

—La gasolina es un producto volátil. Se evapora —sonrió Kramer.

—Ya. Sobre todo cuando alguien vacía el depósito adrede.

—Nos vamos entendiendo.

Elliot subió al coche.

—¿Qué se propone? —preguntó.

—Silencio. Silencio absoluto sobre lo que usted cree saber de mí.

—Usted sabe que yo...

—Yo sé que usted estuvo anoche en el hotel con..., con cierta señorita.

—Yo también sé... —empezó Elliot.

—¿Qué? —le atajó tranquilo pero enérgico a la vez su interlocutor.

—Es usted un asesino.

—Le costaría mucho probarlo, señor Vincent... En cambio a la policía no le será nada complicado acusarle a usted le intentar matar a su esposa. La pena claro está no es la misma que para un asesinato, pero se encontrará usted metido en un buen lío.

—Ahora comprendo... Usted pagó al chico de la gasolinera para

que mintiera. Fue usted el que tramó todo esto...

—¿Yo? ¿Cómo iba a saber que iría usted al hotel aquella noche?
Elliot vaciló.

Pensó en Marion. Ella le había dado las señas del hotel... Kramer sonrió al verle sumido en tan profundas dudas que hasta parecía adivinar.

—No se rompa la cabeza, Vincent. Sea práctico. Usted me necesita. Yo puedo declarar en su favor. Llegado el momento seré un buen testigo y probaré que su coartada es exacta... Créame, de momento nos necesitamos.

—Yo no le necesito, Kramer. Usted lo sabe. Bastaría con que hablara. Me queda un testigo...

—¿La señorita que iba con usted?

—Sí.

—Pero a usted no le conviene que se sepa que se citaron anoche.

—No nos citamos. Fue casualidad.

Kramer acentuó su sonrisa.

—¿De veras cree que fue una casualidad?

—¿Eh?

¡Estaban de acuerdo! Ella, Marion, y Kramer estaban de acuerdo...

Pero contar la verdad a la policía no evitaría el escándalo...

De entre las tinieblas, Elliot creía vislumbrar un rayo de luz. Sí... Iban por su fórmula. Eso era lo que pretendía Kramer; conocer la maldita fórmula que él había descubierto, por eso quería ser su ayudante.

Kramer interrumpió sus pensamientos. Abrió la portezuela del «Buick» y antes de salir confirmó:

—Piense bien en lo que le he dicho, Vincent. Nos necesitamos mutuamente.

Ya sin añadir palabra se dirigió hacia su coche. Subió a él y lo puso en marcha.

CAPÍTULO VII

No. No fue a ver a Marion. Tenía la convicción de que ya no podía confiar en la muchacha. Todo aquello había sido una comedia preparada por los dos.

Posiblemente ni siquiera existía la víctima del presunto crimen que creyó presenciar la noche anterior. También aquello pudo haber sido una comedia.

Sin saber exactamente por qué, Elliot se encontraba camino del hotel. Todavía había luz de día. Examinaría aquel acantilado. Quizá el resultado de su pequeña investigación no le sirviera de gran cosa, pero algo le impulsaba a dirigirse hacia allí...

Y allí estaba. Aparcó el auto fuera del recinto exterior del hotel. Avanzó hacia el acantilado, hasta el punto exacto donde la noche anterior tuvo lugar aquella escena que tanto le había impresionado.

«Si Kramer no es un asesino —pensó—. No tendré ninguna prueba contra él y estaré cogido en sus manos porque si el inspector se decide a acusarme de intentar asesinar a mi esposa no podré probar dónde estuve...».

Ya daba como seguro que Marion y Kramer estaban de acuerdo.

Y él, Elliot, no podía demostrarlo. Al fin y al cabo nadie les había visto juntos en el hotel, así, pues, si en último caso y a pesar del estado de su esposa se decidía a decir la verdad, ¿quién iba a creerle? Su ida al hotel serviría para acusarle más, dirían que trató de fabricarse una coartada...

Examinó el lugar. El precipicio hasta el mar tenía unos treinta y cinco o cuarenta metros. Las olas chocaban contra las rocas bajas, barriendo su escasa superficie.

Si de veras fue arrojado alguien tuvo que matarse y luego el agua arrastraría el cadáver hasta Dios sabe dónde.

Recordó haber visto claramente cómo Kramer arrojaba a la mujer...

Allí no podía haber trampa, por tanto de ser realmente un asesino...

—¡Dios mío! ¿Cómo probarlo? ¿Dónde está el cadáver?

Quizá la mujer que arrojó era una cualquiera que nadie echaría de menos.

Caso de decidirse a hablar no tendría más prueba que su palabra a menos que el cadáver apareciera, pero a veces los remolinos del agua impiden que los muertos salgan a la superficie. Los hay que no aparecen nunca.

—¡Estoy en manos de un asesino!

La cosa de no ser dramática habría adquirido ribetes de tragicomedia.

¡Un hombre inocente que para probar esa inocencia tenía que ponerse de acuerdo con un asesino!

¿O no era un asesino?

Elliot ya no sabía qué pensar. En cualquier caso el único camino era ir a ver al inspector y contarle la verdad. Pero ahora empezaba a dudar de que alguien le creyera y si le creyeran entonces surgiría el problema con su esposa porque ella sí que dudaría en pensar que se había citado en el hotel con Marion...

Había decidido regresar. Seguía con la misma indecisión, sin embargo, iría a su casa. Vería cómo se encontraba su mujer. Si pudiera explicarle a ella la verdad...

Dudaba de que quisiera escucharle, pero...

Sus pensamientos se detuvieron al reconocer a cierta persona conocida que salía del hotel para dirigirse a un taxi.

Era Cristine Keller, la enfermera de su mujer.

¿Qué diablos estaría haciendo allí?

Ella indudablemente no le había visto.

Dudó un instante, pero al fin la llamó en el momento en que ella iba a entrar en el taxi.

—¡Cristine!

La enfermera se volvió y mostró su sorpresa.

—¡Oh, señor Vincent!

Quedó indecisa. El avanzó unos pasos. La joven se irguió. Pretendió que su aspecto pareciese normal. El que continuaba

perplejo era Elliot.

—¿Qué está haciendo usted aquí?

—Hoy es mi día libre, señor Vincent. Miércoles.

—Sí, sí, claro. Pero... ¿Suele frecuentar este hotel en sus días libres?

—No, no señor. Vine a ver a mi hermana. Está descansando. Mi hermana es escritora.

«¡Es curioso!», pensó Elliot.

—¿Y su hermana de usted... me conoce a mí? Quiero decir si le ha hablado usted...

—¡Oh! Sabe sólo el domicilio donde trabajo. Le di mis señas por si quería algo de mí y hace un par de días me llamó diciendo que se hallaba hospedada en este hotel... Pero es extraño. Anoche pagó su cuenta y se fue. Es raro que no me avisara sabiendo que yo iba a venir a verla.

—Oiga... Veo que va en taxi. Despídalo. Yo la llevaré a casa y charlaremos por el camino.

—Como usted quiera, señor Vincent.

—No se moleste. Yo mismo pagaré el taxi.

Ella protestó, pero Elliot ya había sacado dinero de su bolsillo para pagar la larga carrera del vehículo.

La enfermera se colocó junto a Elliot en el «Buick» y aguardó a que él lo pusiera en marcha.

—¿Dónde vive su hermana habitualmente? —preguntó al cabo de un silencio.

—Oh... No tiene una residencia fija. Antes de que yo obtuviera el título teníamos una pequeña casa en Santa Rosa, pero a ella siempre le gustó viajar. Creo que todo lo que gana con sus libros lo gasta en viajes.

—Entonces... ¿No sabe usted dónde puede encontrarse ahora?

—Quizá la haya llamado algún editor. De todos modos...

Se detuvo. Elliot la miró por el retrovisor. Notó una cierta inquietud en la muchacha.

Elliot tuvo una sospecha.

—Oiga, Cristine... ¿Suele hacer su hermana esas cosas? Quiero decir llamarla y luego desaparecer.

—Pues, no. Claro que conociendo su espíritu inquieto no debería extrañarme, pero...

—Lo encuentra raro.

—Sí. Además, dijo que tenía muchas ganas de verme, que quería contarme muchas novedades.

Elliot lanzó un tiro al azar.

—¿Le habló de si había conocido a algún hombre?

—¿Eh? Pues no... Ella tenía amigos, sin embargo... ¿Qué quiere usted decir? Si había conocido a algún hombre que le interesara, ¿verdad?

—Quizá no entienda mucho a las mujeres, pero sé que cuando tienen algo importante que decir a menudo suele haber un hombre de por medio.

—Es curioso. Yo pensé lo mismo —murmuró ella.

—¿No le dio ningún nombre?

—No.

Elliot tras una pausa lanzó otra pregunta y estudió a través del espejito la reacción de la muchacha.

—¿El nombre de Kramer le dice algo?

El rostro de Cristine no se inmutó en absoluto. Ni siquiera pestañeó al responder:

—¿Kramer? No conozco a nadie llamado así. ¿Quién es?

—Pues... —Elliot no supo qué contestar—. Un individuo que conocí anoche aquí, en este mismo hotel.

—Es verdad. Recuerdo que lo dijo usted al inspector. ¡Oh! Y a propósito... Le ha estado llamando.

—¿Quién?

—El inspector Dekker. Ha preguntado por usted. Le ha citado en su oficina. Se me había olvidado... De todos modos dejé una nota en su casa.

—Gracias, Cristine. Esperaba que Dekker volviera a llamarme.

—Señor Vincent... —empezó la joven—. Siento todo esto que ocurre. Yo... Yo sé que usted quiere a su esposa.

—Es reconfortante saber que al menos alguien cree en mí.

—Hay cosas que se adivinan, señor Vincent. Una mujer no se equivoca en esas cosas.

Sus miradas coincidieron durante unos instantes a través del retrovisor. Luego el viaje continuó en silencio.

CAPÍTULO VIII

No fue directamente al puesto de policía sino que al dejar a Cristine en su casa entró él también. Su llegada coincidió con la marcha de Lavinia, la amiga de Margaret.

La «buena» amiga que aun a riesgo de proporcionarle un disgusto no vacilaba en contarle todo y seguramente deformarlo.

Elliot había llegado si no a odiarla al menos sí a detestarla de verdad. ¿Cómo puede llamarse amigo quien disfruta únicamente comunicando las peores noticias?

Se cruzaron sin saludarse. Era una falta de educación por parte de Elliot, pero no le importaba parecer mal educado con Lavinia.

La doncella sí le saludó y le indicó:

—El inspector Dekker ha vuelto a llamar un par de veces.

—Gracias. Iré enseguida. ¿Cómo está mi mujer?

—Creo que más calmada, señor.

—Seguramente no será por mucho tiempo —murmuró Lavinia en tono despectivo mientras cruzaba el umbral de la puerta para salir a la calle.

—Esa mujer me crispera —espetó Elliot.

—Cálmese, señor Vincent —pidió la enfermera Cristine.

Elliot se dirigió hacia la habitación de su esposa.

Ella estaba en la cama con varios almohadones. Tenía un libro entre las manos.

—Marge... —empezó. Así la llamaba cuando se conocieron, era como un apelativo cariñoso que llevaba ya mucho tiempo sin usar— ... Marge, es necesario que hablemos unos instantes. No te molestaré. Sé que anoche perdí la calma. Últimamente estoy muy nervioso, lo reconozco... Ya, ya sé que tú tienes motivos para estarlo más que yo. Pero están sucediendo una serie de cosas... ¿Me

escuchas, Marge? ¡Ojalá intentaras comprenderme! Te necesito. ¿Sabes? Necesito a alguien en quien confiar.

Ella, sin dejar el libro, murmuró:

—¿Y anoche fuiste a un hotel para buscar a «ése» alguien?

Su tono parecía tranquilo.

«No sabe nada —pensó—. No puede saberlo...».

—Necesitaba meditar sobre muchas cosas, Marge.

—¿Por qué te esfuerzas en ser cariñoso si no lo sientes?

—Te equivocas, Marge. Te quiero...

Ella soltó el libro y le miró. Le miró como tantas veces lo había hecho antes, con aquel aire superior, pero comprensivo, como a la madre que mira al hijo que necesita consuelo y consejo a la vez.

Sí. En ese aspecto ella siempre se había atribuido aquel extraño don de superioridad, aquel instinto maternal, nacido quizá de su deseo de tener hijos y de la imposibilidad de poderlos tener.

En unos instantes, Elliot recordó los buenos tiempos... Recordó cuando ella dejaba aquel aire para ser simplemente una mujer que se entregaba sin regateos a las caricias de su marido.

Y aquella terrible enfermedad era lo único que se había interpuesto entre los dos.

Elliot avanzó. Se inclinó hacia ella y escondió la cabeza entre las sábanas.

Durante unos instantes la mano derecha de Margaret acarició los cabellos del hombre, igual que cuando él regresaba cansado y ella le había estado aguardando.

—Marge... Todo tiene que volver a ser como antes, ¿comprendes?

Ella dejó de acariciarle.

—Quisiera creerte, Elli, quisiera creerte.

—Inténtalo, Marge... Sabes que existen fundadas esperanzas de que vuelvas a andar.

—No, todo es falso. Mientes tú y miente el doctor sólo para darme ánimos, pero no soy tan estúpida...

Marge...

—Levántate, Elliot. Estás francamente ridículo en esta postura.

El había hincado la rodilla en tierra. Ahora levantó la cabeza.

—Marge, ¿por qué te empeñas en ser dura?

—No quiero compasión... Te prefiero como ayer.

—Ya te dije que me arrepiento de cuanto dije, Marge. Estaba nervioso.

—No me refiero a esto, Elliot.

—¿Qué?

—Te estoy hablando de cuando intentaste estrangularme...

—¡Margaret! —exclamó él, poniéndose en pie de un salto.

—Quizá consigas engañar a la policía, Elliot, pero a mí no. Lo del hotel puede que te sirva de coartada para ello, pero yo sé que no.

—¡Margaret! Margaret. Tú no puedes creer...

—Anda sal. Déjame sola, por favor.

—No, Margaret, que tú misma creas que yo haya sido capaz. Eso no, Margaret...

—Tienes a otra mujer... Esa amiguita o quien sea...

—Eso no es verdad, pero sería cien veces preferible que creyeras que te engaño con otra a lo que has pensado.

El rostro de Margaret se endureció.

—Si tuviera la certeza, Elliot... ¿Me oyes bien? Si tuviera la certeza de que anoche habías ido a ese hotel para estar con otra mujer aún sería peor porque... porque —su respiración se agitaba por momentos—. Buscaría tu ruina como fuese, Elliot... Esto sí que no te lo perdonaría jamás... ¡Jamás, Elliot!

—No te comprendo, Margaret —murmuró él quedamente—. Me odias. Me odias como jamás pude llegar a sospecharlo y, sin embargo, me aceptarías como a un presunto asesino.

—Si me mataras casi me harías un favor, Elliot... Pero, mientras viva, no irás con otra. Tú me metiste en esta silla. Tú. Pues ahora aguántate.

Elliot salió cabizbajo, desolado... ¿Qué era lo que debía hacer?

Que su esposa llegara a tomarle como un asesino era ya lo último... Y si le convencía de lo contrario, si aún a pesar de aquel odio de ella le contaba la verdad de sus preocupaciones, tendría que nombrar a Marion y sería peor.

Era como si de repente el mundo se le viniera encima.

Había decidido por lo menos liberar su conciencia, le creyesen o no.

Estaba solo y debía resolver sus propios problemas.

—El inspector sabrá toda la Verdad. Si me han tendido una

trampa con el propósito de sacarme la fórmula no se saldrán con la suya. Desenmascararé a Kramer. Me crea o no el inspector, le explicaré la verdad.

Detuvo el coche delante de la casa de Marion y subió hasta el primer piso.

No tuvo necesidad de llamar, ella salía en aquel instante.

—¡Oh, Elliot! Me tenías intranquila. Dijiste que venías enseguida y te he esperado toda la tarde.

—Ibas a salir...

—Sí. No sabía qué hacer. Pero pasa, por favor. Pareces excitado...

El la miró profundamente. Tratando de calar en su pensamiento, de taladrar aquella mente y descubrir qué escondía Marion bajo su apariencia juvenil.

—¿Te extraña, Marion? ¿Te extraña que lo esté? Quizá tú podrías contestar mejor que yo a esa pregunta.

—No te comprendo, Elliot. De veras.

Hizo una pausa. El seguía mirándola con fijeza. Ella apartó los ojos.

—Voy a servirte un trago. Creo que lo necesitas. Tengo alguna botella de *whisky* por aquí.

Desapareció unos instantes por una puerta que debía ser la cocina y regresó con una botella y un vaso.

—¿Tomas *whisky*? —preguntó él.

—No. Yo no bebo... La botella era... de una amiga con quien antes compartía el apartamento. La dejó. Espero que te guste.

Dejó el vaso en la mesita frente a Elliot. Él lo miró sin tocarlo. Volvió sus ojos hacia la muchacha que se había sentado en la butaca de enfrente.

—Habla, Elliot, por Dios. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Si tú no lo sabes!

—No te comprendo. Parece como si trataras de acusarme de algo.

—¿De qué parte estás, Marion?

—¡Elliot! Esto ya es demasiado... Estás trastornado. Intento comprenderte, pero que intentes acusarme...

El la atajó:

—Voy a ir a la policía, ¿sabes? Hablaré con el inspector Dekker

y le contaré paso a paso lo que ocurrió anoche. No sé si va a creermelo. Tú eres mi único testigo...

—Creí que querías ocultar eso... Por tu mujer...

—Si Dekker me cree le pediré la máxima discreción. Tú puedes justificar tu presencia en el hotel Mar Brava, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Quiero decir que puedes declarar que no fuiste allí para verme, sino por un cliente de tu compañía. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

—¿Es que lo dudaste en algún instante? —replicó ella con la mayor tranquilidad—. Anda. Vamos. Te acompañaré.

—De momento no es necesario. Me basta con que no te muevas de aquí. Que sea el inspector quien te cite si lo cree oportuno. Quiero que quede bien claro ante todo que yo no intenté matar a Margaret y después el asunto de Kramer.

—¿Has vuelto a verle?

—Sí. Pretende ser mi ayudante en el laboratorio. No niega en absoluto que él pagó al encargado de la estación de servicio para que dijera a la policía que no me había Visto.

—¡Claro! Sabe que tú le viste cometer un crimen y para que no declares ahora aprovecha las circunstancias y quiere que te acusen de otro... A menos que le ayudes. ¿No es eso?

—Pues... —Seguía sin estar seguro de si podía o no fiarse de Marion, pero continuó— parece ser algo así, pero demasiado bien medido todo, demasiado bien calculado...

—El azar te ha jugado una mala pasada.

—¿El azar solo, Marion? ¿Es azar que quiera convertirse en mi ayudante?

—Bueno..., alguien debió proponerlo, no habrá venido así por las buenas.

—No. Pero se ha presentado en el momento en que una fórmula importante puede ser codiciada por muchas personas y no con los mejores fines.

Ella se puso en pie.

—Elliot, ocurra lo que ocurra, piensa que puedes contar conmigo. Yo estoy a tu lado.

—Espero que así sea, Marion.

—No me moveré de aquí —recalcó ella.

—Está bien. Voy directamente a hablar con Dekker. Ha estado llamándome durante toda la tarde.

—¿Y tú? ¿Dónde has estado?

—En el hotel...

—¿Para qué?

—Para examinar de cerca el lugar donde tuvo lugar el asesinato que presencié.

—¿Y descubriste algo?

—No. Es más... No sé por qué tenía la convicción de que tampoco hubo asesinato. Claro que...

Se calló. Estaba ya en el umbral de la puerta. Marion le incitó a que continuara.

—Sigue, Elliot... ¿Qué piensas?

—No sé qué pensar..., sobre todo después de haberme enterado casualmente que una mujer desapareció anoche del hotel.

Marion quiso saber más, pero Elliot cruzó el umbral de la puerta sin ser más explícito. Pensaba en lo que le dijo la enfermera Cristine con respecto a su hermana.

CAPÍTULO IX

Retrocedamos veinte minutos. Exactamente el tiempo en que Elliot estuvo en casa de Marion.

Mientras él hablaba con la joven en el puesto de policía y precisamente en el despacho del inspector Dekker, tenía lugar una entrevista que habría extrañado bastante a Elliot, sobre todo porque él era el principal motivo de la conversación secreta que sostenían los dos protagonistas.

Uno era el propio inspector Charles Dekker.

El otro un agente especial del FBI.

El agente había solicitado la entrevista totalmente a solas, sin testigos.

Dekker ya había tenido otros contactos con los federales y no le extrañaba en absoluto esa especie de misterio con que rodeaban todas sus actuaciones.

Tampoco parpadeó lo más mínimo cuando el del FBI le pidió:

—Sean cuales fueren las pruebas que haya reunido contra Elliot Vincent tiene que dejarlo en absoluta libertad.

Antes de contestar, Dekker recordó la llamada que había recibido del inspector jefe de la División que le comunicó que el agente que le visitaría tenía carta blanca en el asunto.

—Supongo —musitó— que ni a título de curiosidad puedo saber qué se esconde detrás de todo esto.

Su tono era más bien sarcástico. No podía existir rivalidad alguna entre la policía local y la federal. La prioridad era siempre para los segundos y cuando intervenían no era precisamente por delitos comunes.

—Inspector, coco colega comprenderá que tratándose de un asunto del máximo secreto, cuantas menos personas sepan...

—Comprendo..., comprendo... —cortó Dekker—. No soy curioso en lo que me concierne y este caso que para mí empezaba a estar bastante claro, por lo visto tiene algunas manchas que no corresponde a la policía esclarecer.

El agente sonrió.

—No pretendemos pisarle el terreno. Sus deducciones seguramente son lógicas. Elliot Vincent en su vida privada puede tener motivos para desear quedarse viudo. Ni lo admitimos ni lo negamos, pero repito... esto forma parte de su vida particular y dejando de lado que él pudiera probar perfectamente su coartada y por tanto resultar del todo inocente del intento de asesinar a su mujer, nosotros vamos más allá.

—Por lo visto han investigado a fondo.

—Sólo lo que nos convenía.

—Bien —replicó Dekker con el mismo sarcasmo—. Así aunque le vieran una docena de testigos estrangulando a su mujer o acuchillándola, debo dejarle en completa libertad.

—Es exactamente lo que iba a decirle, Dekker.

—Me parece muy bien. Ustedes mandan.

El del FBI sonrió comprendiendo la decepción de su colega.

—Bueno, de todos modos puede colaborar.

—¿Soltando a algún otro asesino?

—¡Oh, Dekker! No tiene la evidencia de que Elliot Vincent lo sea.

—No. Pero hasta el momento en mi distrito no ha quedado impune ningún crimen, ni ningún intento de asesinato y en mi opinión vale más detener a un criminal frustrado que efectivo. Soy de los que creen que es mejor prevenir que curar.

—Muy bien, Dekker. Puede hacer que algunos hombres —uniformados por supuesto— vigilen la villa de los Vincent.

—Creí que se cuidarían ustedes.

—Oh, no... Nuestra intervención es completamente secreta, ¿comprende?

—Ya... ¿Y... qué me aconseja que le diga a Vincent? Le he citado para proceder a un nuevo interrogatorio.

—¡Ah, pues, interróguele! Eso nunca está demás... Luego le deja marchar por falta de pruebas y...

—¿Y si tengo esas pruebas?

—¡Oh, Dekker! —El agente se puso en pie—. Estoy de acuerdo en que puede pillar a Vincent en algunas mentiras, pero pruebas concretas, ninguna... Ya sabe. No debe sospechar, ni él ni nadie que el Departamento cuida de esto. Confiamos en su buen hacer.

Dekker se quedó solo en mitad de su despacho. Apretó los puños como si fuera a descargarlos en algún sitio, pero luego se limitó a sonreír con una cierta indiferencia.

Su ayudante entró en aquel instante. Señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Federal, ¿eh?

Dekker asintió.

—¿Algo importante?

—Ellos lo sabrán. Como siempre...

Encendió un trozo de cigarro y volvió a su mesa donde se dejó caer. El ayudante seguía observándole.

—Bueno... ¿Qué haces ahí?

—Esperar. Usted dijo que cuando viniera Elliot Vincent...

—¿Vincent? ¡Ah, sí! Puedes irte. Le interrogaré yo solo.

—Lo que usted diga, jefe.

Y el ayudante salió.

En la calle el «Buick» de Elliot se detuvo en el momento en que el coche del federal, sin distintivo, se alejaba.

El ayudante volvió a entrar en el despacho de Dekker.

—Vincent está ahí.

—Está bien, que pase y tú lárgate... Que nadie nos interrumpa.

—Sí —replicó el joven policía.

Al salir hizo un gesto de extrañeza ante los demás como queriendo decir: «Soplan malos vientos».

Vincent cruzó la puerta que daba entrada al *hall* del puesto.

—Pase —le invitaron—. El inspector le está esperando.

Elliot cruzó el umbral de la puerta. Dekker, sin moverse de la mesa, le vio avanzar. El despacho estaba sumido en la penumbra, sólo la lámpara portátil iluminaba la mesa del policía.

—Acérquese, Vincent, y tome asiento...

Con aspecto aburrido el inspector dejó que Elliot le narrara todo lo ocurrido la noche anterior.

Al principio pensó para sí:

«¿Qué cuento va a inventarse ese tipo ahora?».

Pero a medida que el relato de Elliot avanzaba, Dekker, sin deponer su actitud indiferente puso una mayor atención. Todo aquello resultaba demasiado inverosímil y su experiencia le decía que las cosas inverosímiles acaban teniendo una explicación.

Cuando recalcando el nombre de Kramer nombró el laboratorio, las fórmulas, etc... Dekker comenzó a vislumbrar cómo varias piezas de rompecabezas que debidamente enlazadas podían justificar plenamente la intervención de los federales.

Había grabado por pura rutina el monólogo de Elliot al que ni siquiera interrumpió.

Al terminar se limitó a murmurar:

—Bien, señor Vincent... comprendo sus motivos. Comprobaremos todo lo que nos ha dicho. Ahora váyase tranquilamente a su casa y procure descansar. Y no se preocupe. Actuaremos con la máxima discreción.

Cuando Elliot hubo abandonado el despacho del policía, éste murmuró para sí:

«¡La máxima discreción! La tiene garantizada, señor Vincent... Por desgracia la tiene garantizada. Esta tajada no es para un pobre policía como yo».

Y aquella vez sí que pegó un puñetazo sobre la mesa.

Ahora es cuando empezaba a creer en la inocencia de Elliot Vincent, pero no podía dirigir sus investigaciones por ningún lado. Aquello ya correspondía al FBI.

Si a Elliot le hubiera extrañado conocer todo el tinglado montado en torno suyo, quizá no le habría cogido por sorpresa la conversación que en aquellos momentos se estaba sosteniendo en el apartamento de Marion.

Marion no estaba sola. Su visitante era Kramer.

—No contábamos con esto —dijo él, después de beber de un trago el *whisky* que ella le sirvió.

—Yo no podía hacer otra cosa —musitó la joven, sirviéndose a la vez una pequeña porción.

—Pero esto no era lo previsto. Se suponía que Vincent guardaría silencio. Y de repente se le ocurre ir a la policía. Ahora te llamarán, querrán comprobar si lo que ha contado es verdad.

—Sí... —murmuró ella.

—Si confirmas su declaración me buscarán. ¿Es que no lo

comprendes, cabeza de chorlito? Creí que eras más inteligente.

—No podía hacer otra cosa. Elliot ha empezado a dudar de mí. ¿Qué querías, que me desentendiera? Entonces habría tenido la certeza, de que todo era una trampa. Por lo menos ahora tenemos tiempo de pensar.

—¿Cuánto tiempo?

—Y yo qué sé... No soy adivina.

—¡Maldita sea! —renegó Kramer, levantándose casi de un salto.

—Yo no tengo la culpa de lo que ocurre. Hice lo que me pediste.

No podía disuadir a Elliot.

—Creo que será mejor que desaparezcas por una temporada.

—Esto no puede ser. ¿Y qué le digo a mi jefe?

—Inventa una excusa. Di que tienes un familiar enfermo.

—El sabe perfectamente que no tengo familia. Lo encontraría muy extraño.

—Aquí no puedes seguir, muñeca. A menos que, cuando te llame la policía para declarar, digas que todo ha sido una invención de Vincent. Que ni siquiera le conoces.

—Acabarían averiguando la verdad. Yo estuve en el hotel anoche... —hizo una pausa mientras Kramer la observaba indeciso—. No, Bill. Tiene que existir otra forma de hacer las cosas.

—¿La sabes tú?

—Yo no sé nada de nada. Tú llevas el juego. Me dijiste que no habría ninguna complicación. Que todo sería casi como una broma... Quizá no debí prestarme a ello. Al fin y al cabo yo no tenía nada contra Elliot...

—¡Vaya! Parece que empiezas a arrepentirte. No opinabas así al principio.

—No sé... No sé qué pensar, Bill.

—Pues yo te refrescaré la memoria, pequeña. Estás tan metida en esto como yo.

—Yo ni siquiera sé lo que te llevas entre manos. Me dijiste que querías tener atado a Elliot. Me contaste todo lo referente al accidente de su esposa a cómo vivía, me dijiste que todo sería muy fácil.

—Y hasta ahora lo ha sido.

—Bien, pues si llama la policía. Déjame que declare a su favor. Al fin y al cabo nada tienes que ocultar, ¿verdad? Se trataba de

simular un crimen para, que Elliot te creyera un criminal y te temiera...

—Exacto.

—Pues Elliot sospecha que ha sido una simulación. Ya no te teme. Tú tampoco tienes nada que temer. No has matado a nadie.

—Y... ¿si existiese ese crimen?

—¿Cómo?

—¿Y si fuera cierto que hubiese matado a alguien?

—¡Bill!

—¿Lo ves, pequeña? Estás tan cogida, como yo y tendrás que hacer lo que te diga.

—Me has mentido. No has sido sincero conmigo.

—¿Y qué importa eso ahora? Lo demás sigue en pie. Hay mucho dinero de por medio.

—¿A quién has matado, Bill?

—Eso no importa, querida. La, llamémosla víctima, lo merecía.

—¡Y delante de testigos, Bill! Debes de estar loco.

—Cálmate —atajó Bill, acercándose a Marion que de repente había palidecido—. De cualquier modo no la encontrarán. Estudié bien el lugar. Hay remolinos, el cadáver nunca saldrá a flote.

—Pero si la policía cree a Elliot y abren una investigación...

—Espera, muñeca, espera... En principio tengo una buena coartada. La mujer a la que maté oficialmente se había ido del hotel un buen rato antes. Así que nada de lo que pueda decir tu amigo Elliot tendrá valor, por contra, su coche aparecerá despeñado muy lejos del lugar, con el equipaje y los documentos de la víctima.

—Pero su cuerpo...

—Se me está ocurriendo que... —sonrió abiertamente, Marion sintió un escalofrío.

—¡Bill! ¿Qué estás tramando?

Kramer sacó un revólver y jugueteó con él unos instantes.

—¡Bill! ¿No pensarás asesinarme a mí también?

—Sería el mejor sistema para que desaparecieras. Así no podrías corroborar la declaración de nuestro amigo Elliot.

—¡Bill! —exclamó y tratando de serenarse añadió—: Esto no te librará de verte mezclado. Elliot habrá dado tu nombre...

—Soy un personaje bastante conocido y respetado aunque no lo creas, Marion. Uno de los socios del laboratorio de investigaciones

donde trabaja Elliot es amigo mío y persona influyente, por eso me ha propuesto para la plaza de ayudante de Elliot.

—Yo creí que necesitabas tenerle atado para que aceptara tenerte de ayudante. Eso es lo que dijiste.

—Eso era sólo una parte del plan. Elliot no es quien para rechazarme de plano. No es el dueño, ¿comprendes?

—No. No comprendo nada —replicó ella, dando la vuelta a la pequeña estancia y tratando de ganar la puerta.

—Quieta, preciosa. No intentes huir. Sería en vano.

—Bill... Tú no harás... Tú no dispararás. Un disparo hace demasiado ruido.

Bill tomó sin inmutarse uno de los almohadones del diván y lo aplicó delante del cañón de su pistola, luego, con felina agilidad, se plantó ante la muchacha que retrocedió hasta la pared.

Bill aplastó contra ella el almohadón empujado por el cañón del arma que sostenía entre las manos.

Ella comprendió perfectamente que su fin era irremediable. A Bill sólo le faltaba apretar el gatillo, el almohadón amortiguaría el ruido del disparo.

Evidentemente, vencida y sin fuerzas para defenderse, Marion era la imagen perfecta de la persona que acepta resignadamente su fin.

Esto, sin embargo, fue lo que engañó a Kramer.

Bastó una fracción de segundo. La aparentemente indefensa Marion había sacado fuerzas de flaqueza. Todo el peso de su cuerpo, toda la furia salvaje, desesperada que la invadía, la concentró en aquella terrible patada que propinó a Kramer en la pierna, justo en la espinilla, al mismo tiempo que se avalanzaba hacia él, que perdido el equilibrio se derrumbó sobre la alfombra.

Fue suficiente para que Marion, sin esperar la reacción de Kramer se precipitara hacia la puerta y saliera huyendo hacia la calle. Dobló la primera esquina y unos metros más allá, sin volverse atrás una sola vez, detuvo un taxi que venía en dirección opuesta.

—Deprisa. Aléjese de aquí rápidamente...

—¿Qué le ocurre?

—No haga preguntas y acelere... Ya... Le daré después las señas. Ahora vaya deprisa.

El chófer rezongó algo entre dientes, pero obedeció.

Cuando cruzaron de nuevo su calle. Ella miró por la ventanilla.
Kramer había salido. Estaba cerca de su coche seguramente para perseguirla.

Marion respiró tranquila. De momento ya no podría encontrarla.

CAPÍTULO X

Aquella mañana, Elliot no sentía el menor deseo de ir al laboratorio.

Fue Moore el que le llamó por teléfono.

—¿Cómo van las cosas?

—Creo que necesito un descanso, Moore. Hable con sus socios. Tal como están las cosas no puedo seguir.

—Elliot, estoy tratando de ser comprensivo, pero no puedo dar largas al asunto...

—Lo siento, Moore. No estaré inactivo, se lo aseguro, pero de momento prefiero no aparecer por ahí.

—¿Qué le pasa? ¿No será por Kramer? Ayer se marchó de una forma muy extraña.

—Moore, no puedo decirle nada. Tal vez dentro de unos días... La policía está efectuando algunas investigaciones. Le repito que de momento no puedo decirle más. Si cree conveniente sustituirme está en su perfecto derecho.

—Sabe que no puedo, Elliot. Tiene entre manos un asunto importante. Ahora no puede abandonar.

—Ya le he dicho que no abandono. Seguiré trabajando, pero prefiero hacerlo solo, y no insista.

Colgó antes de que su jefe pudiera decir nada más.

La enfermera Cristine apareció en el umbral de la puerta de su despacho donde Elliot permanecía sentado con la expresión demacrada y unas ojeras propias de quien ha pasado la noche en vela.

—Acabará usted enfermando, señor Vincent. No ha dormido en toda la noche.

—No. Y no se preocupe de mí, sé lo ruego... ¿Cómo está mi mujer?

—Bien. Ella ha descansado.

—Mejor...

—Usted también debería descansar. No sufra por lo que le pueda ocurrir. Han puesto policías por los alrededores. La casa está vigilada. Nadie se atrevería a intentar contra ella.

—Gracias. Puede irse Cristine... ¿Ha averiguado algo con respecto a su hermana?

—No. Anoche hice un par de llamadas a los editores para los que suele trabajar, pero no encontré a ninguno. Volveré a hacerlo si no saben de ella..., esperaré. Tal vez haya ido hacia el este. Sé que también escribe para alguna editorial de Nueva York.

—¿No ha pensado por un momento que..., que le haya podido suceder algo?

—Se refiere a... ¿Algún accidente?

—Pues sí.

—¡Oh! Los periódicos hubiesen llevado la noticia.

—¿Cómo se llama su hermana?

—Kateryn Preston.

—¿Y qué escribe?

—Oh, pues, novelas. De tipo romántico, pero con algo de aventura. No ha llegado a ser famosa. Es natural que no la conozca, pero dicen que escribe bien. Si quiere puedo dejarle algo de lo que ha escrito. Lo tengo en mi apartamento. Puedo ir a buscarlas en mi próximo día libre.

—¡Oh, no! No se moleste. No tengo mucho tiempo para leer novelas, y menos ahora.

—Comprendo. Cuídese usted, señor Vincent. Creo que debería hacerse visitar por un médico. Tal vez le convendría medicarse.

—Me encuentro perfectamente, Cristine. Mis males no son corporales.

—Claro. Lo comprendo.

La nueva llamada telefónica interrumpió la conversación. Cristine salió del despacho cerrando la puerta. Elliot, tomó el teléfono.

Al otro lado del hilo sonó la voz agitada de Marion.

—Elliot... Tengo que verte. Ya sé que no debía haberte llamado ahí, pero es necesario. Anoche ocurrió algo terrible. Kramer quiso matarme.

—¿Kramer? ¿Por qué no avisaste a la policía?

—No puedo, Elliot. Estoy atrapada, ni siquiera creo poder ayudarte si la policía me hace preguntas.

—¿Dónde estás?

—En un hotel de la calle Oeste —vaciló—. ¿Estás solo?

—Completamente. ¿Por qué?

—Tengo miedo...

—Dame el nombre de ese hotel.

—Se llama Tres Ases. Está en el 422 de la calle. Sube directamente a mi habitación. Está en el primer piso. Es la número 12.

Está bien. Iré enseguida.

Elliot colgó y salió del despacho; La doncella estaba en el salón limpiando el polvo.

—Voy a salir. Si alguien pregunta por mí, dígame que estaré de vuelta dentro de... una hora como máximo.

—Sí, señor.

Vaciló un momento, como si pensara en despedirse de su mujer. Cristine salió de su cuarto en la misma planta baja del edificio. Pareció comprender las dudas de Elliot e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No está de muy buen humor —murmuró.

—Comprendo.

Y se dirigió hacia la salida.

Quince minutos más tarde su «Buick» se detuvo justo en frente del hotel Tres Ases.

Era un lugar de mala muerte, propio para una persona que se escondiese de algo. Uno de esos sitios donde no suelen hacer preguntas, a cambio de un estipendio considerablemente elevado por el derecho a ocupar una habitación.

Elliot comprobó que en aquel momento no había nadie tras el mostrador de recepción y aprovechó para colarse subiendo rápidamente la estrecha escalera que arrancaba al lado mismo del mostrador.

Una vez en el rellano buscó la habitación número doce.

Había una puerta entornada, por ella asomó Marion.

—Te he visto desde la ventana, entra.

Elliot obedeció y ella cerró rápidamente la puerta pasando el

pestillo.

Estaba verdaderamente asustada.

—¿Qué misterio es éste, Marion?

—Elliot, tienes que confiar en mí... Sé que no me he, portado muy bien, pero ahora tengo miedo. Kramer me buscará, querrá matarme y no puedo ir a la policía porque me acusarían de cómplice.

—¿De cómplice? Entonces tú y Kramer...

Ella le atajó con un gesto afirmativo.

—Es una pequeña historia, Elliot. Yo no quería perjudicarte, pero las cosas se han complicado.

—Las cosas siempre se complican cuando no se juega limpio.

—¡Oh, Elliot! No me consideres una mujer despreciable... Yo, yo sentía afecto por ti, pero... ¡Elliot! Te pido por lo que más quieres que creas todo lo que voy a decirte.

—Tengo bastantes problemas, Marion y sospecho que algunos te los debo a ti, pero habla, quizá pueda ver más claro.

Ella trató de serenarse. Sentóse sobre la vieja y crujiente cama y tras un breve silencio empezó:

—Conocí a William Kramer en una pequeña fiesta. Me había invitado John Malcom.

—¿Quién es John Malcom?

—Mi jefe. Era una fiesta benéfica en un barrio. Habían habilitado un viejo almacén y alquilaron una pequeña orquesta. Mi jefe contribuye en algunas obras benéficas y me pidió que fuera con él. Ya te dije que se interesa por mí... En fin, cuando llevábamos un rato le llamaron por teléfono. Un asunto urgente. Me dijo que podía quedarme, que más tarde pasaría a recogerme. Fue entonces cuando conocí a Kramer. Parecía simpático y lo fue en realidad. Después de aquella noche nos vimos un par de veces. Solía venir a esperarme... Un día me dijo que teníamos amigos comunes y me habló de ti.

—Yo nunca había visto a Kramer hasta aquella noche —interrumpió Elliot.

—Sí. Es posible, pero él dijo que te conocía mucho antes y que era posible que no le recordaras. Ahora comprendo que todo esto es falso, pero entonces... Me habló mucho de ti. Me explicó lo que hacías, me contó también lo del accidente de tu mujer y así empezó todo.

—¿Qué es lo que empezó?

—Kramer tiene un extraño poder de persuasión. Al cabo de una semana de insinuaciones veladas me propuso su plan. En apariencia era inofensivo. Se trataba de que fingiéramos un encuentro casual y que procurara inducirte a que fueras al hotel Mar Brava. Lo eligió porque sabía que yo hacía frecuentes viajes a cuenta de mi jefe. Me dijo incluso que si no veía posibilidades de que aceptaras tratara de insinuarme... Ya me comprendes... Tú eras un hombre faltado de afecto, de comprensión...

—¿Cómo pudiste aceptar un juego tan poco noble?

—Sí. Ahora comprendo que hice mal... Pero si le hubieses oído. Para él todo era muy sencillo.

—Y en el juego entraba lo de fingir un asesinato y luego mostrarse ante mí para que le reconociera.

La joven asintió.

—Y tú aparecerías en el momento oportuno, y yo me vería atado de manos... Si llamaba a la policía y la cosa veía la luz pública, mi mujer se enteraba y por tanto yo tendría que evitarlo a toda costa.

—Sí...

—¿Y todo esto por qué? ¿Para qué me encontrara cogido y tuviera que aceptarlo como ayudante?

—Eso me dijo.

—Es absurdo. Yo no puedo rechazarle de momento si viene contratado por uno de los socios de Moore. Podría hacerlo en el caso de que fuera un inepto... O quizá no entiende ni una palabra de laboratorio...

—No lo sé. Nunca me dijo lo que hacía.

—Pero Marion... No podías comprender que un hombre que hace todo esto es porque oculta algo inconfesable.

—Me prometió mucho dinero, Elliot... A mí siempre me ha gustado ser independiente. Por esto nunca he aceptado las proposiciones de John Malcom. —Hizo una pausa—. Sí, quizá te parezca una monstruosidad, pero tal como planteó las cosas Kramer parecía un juego. Después había algo más.

—¿Algo más?

—Yo... Me sentía un poco desechada, ¿sabes? Siempre supuse que tú y yo... En fin, son cosas pasadas. Tú entonces, cuando frecuentábamos el club, tenías otros planes, yo sólo era una amiga

más.

—Marion..., jamás te mentí en nada ni te hice promesas.

—Lo sé, pero las chicas nos hacemos ilusiones. En parte sentía hasta un poco de placer gastándote una jugarreta, pero te aseguro que bien caro lo estoy pagando. Ojalá nunca hubiese hecho caso a Kramer.

—Pero todo esto es absurdo... ¿Qué necesidad tenía Kramer de fingirse un criminal? ¿Y si yo hubiese reaccionado de otra manera desde el principio? Pero es igual. Lo he hecho ahora. El inspector ha prometido investigar...

—No encontrará nada —replicó ella cabizbaja.

—Bien, si fingió el asesinato y tú no puedes probar que te atacó, por lo menos tendrá que explicar a la policía el motivo de esta broma...

—Es que no lo fingió, Elliot.

El no pareció demasiado sorprendido ante la afirmación de Marion que siguió:

—Anteanoche mató verdaderamente a una mujer. Me lo confesó anoche.

—Me lo estaba temiendo.

—Pero no la encontrarán. Se aseguró bien. Aquél es un sitio lleno de remolinos... Y tuvo cuidado de que el coche de esa mujer aparezca despeñado en otro lugar. Por eso quería matarme. Eliminaba a un testigo y luego me habría puesto en el coche despeñado, seguramente desfigurándome el rostro, ¿comprendes, Elliot? Es un asesino de verdad, y yo nada puedo hacer. Me acusarían de complicidad.

—Entonces..., anoche cuando me dijiste que declararías en mi favor no estabas dispuesta a hacerlo.

—No sabía lo que tenía que hacer, Elliot. Le llamé a él y... ya ves de qué sirvió.

Tras una pausa, Elliot murmuró:

—Kramer quiere hacerme vivir en un ambiente de terror seguramente para conseguir mi fórmula. Pero nunca lo conseguirá... La tengo grabada en mi cabeza.

—¿Tan importante es esa fórmula?

—Ya ves que sí. Si Kramer te prometió dinero. ¿De dónde crees que iba a sacarlo? Posiblemente está en tratos con alguien. Espero

que la policía tome cartas en el asunto y Kramer y sus cómplices queden al descubierto. Entretanto mucha gente puede correr peligro.

—Menos tú —apostilló la joven—. Mientras guardes la fórmula para ti no te harán nada.

—Amenazarme... Ahora empiezo a comprender. El atentado contra mi mujer era un arma de dos filos. Me advertía del posible peligro que podía correr por un lado, y por otro me hacía aparecer como presunto culpable que tenía que ponerme en manos de Kramer para probar mi coartada... Sí, de esta forma yo me convertía en cómplice de él y me tenía cogido.

Las ideas de Elliot se iban clarificando más.

—¡Claro! —exclamó, continuando su soliloquio—. Ahora sabe que he acudido a la policía, pero al mismo tiempo se habrá procurado una buena coartada, y es posible que me llame o que se presente tranquilamente en mi casa, amenazándome con matar a Margaret... Sí..., ésa es su táctica.

—¿Qué piensas hacer, Elliot? Ahora estoy en tus manos. Nadie sabe que estoy aquí. Ni siquiera mi jefe.

—¿Necesitas dinero?

Ella asintió.

—Sólo pude pagar un día.

—De momento no te muevas. —Sacó algunos billetes del bolsillo y los dejó sobre la mesita.

—¡Oh, Elliot! No merezco que hagas todo esto por mí. Yo te metí en...

—Olvídalo... Y esta situación no va a durar mucho. Sé cómo cazar a Kramer.

—¿De veras? —preguntó ella, con un brillo esperanzador en sus ojos.

—Sí, Marion. Porque su crimen no quedará impune... Sospecho quién es la mujer a la que asesinó y espero poder probarlo.

Sin decir más, salió de la habitación.

CAPÍTULO XI

El ayudante del inspector Dekker había puesto el magnetófono en marcha, donde quedó grabada la declaración que Elliot efectuó la noche anterior. Así le sorprendió su jefe, que regresó en aquel momento.

—¿Qué diablos está haciendo? —Gruñó.

—¡Jefe! Esta declaración...

—Esa declaración, como si no existiera. Nadie le ha pedido que meta las narices donde no le llaman.

—Oh, pero... Yo... Bueno, Vincent habla de un crimen y de una serie de cosas...

—Que no son de nuestra incumbencia. Este caso ha terminado para nosotros.

—¿No piensa investigar?

—No. Y no haga más preguntas.

Tras la perplejidad inicial, el ayudante exclamó, comprendiendo:

—¡Ah! Ya comprendo. El federal que vino ayer..., ¿eh?

—¡Qué brillante deducción... Ande vaya. Déjeme solo!

—Sí, jefe.

El subordinado desapareció para reaparecer seguidamente.

—¿Qué quiere ahora?

—Es Vincent. Está aquí. Quiere hablarle.

—¡Hum! Que pase. A lo mejor tiene otra historia que contarme.

Vincent cruzó el umbral como una exhalación.

—Oiga, inspector. Es necesario que vigile a la muchacha. Me refiero a Marion. Kramer intentó asesinarla anoche... ¡Ah! Y hay otra cosa. Sospecho quién fue la víctima que arrojó al mar. Deténgalo, Dekker. Puede que le den una medalla; ahora ya no hay duda de que quiere mi fórmula.

—Bueno, señor Vincent..., está usted muy agitado; siéntese. ¿Le apetece una cerveza? Siempre tengo tres o cuatro para los amigos.

—Dekker... No parece tomarme muy en serio. Le estoy dando datos concretos. Averigüe el paradero de una escritora llamada Kateryn Preston.

—¿Quién es?

—La mujer que asesinó Kramer delante de mis narices.

—¿La conoce usted?

—No. Pero no hay duda de que es la hermana de nuestra enfermera...

Y brevemente le explicó lo sucedido con respecto al viaje de Cristine al hotel de la playa para ver a su hermana, que no encontró.

Tras una pausa, el policía manifestó:

—¿Y por qué esa Cristine no lo ha denunciado?

—Muy sencillo, inspector. Ella no sabe nada; ni siquiera sospecha. Debe darse prisa. Opino que cuanto más tiempo transcurra, será mucho peor. Lo primero que yo haría en su lugar es detener a Kramer.

—En primer lugar, usted no está en mi sitio. Deje, pues, que actúe a mi modo, señor Vincent. En segundo lugar, si Kramer es un asesino habrá tenido tiempo de largarse, a menos que esté esperando con las manos juntas a que vayamos a ponerle las esposas.

—El se cree impune, Dekker. No hay pruebas, pero usted puede sacarle la verdad, y la declaración de Marion le ayudará.

—¡Qué fácil es todo para usted!

—Le digo que Kramer es un asesino.

—Está bien, señor Vincent. Haré lo que esté en mi mano. Ahora váyase tranquilo a su trabajo y no vuelva a preocuparse.

—Estaré mucho más tranquilo cuando Kramer y sus posibles cómplices estén a buen recaudo.

—¡Cuán tranquilos viviríamos si todos los criminales e indeseables estuvieran entre rejas!, ¿eh? —sonrió el policía—. Bien... Le repito que se vaya tranquilo.

Elliot se marchó sin gran convencimiento de que el inspector le hubiese tomado en serio. Pero se equivocaba.

Apretando los puños, Dekker dio unas pasadas por la habitación.

Al fin, se decidió a llamar por teléfono.

—Es la división de... Sí..., soy el inspector Dekker de la Brigada de Homicidios. Capitán de detectives Charles Dekker. Quiero hablar con el inspector Warren. Es urgente.

Cuando momentos después, al otro lado del hilo, sonó la voz del inspector que le había llamado el día anterior, Dekker, con el más sutil sarcasmo, después de explicar lo que Elliot acababa de contarle, preguntó:

—Supongo que hasta nueva orden tendré que dejar que los criminales anden sueltos. ¿Verdad, inspector?

—A Kramer, por lo menos, sí. También es cosa nuestra. Siento tenerle atado de manos, Dekker, pero quizá llegue el momento en que le necesite.

—Y si mientras tanto Kramer liquida a Marion, ¿también he de seguir esperando?

—Exacto, Dekker. Mientras no reciba órdenes en contra, su actitud debe limitarse a capear el temporal. Creo que entre todos haremos una labor muy fructífera.

—No me mezcle en los lauros que pueda proporcionarme la captura de un criminal que no me pertenece. Es suyo.

No se cruzaron más palabras. Dekker colgó de mala gana. Seguía cruzado de brazos mientras los criminales andaban sueltos. O, al menos, los presuntos criminales. ¿Qué buscaba concretamente el FBI?

CAPÍTULO XII

—Cristine... Sé que puedo confiar en usted y usted debe confiar en mí también.

La enfermera miró en silencio a Elliot.

Cuando, momentos antes, la llamó a su despacho, Elliot había tomado la determinación de aclarar de una vez para siempre aquel estado de cosas.

—¿Quiere hablarme de su esposa? —preguntó la joven.

—No. No es de mi esposa de quien quiero hablarle.

Se hizo un silencio. La enfermera parecía que quisiera adivinar los pensamientos de Elliot.

—Bien. Desde luego, puede confiar usted en mí. Y por mi parte...

—Lo sé, lo sé...

—¿Qué quería decirme?

—Es referente a su hermana.

—¿Mi hermana?

—Sí, Cristine. Usted me habló de una hermana que se hospedaba en el hotel Mar Brava. Y que no encontró.

El ceño de la enfermera se frunció.

—Es posible —prosiguió lentamente Elliot— que nunca vuelva a verla.

—¿Cómo dice usted, señor Vincent? —Cristine todavía se mostraba serena. Elliot le contó sus sospechas.

—Aquella noche yo presencie un asesinato. Ahora no hacen al caso los detalles. He informado a la policía, pero no sé si me creen o no. Ignoro si sigo siendo sospechoso del atentado que sufrió mi mujer... En fin, Cristine, el caso es que una mujer fue asesinada y yo he pensado...

—¡Dios mío! ¿Mi hermana...?

—¿Se acuerda que le pregunté si el nombre de Kramer le decía algo?

—Sí, por supuesto. Pero..., ¿ese Kramer...?

—Ese Kramer es el asesino que yo vi cometer el crimen. No conozco el nombre de la víctima, ni los periódicos han dicho nada...

—Pero..., ¿por qué? Habría aparecido su cadáver.

—No, Cristine... ¿Recuerda que yo me encontraba entre las rocas?... Cuando la vi a usted, yo intentaba encontrar un cadáver que en aquellos momentos no sabía siquiera si existía. Tenía motivos para pensar que Kramer había organizado una comedia, pero los hechos parecen demostrar que hubo realmente una víctima.

—¿Supone que Kramer despeñó a mi hermana por el acantilado?

—Sí...

—Pero... Mi hermana tenía un coche...

Elliot la atajó.

—Cristine..., sólo a usted puedo decir algo que nada más he confiado a la policía. Mi mujer no debe enterarse. Sospecharía de mi fidelidad sin el menor fundamento.

—Sí, sí puede confiar en mí; hable.

—Aquella noche, en el hotel, me encontré con una antigua amiga llamada Marion. Fue pura casualidad. Bueno... No lo fue, pero quiero decir que no fui yo quien provocó el encuentro. Me dirigí a aquel hotel sin pensar encontrarla...

—¿Qué más?

—Esa chica, en principio, era cómplice de Kramer... Me lo ha contado todo.

—¿Y ella sabe que Kramer mató a mi hermana?

—No. No sabe quién es la víctima... ¡Oh, es bastante complicado! Ella no tiene nada que ver. ¡Al contrario! Kramer, anoche, intentó asesinarla a ella, y despeñarla luego, desfigurándola, para que creyeran que era su hermana de usted.

—No entiendo nada... No comprendo.

—Oiga, Cristine... El asesino cometió su crimen en mis propias narices. Despeñó a su hermana por el acantilado. Luego, no sé si antes o después, se las apañó para arrojar el auto de su hermana en otro lugar. Es posible que todavía no lo hayan descubierto, pero cuando esto ocurra, por más que busquen no encontrarán a nadie;

pero, sin duda, reconocerán a la propietaria del coche. ¿Qué marca y matrícula usaba su hermana?

—¡Oh, pues...! Matrícula de California, por supuesto. Era un «Ford» pequeño. Precisamente, la última vez que nos vimos dijo que quería venderlo y comprar otro.

—Pues creo que haría bien de informar de su desaparición. Créame. Todo lo que le he contado es cierto.

Ella estaba como anonadada. No podía reaccionar. Su mirada permanecía estática, perdida en un punto indeterminado.

Con voz lejana, murmuró al fin:

—No sé quién podía tener interés en matar a Hellen. No lo comprendo...

En la sección de sucesos de los periódicos de la tarde se hacía referencia al hallazgo en un «Ford» matrícula de California, inscrito a nombre de Hellen Keller.

El auto, según el periódico, fue encontrado en el fondo de un acantilado, en una carretera cortada.

Siempre, según la información, se suponía que la conductora del vehículo no vio la señal de peligro y tomó la carretera fatídica, donde se despeñó.

Las características del lugar en lo que a la mar se refiere, y debido a los remolinos constantes, hacían suponer, en principio, de que la conductora intentara saltar —la puerta izquierda delantera del auto estaba abierta— y sólo consiguiera estrellarse en las rocas más próximas al agua, cabiendo en lo posible el que su cuerpo fuese barrido por las olas.

Elliot concluía de leer la noticia en el bar cuando apareció Cristine, con el abatimiento reflejado en su rostro.

Elliot se levantó y le ofreció un asiento, llamando enseguida al camarero.

—¿Qué le ha dicho el inspector?

—Ha tomado nota de mi declaración. Ha prometido que investigaría.

Llegó el camarero.

—Creo que le conviene algo fuerte —aventuró Elliot.

—Sí. Un *whisky*. O, mejor, un coñac... No suelo beber, pero...

Elliot hizo un gesto de asentimiento al camarero, que desapareció para cumplimentar el encargo.

—No les costará trabajo dar con Kramer. Quien le recomendó en el laboratorio debe tener sus señas. ¿Se lo ha dicho al inspector?

—Sí. Se lo conté todo.

—Entonces, esté segura de que todo se pondrá en claro.

El camarero regresó con el coñac. La enfermera jugueteó unos instantes con la copa «Napoleón» y al final decidió bebería de un trago.

—¿Y mi hermana, señor Vincent? Mi hermana no volverá a la vida.

—No, desgraciadamente, pero... Usted querrá que se haga justicia, ¿verdad?

—¡Justicia! Me gustaría conocer a ese Kramer... Saber por qué lo hizo. ¿Por qué?

Esa misma pregunta también se la estaba formulando Elliot, pero ignoraba totalmente la respuesta.

¿Qué podía tener que ver una escritora con los manejos de William Kramer?

CAPÍTULO XIII

Elliot dejó a la enfermera en su domicilio, después de pedirle que se tomara unos días de descanso.

—No —había replicado ella—. Su esposa me necesite. Y yo... no es descanso lo que necesito.

La vio subir el tramo de escaleras que daba acceso a la elegante villa de la que era propietario, y después puso de nuevo en marcha el coche. Su inmediato destino era el domicilio de Jack Berger, su antiguo ayudante.

—¡Hola, eminencia! —saludó, sonriente y jovial, su ex ayudante, franqueándole la entrada.

Elliot pasó al pequeño apartamento. Berger fue directamente hacia su pequeño laboratorio, que formaba parte de la pieza, separado por una cortina.

De entre las botellas sacó una de *whisky*. Elliot se había sentado en una de las butacas y podía verle.

—Quiero hablar contigo, Jack.

—¿Hay problemas? —inquirió, regresando con dos vasos a medio llenar.

—Quiero dejar el laboratorio, quiero hacer exactamente lo mismo que tú.

Tomó el vaso que le ofrecía su ex colaborador y amigo y lo retuvo entre las manos.

—Por lo visto, son problemas serios —murmuró Jack Berger.

—Tú me dejaste por causa de mi descubrimiento...

—Bueno... No fue exactamente esto...

—No lo niegues ahora. Te asustaba todo lo que podía derivarse de aquello.

—Pues, sí... Y sigue asustándome..., a menos que hayas

encontrado el modo de contrarrestar sus efectos o de aplicarlo exclusivamente con fines humanitarios.

—No. No lo he encontrado. Moore me pide que trabaje y necesito de mucha calma para hacerlo, y, desgraciadamente, no puedo tenerla.

—Hace por lo menos un par de años que nos conocemos, Elliot. Y si mis reflejos no me fallan, a ti te ocurre algo grave...

—Sí, Jack, y quiero que lo sepas... —Elliot empezó el relato de los últimos acontecimientos.

Marion tomó toda clase de precauciones para salir a la calle. Cuando después de andar un par de manzanas se cercioró de que nadie la seguía, tomó un taxi y dio unas señas.

Diez minutos más tarde se hallaba en el domicilio particular de su jefe.

—¡Vaya! —exclamó John Malcom, de Malcom Exportaciones e Importaciones Limitada—. Al fin apareces.

La invitó a entrar. John Malcom no era el prototipo de jefe gruñón, sino todo lo contrario. Joven aún, y bien cuidado físicamente, mostraba un marcado interés por la muchacha.

—John... —replicó ella, pasando al interior—, necesito unas vacaciones. Las necesito cuanto antes...

—Ya has empezado a tomártelas...

—¡Oh, John! No ha sido mi intención, pero necesito esconderme. Me persiguen...

—Vaya... Eso se pone interesante. Cuéntame detalladamente lo que ocurre. Vamos. No tenemos prisa, y en mi casa estás segura, ¿verdad?

Ella forzó una sonrisa. John Malcom comenzó a preparar unos combinados de su bien surtido bar particular.

Elliot terminó el relato de los últimos acontecimientos, que su ex ayudante escuchó sin pestañear.

Concluyó pidiendo:

—Tienes que ayudarme, Jack.

—No veo cómo.

—No renuncio a seguir con mi investigación, pero quiero que seas tú quien me ayude.

—No, Elliot, eso se acabó para mí. Tengo un nuevo empleo y no pienso volver al laboratorio.

—No me has entendido. Investigaré por mi cuenta. Yo solo. Al fin y al cabo, todos los datos los poseo en mi cerebro.

—¡Hum! Moore te demandará.

—Que lo haga. Afrontaré mi responsabilidad, pero nadie podrá obligarme a que descubra mi fórmula.

—Eso, no; pero, al parecer, detrás de Moore hay alguien interesado en conseguirla. No te dejarán vivir tranquilo.

—Le expondré la cuestión a Moore. Le daré mi palabra de que una vez termine la investigación, si sale como yo espero, será él el beneficiario. Pero no quiero trabajar más allí.

—Bueno..., ese Kramer que has mencionado, con un asesinato a cuestas y otro intento, no creo que se deje ver.

—Es posible, pero tal vez me pongan a otro en su lugar que sea peor que él, o trabaje para los mismos.

—¿Para quiénes?

—¡Oh, Jack, no lo sé! Pero es seguro que Kramer es sólo un eslabón de la cadena. Tras él puede que exista toda una organización.

Jack quedó pensativo.

—Déjame unos días para decidir, Elliot. Yo quiero ayudarte y comprendo tu posición, pero... he de pensarlo.

—Gracias, Jack. Esperaba poder contar contigo.

—No he dicho que aceptara.

Elliot sonrió.

—Bien, yo sé que lo harás.

Jack apuró su vaso y cambió de conversación.

—Uno de esos días pasaré a saludar a tu esposa. ¿Te parece bien?

—Oh, sí. Bueno, ya no lo sé... Unas veces pienso que necesita compañía y otras, en cambio...

—Tranquilízate, amigo mío, y comprende su estado. No debe resultar nada agradable verse imposibilitado en un sillón de ruedas.

—Espero tu visita, Jack... Y tu respuesta —replicó Elliot, poniéndose en pie para marcharse.

Los dos amigos estrecharon sus manos.

Cuando Elliot Vincent se dirigió definitivamente hacia su casa, ignoraba la sorpresa que le estaba aguardando...

CAPÍTULO XIV

Le dijeron que alguien le estaba aguardando en la biblioteca. Un tal John Smith.

Un nombre demasiado ambiguo para ser verdad, pero no podía sospechar que su verdadero visitante era...

—¡Kramer! —exclamó.

—Suponía que se sorprendería usted —sonrió, impasible, el aludido.

—¿Cómo se atreve a...?

—Cálmese, se lo ruego... Ya sé que anda por ahí acusándome. He recibido la visita de la policía. No han podido probar absolutamente nada contra mí.

—La hermana de la mujer que usted asesinó está en esta casa.

—¿Se refiere a la enfermera Cristine? Una chica muy mona —sonrió, cínicamente, el hombre.

—Oiga, Kramer... No sé si la policía le ha interrogado o no, pero, con pruebas o sin ellas, es usted un ase...

Kramer sacó un revólver de pequeño calibre del bolsillo de su chaqueta.

—Silencio y no diga más tonterías. Y, por favor, no levante la voz. No hay por qué alarmar a nadie. Le repito que la policía ha estado en mi casa... Les he dado toda clase de satisfacciones. No puede usted acusarme de nada, señor Vincent, y, en cambio, le es muy conveniente escucharme.

—Sé lo que quiere, Kramer. Y no lo obtendrá jamás.

—Quiero, simplemente, trabajar con usted. —Jugueteó un momento con la pequeña arma, que acabó guarniéndose en su bolsillo.

—Esto, ni lo sueñe, Kramer.

—No pretenda amenazarme... Usted quiere conocer mi fórmula; si me mata, jamás la obtendrá.

Kramer sonrió.

—Existen muchas maneras. ¿Ha oído hablar de los lavados de cerebro? Una simple inyección anula la voluntad, y aquello que tan celosamente guardamos dentro de nosotros, deja de ser un secreto... Sí, mi querido señor Vincent. Usted sabe perfectamente que existen tales métodos.

—¿Piensa secuestrarme?

—Si no hay más remedio...

—No sé quién le protege a usted, Kramer, pero tarde o temprano acabará en la cámara de gas.

—¡Ah! Es verdad que usan cámara de gas en este Estado. Bueno..., cuando la presa lo vale, hay que correr al riesgo.

—Salga de mi casa, Kramer. Salga ahora mismo.

—¡Oh, desde luego! No pensaba que me invitase usted a cenar, pero... si ha pensado volver a la policía y explicarle nuestra entrevista, no lo haga. Le aseguro que no le van a creer. Nadie sabe de lo que hemos hablado aquí dentro.

—Usted ha dado un nombre falso... La doncella le identificará.

Kramer no perdía la tranquilidad por nada del mundo. Su temple parecía de granito.

—¿Y qué sabe usted si John Smith no es mi nombre verdadero?

Ambos quedaron mirándose desafiadoramente. Kramer sonrió levemente y murmuró:

—Mañana le esperamos en el laboratorio. Consulte con la almohada lo que le conviene hacer. ¡Ah! No se moleste en acompañarme. Conozco el camino.

Elliot se quedó un instante en el centro de la estancia. Al fin tomó una resolución. Si estaba solo en todo aquello, lucharía solo.

Cruzó la biblioteca en dirección a la puerta que comunicaba con su despacho.

De un mueble armario sacó un revólver calibre 38. Comprobó el tambor. Estaba descargado.

Buscó en otro departamento y sacó una caja de balas.

Comprobó el funcionamiento del arma. Luego, lentamente, introdujo una bala en cada uno de los seis agujeros del tambor.

Preparó sus cosas, una cartera de mano y un maletín, y se

despidió de su mujer.

—Voy a estar ausente unos cuantos días, Marge. Tengo que terminar un trabajo y no sé el tiempo que me llevará.

—No tienes por qué darme cuentas —replicó ella, con su tono agrio.

—Es posible que no te llame... Ni siquiera sé si nuestro teléfono está controlado por alguien.

—Pero..., ¿qué estás diciendo?

—Estoy corriendo un grave peligro, Marge... Bueno, quizá no serviría de nada el que te lo contara.

—Que tengas suerte en tu trabajo —fue la réplica de ella.

El se acercó para besarla. Durante unos instantes, ella pareció dispuesta a aceptar su beso, luego volvió el rostro para ofrecerle simplemente la mejilla.

Cinco minutos más tarde llamaba desde una cabina pública a Berger.

—Jack. Ahora sé positivamente que estoy vigilado. Tienen medios para hacerme confesar la fórmula; pienso defenderme, pero por si ocurriese algo, deseo que la sepas tú también...

—Vas demasiado deprisa... No, Elliot, no estoy decidido. Es demasiada responsabilidad para mí.

—No tengo a nadie más en quien confiar... Te lo ruego, Jack... Me vigilan. Kramer me ha amenazado con secuestrarme. Un suero cualquiera, de las características del pentotal, bastaría para hacerme soltar lo que sé...

—¿A tanto se han atrevido?

—Sí, Jack...

—Está bien... ¿Desde dónde llamas?

—De un teléfono público.

—No vengas a mi casa ahora, podrían seguirte... Espera, sé de un sitio... Sí. San Román.

—¿San Román?

—Es una pequeña bahía, a ciento cincuenta kilómetros. Un lugar tranquilo. Iremos por separado. Tú ve directamente a la bodega. No tiene pérdida. Es la única que existe. Pregunta por Sam, pero no vayas ahora mismo. Cierran pronto y Sam es un tipo muy especial.

—¿Mañana, entonces?

—Sí. A las ocho. Tú vas y me esperas. Di que vas de parte mía y

que necesitas una habitación... ¿Estás seguro que no te han seguido?

Elliot miró a través del cristal de la cabina.

—No. La calle está desierta.

—Por si acaso, alójate en un hotel y mañana, antes de tomar la dirección, asegúrate que no te sigan... Espero que comprendas el motivo de tantas precauciones, pero no quisiera ser un nuevo blanco de tus enemigos. Es mejor que no nos vean juntos.

—Lo comprendo perfectamente, Jack. Hasta mañana.

Colgaron casi al mismo tiempo. Elliot salió de la cabina. En la calle estaban aparcados algunos coches con las luces apagadas. El estaba seguro de que nadie le había seguido, pero...

Por si acaso, antes de instalarse en ningún hotel, daría un buen rodeo.

Sin embargo, habría quedado muy sorprendido de lo que estaba ocurriendo a espaldas suyas. Exactamente en su propia casa.

Su mujer, acostada ya, se incorporó en la cama y, con visible esfuerzo, sacó las piernas fuera.

Poco a poco fue enderezándose y comenzó a andar...

CAPÍTULO XV

La bahía de San Román estaba compuesta, como su nombre indicaba, por un diminuto golfo formado por una rada natural.

Barcas de pescadores sobre el pequeño varadero y un par de docenas de casas de madera circundando la recoleta cala era todo lo que había.

La bodega de Sam estaba en el centro mismo. El silencio más absoluto reinaba en el lugar. Ni siquiera el sonido del agua era perceptible, puesto que el oleaje, dada la estrechez de la ensenada, no llegaba al interior.

Pero Elliot no estaba allí para admirar el pintoresco paisaje ni solazarse con la calma del lugar. Calma, por otra parte, que bien le convenía.

Tenía sus nervios tensos, a pesar de haberse cerciorado de que nadie le había seguido hasta allí, pero la noche la pasó en vela, primero dando un buen rodeo y luego entrando en algunos bares hasta instalarse en un hotel, donde no logró conciliar totalmente el sueño.

Ahora, al fin, había llegado. Estaba seguro de que Berger colaboraría con él, pero más que nada sería poseedor de su fórmula, y si a él le ocurría algo, alguien podría continuar las investigaciones para contrarrestar los daños de su inacabado descubrimiento.

Antes de entrar en la bodega, se cercioró instintivamente de que su «treinta y ocho» seguía en el bolsillo derecho de su chaqueta.

Nunca había sentido necesidad de usar un arma, pero ahora se creía mucho más seguro con ella en el bolsillo.

Sam, un tipo corpulento, le atendió al otro lado del mostrador.

—¿Dice que viene de parte de Jack?

—Sí. Él no puede tardar. Entretanto, deme una habitación y

enseguida que Jack llegue, avíseme.

—¡Hum!... Aquí no alquilamos habitaciones. Sólo tengo un par para los amigos.

—Sí, sí, me hago cargo.

—Sí quisiera alquilarlas en verano, me las pagarían en oro... Éste es de los pocos sitios tranquilos que quedan en la costa.

—Ya me he dado cuenta.

—Gracias a Dios no han construido ninguno de esos hoteles monumentales, y la playa no se ha visto invadida de gente... Si un día ocurre esto, yo me largaré; pero no ocurrirá... No pueden obligarme a vender... Yo soy el dueño de los terrenos colindantes. Venga, venga por aquí. Le llevaré su equipaje. ¿Van a pasarse mucho tiempo?

—No lo sé... Primero tengo que hablar con Jack.

Subieron una tosca y gastada escalera de madera que daba a un rellano con varias puertas.

El bodeguero abrió una.

—No hay lujos ni comodidades, pero todo está limpio y hay paz. Aquí uno no se entera de lo que ocurre por esos mundos, que cada día andan peor.

Elliot no sentía el menor deseo de dar conversación al rústico propietario de la bodega, pero tal vez, y como despedida, se le ocurrió preguntar:

—¿Viene mucho Jack por aquí? —Y más que una pregunta fue una afirmación—. Sé cuánto le gusta la tranquilidad.

—Antes venía más. Sobre todo, los fines de semana.

—Es curioso... Nunca le había preguntado dónde iba. Creí que trabajaba.

—Oh, sí... Se traía cosas y pasaba las horas encerrado...

—Sí. Aquí se podría trabajar muy bien —admitió Elliot.

—Bueno... No sólo trabajaba. Usted ya me entiende. —Y el bodeguero le guiñó un ojo—. Claro que si son amigos, ya debe usted saberlo.

—¡Oh, sí!...

Elliot pensó que, indudablemente, su ex ayudante algunas veces iba con alguna chica. Era lógico: al fin y al cabo, Jack Berger era soltero.

—Bueno. Ahí le dejo. Si quiere escribir tiene una mesa —e

indicó una mesa cercana al balcón. Luego, el hombre se fue.

Elliot salió fuera y contempló una vez más el lugar hasta concentrar toda su atención hacia la única carretera por la que se llegaba hasta allí.

Pasaron los minutos y Jack no aparecía. Una hora. Dos...

Elliot se tumbó en la cama.

Al fin, llamaron a la puerta. Eran las doce del mediodía.

—Adelante.

Apareció el bodeguero.

—Oiga... Abajo hay un tipo que pregunta por usted. Le dije que esperara.

—¿Un tipo? Pero si nadie...

No terminó la frase. Tras el bodeguero apareció la figura de Kramer.

—No se moleste. El señor Vincent me recibirá.

El bodeguero miró un momento a los dos hombres. La actitud completamente tranquila de Kramer, su perenne sonrisa y su ademán indicativo de que deseaba quedarse solo parecieron convencer a Sam.

Kramer cerró. Frente a él, Elliot le miraba fijamente mientras con la palma de la mano se palpaba disimuladamente el bolsillo derecho.

—¿De veras creía que podría despistarme, Vincent? —sonrió Kramer.

—¿Ha venido solo o piensa secuestrarme? —preguntó a su vez Elliot, con aplomo.

—Para secuestrarle, o mejor dicho, para obligarle a venir conmigo, no necesito de nadie.

—Se equivoca, Kramer. Se equivoca por completo. Salga de mi habitación.

—No, no, no... —empezó el asesino, con ademán de sacar su revólver; pero Elliot, con gran agilidad, se le anticipó.

—Tomé precauciones —dijo, apuntándole con firmeza.

Kramer pareció sorprendido por vez primera.

—Ya veo...

—No se vuelva a cruzar en mi camino, Kramer. Salga de aquí. Algún día me gustará demostrar quién es usted, pero entretanto, lárguese.

—Cuidado, Vincent. Si dispara contra mí, se convertirá en un asesino. Recuerde que no hay pruebas que me acusen de nada.

—Fuera, Kramer. Si ha venido en coche, quiero verle partir. Le aseguro que no cogí el revólver simplemente para asustar. Lo usaré si es necesario.

—Antes dígame con quién está citado.

—Eso no le importa.

—Está bien, usted gana esta vez... —Vaciló un instante y retrocedió hasta la puerta, tras la cual desapareció.

Elliot esperó unos instantes y salió poco después con el arma en la mano. No. Kramer ya no estaba.

Entró de nuevo y fue hacia el balcón. Quería ver su coche y comprobar si se largaba.

Fue un error el suyo, porque a su espalda, la puerta volvió a abrirse. Esta vez, Kramer iba armado.

—No es usted muy inteligente, Vincent... Al menos, en el terreno de la estrategia —sonrió Kramer.

Elliot se volvió, intentando sacar de nuevo su «treinta y ocho», pero la mano armada de su oponente le relevó de hacerlo.

Avanzó unos pasos y se sentó frente a la mesa, donde estaba su cartera de mano.

Pensaba en Berger. Si llegara en aquel momento, podían suceder dos cosas: salir del atolladero o meter en él a su amigo.

Kramer se acercó.

—No pienso hacerle nada si se porta bien, Vincent, pero quiero que no haya malos entendidos sobre quién es el que manda aquí.

A Elliot le hervía la sangre. Todo el ímpetu de sus años universitarios, en los que siempre destacó por su buena condición física, sobresaliendo en importantes ramas del atletismo y deporte en general, pareció recobrarlo de pronto. Su mente trabajaba rápidamente, mientras las fuerzas se concentraban en su cuerpo.

Miró la cartera y vio a su enemigo bastante cerca. Calculó sus posibilidades y obró con fulminante rapidez.

—Oiga... —había empezado Kramer, pero Elliot, con ambas manos, tomó la cartera y la arrojó contra él, al mismo tiempo que se levantaba.

Cogido de sorpresa, Kramer se vio empujado hacia atrás por el peso de la cartera.

Elliot ya estaba sobre él como un alud.

Ambos forcejaban por la posesión del arma.

Elliot, de un certero golpe, hizo que el pequeño revólver de Kramer cayera al suelo.

Kramer demostró astucia y conocimiento pleno de la lucha. No se entretuvo en agacharse para recuperar el arma, sino que disparó su puño derecho, que salió catapultado hacia el mentón de Elliot, que lo encajó de lleno, derribándole hacia el balcón.

Ahora sí que Kramer podía coger el arma, pero Elliot se repuso más deprisa de lo que esperaba y, desde el suelo, empujó con el pie la silla contra su enemigo.

De un salto, se incorporó, y saltó sobre él.

Durante unos instantes lucharon cuerpo a cuerpo. Elliot se zafó de las tenazas de su rival y conectó un gancho que el otro pudo esquivar medianamente.

Le esperó con las manos tendidas, en una pose característica de un luchador de karate.

Elliot supo evitar la primera acometida. Esperó el segundo golpe y puso en práctica una vieja llave que volteó a Kramer.

Como si fuese un muñeco de goma, el asesino se puso de pie de inmediato, dispuesto a seguir la lucha.

Elliot ya estaba de nuevo presto al ataque. Un directo más certero que el anterior empujó a Kramer hacia la puerta, pero el tipo parecía ser duro como el granito.

De nuevo estaba en guardia.

Sin embargo, la puerta se abrió tras él. Kramer quiso volverse, pero no tuvo tiempo: Sam, de un certero golpe en la nuca, le derribó.

Elliot, jadeante, comenzó a arreglarse.

—Debería elegir mejor a sus amigos señor Vincent —dijo.

—Lo siento, Sam. Es un tipo peligroso, y no conviene que Jack le encuentre. Su vida podría correr peligro.

—¿Qué quiere que haga?

—¿Puedo llamar a Jack?

—Aquí no hay teléfono. Hay una cabina en la carretera principal. Está a unos diez kilómetros.

—Gracias. Voy a llamar. Quiero saber si Jack ha salido ya. De momento, vigile a ese tipo.

—¡Hum! No se preocupe. Le mantendré dormido —replicó Sam.

Cuando Elliot llegó a la cabina indicada, la encontró ocupada por un individuo. Otros dos esperaban. Fuera había bastantes coches.

—Por favor —pidió—. Tengo prisa... ¿Qué es lo que pasa?

—Un accidente. Un coche se ha despeñado. A un par de millas, en la carretera secundaria.

—¡Ah!

El que estaba llamando abrió la puerta de la cabina.

—¡Eh! ¿Alguno sabe a lo que se dedicaba el accidentado?

Los otros se encogieron de hombros.

—Sólo se ha comprobado el nombre por la documentación que llevaba encima. El cadáver ya lo has visto: no lo reconoce ni su padre...

Otro de los que esperaban se dirigió a Elliot.

—¿Tú eres colega?

—¿Colega?

—Prensa.

—¡Oh, no!

El de la cabina debía hablar con su periódico.

—Sí. El nombre está bien claro: JACK BERGER.

—¿Eeeh? La exclamación de extrañeza procedía de Elliot.

Jack Berger se había despeñado mientras acudía a la cita.

CAPÍTULO XVI

La noticia de los periódicos no dejaba, lugar a dudas:

Jack Berger había recibido un fuerte golpe antes de que su cuerpo quedara carbonizado.

La sospecha de que aquello no fuese algo más que un accidente quedaba en el aire.

La policía investigaba el asunto.

Para Elliot Vincent no existía la menor duda: su ex ayudante había sido asesinado. Y ahora volvía a encontrarse solo. Completamente solo...

Ahora estaba frente a su esposa, que ocupaba la Silla de ruedas, como siempre.

—Has terminado muy pronto tu trabajo, Elliot —dijo ella.

—Jack Berger ha muerto —murmuró él.

—¿Y éste es el motivo?

—Necesitaba verle... ¡Oh, Marge! Si pudieras comprender... Ni siquiera te impresiona la muerte de Jack...

—Lo siento... Aunque no lo creas, lo siento. Si no me impresiona es porque ya lo leí en los periódicos y quería hablarte de ello.

—¡Ah!

—¿Por qué necesitabas ver a Berger?

—Pues porque... ¡Un momento! ¿Cómo sabías que necesitaba verle? Acabo de decírtelo ahora mismo y dices que querías hablarme de ello...

—Porque anoche telefoneé a Berger.

—¿Le telefoneaste? ¿Cuándo?

—Después de que te fueras... Sabía que habías ido a su casa...

—¿Cómo? ¿Es que ahora me espías?

—Elliot... —Por primera vez en mucho tiempo, la voz de su

mujer sonaba distinta. Había perdido aquel signo agrio, volvía a humanizarse...—. Creo que he sido una egoísta, tina egoísta insufrible.

—Marge... No comprendo.

—Aunque no lo creas, no he dejado de quererte... Aun queriendo odiarte, no podía, Elliot... Y me preocupabas.

Él sonrió. Aquel cambio de tono, aquel inicio de ternura, le había vencido. Para él, su Margaret era antes que todo.

Se acercó. Ella le ofreció sus labios y un largo y prolongado beso puso fin a una amarga temporada. Al menos, así pensaba Elliot.

—No importa ahora cómo supe que habías ido a ver a Jack Berger...

—Lavinia, supongo.

—Bueno. No la juzgues mal. Es una resentida. Te vio y te siguió... Yo le quité importancia, pero tú me habías hablado de problemas, de dificultades, y no quería hacerte caso... Incluso llegué a decirte que había creído que eras tú el que atentó contra mi vida.

—¡Oh, Marge!

—No... No eras tú, Elliot. Sé que lo habría notado. ¡Oh, Elliot, Elliot! Quisiera que me lo contaras todo, quisiera poder ayudarte; por eso anoche me decidí a llamar a Jack. Le dije que estabas en un apuro, que sabía que le habías ido a ver... El me dijo que os encontraríais mañana en un lugar de la costa.

—¿Te dijo esto?... —inquirió Elliot, con una sorpresa.

—Sí. ¿Por qué?

—Entonces es que el teléfono está intervenido por alguien... De este modo pudo seguirme Kramer.

—¿Kramer?

—Oh, Marge... No quisiera preocuparte; lo que de veras rae interesa eres tú, tu salud...

—Bien, Elliot. Cuéntamelo todo, por favor. Cuéntamelo y olvidemos este tiempo pasado; quiero saber cuáles son tus problemas...

Elliot se acercó más a su esposa. Volvió a besarla. Ella le ofrecía sus dulces y apasionados labios. No quería preguntarse cómo se había obrado aquel repentino cambio; le bastaba con comprobar que su esposa se parecía más que nunca a la Marge que conoció, a

la Marge que había hecho su esposa...

Entretanto, en un apartamento corriente, William Kramer se daba un ligero masaje en la nuca, mientras conversaba con su interlocutor.

Su visitante era John Malcom. El jefe de la joven Marion.

—El tipo me cogió desprevenido. Es la primera vez que me ocurre algo parecido.

John Malcom sacó un pitillo, lo encendió y lanzó una bocanada de humo azulado.

—Lo que te hizo ese tipo de San Román es poco con lo que te hubiera hecho yo si llegas a liquidar a Marion.

—Sólo pretendía asustarla.

—No es ése tu trabajo.

—Escucha, Malcom, nunca me he fiado de esa gatita.

—Esa gatita es cosa mía —replicó Malcom, con energía.

—¿Te gusta, eh?

—Eso no te importa.

—Mi pellejo está en juego, y eso sí me importa. Quisiera estar seguro de que, además del peligro de los federales, no existe otro a mi espalda.

—Por parte de Marion nada tienes que temer.

—Yo no estaría tan seguro.

—Tú eres simplemente... lo que eres. Se te contrató por tus méritos. Tenías un bonito historial y, además, tu amistad con uno de los jefazos del laboratorio facilitaba mucho las cosas; de lo demás no tienes que preocuparte.

—¡Muy bonito! Cogéis mi ficha policíaca, os convengo y me mandáis a buscar. Montáis una comedia para «cazar» a Vincent y sale mal. Luego tengo que seguir dando la cara y...

Malcom le atajó.

—Quizá eres menos hábil de lo que creíamos.

—Quizá sea porque estoy trabajando a oscuras.

—¿Qué quieres decir?

—Marion no sabe que tú y yo nos conocemos. ¿Por qué?

—Para seguridad de ella. ¿Algo que objetar?

—¿Por qué tanto misterio?

—Si la «pescan», que es poco probable, y consiguen hacerla «cantar», que es menos probable todavía, no podrá decir que somos

cómplices. Yo soy simplemente su jefe.

—Claro. Y así me acusaría a mí.

—Te pagamos bien, ¿no?

—Yo no soy un chivato, pero si me veo con la soga al cuello, tú no te irás de rositas.

—No digas estupideces. Nadie puede relacionarnos. Nuestras entrevistas se han efectuado siempre sin testigos. Nada nos une... Además, el jefe tiene buenos recursos.

Kramer se puso en pie.

—Toda mi vida me ha fastidiado trabajar con segundones. Desde un principio, repito, habéis echado demasiado misterio: la chica, los otros cómplices y el jefe. ¿Por qué no puedo conocerle?

—Cuanto menos nos conozcamos, mucho mejor. ¿No te parece?

—No. No me parece. Tengo ideas, pienso, y si pudiera exponerlas al jefe, él las comprendería.

—Dímelas a mí. Yo se las transmitiré.

—No. No es lo mismo.

—Como tú quieras, aunque dudo que el jefe necesite de esas ideas tuyas. Sabe bien lo que se hace. Esta mañana lo ha demostrado.

—¿Esta mañana?

—Claro, hombre... Con la muerte de Berger. —Y John Malcom amplió su sonrisa.

—¿Y por qué matar a Berger?

—El jefe lo sabe. Lección primera: no hacer preguntas.

—Lección segunda: servir de blanco a los federales...

—Qué manía tienes. Tú no eres un novato. Y hasta el momento, nada han podido probarte. Sigues siendo un ciudadano respetable...

Kramer se sirvió un *whisky* mientras Malcom se ponía en pie.

—Bueno..., quiero terminar esto cuanto antes. ¿Cuáles son las órdenes?

—Hablabamos de muertes, ¿verdad? Pues esta noche habrá otra. Por supuesto, tú tendrás un papel muy destacado.

—¿A quién le ha tocado el turno ahora?...

—Su nombre es...

CAPÍTULO XVII

Aquella noche habría otra víctima. Su nombre sólo lo conocían los asesinos.

¿A quién le tocaba el turno en aquella trágica y siniestra lotería? Pero volvamos con los Vincent.

Elliot había explicado a su esposa todo lo ocurrido. No ocultó nada, ni siquiera los encuentros con Marion.

¡Qué comprensiva fue Margaret!

«Así daba gusto», pensó él. Se sentía incluso con más fuerzas para arremeter contra sus ocultos enemigos.

Marge, después de haber escuchado con interés el relato de su esposo, replicó:

—¿Por qué no acudes al FBI?

—¿Al FBI?

—Habla primero con Moore. Si quieres, yo misma le llamaré por teléfono. Que venga él aquí.

—Ya no me fío de nadie, Marge.

—¿Piensas que Moore...?

—Moore o cualquiera de sus socios.

—Es absurdo. Moore conocía a mi padre de toda la vida. Es una excelente persona.

—Sí, desde luego, pero aun suponiendo que él no tenga nada que ver. Los «otros» lo sabrán, quizá le sigan. Estoy atrapado, Marge, pero no me cogerán desprevenido.

—Ten cuidado, Elliot; ten mucho cuidado...

El quedó pensativo.

—El FBI —murmuró como si hablara consigo mismo—. No creas que no lo haya pensado. Pero esto supondría una investigación a fondo. A los del laboratorio no les sentará bien, y, además..., es

posible que en la Oficina de Investigación Federal exijan pruebas de mi fórmula. No. Es demasiada complicación...

Ella le observaba en silencio. Elliot prosiguió como en un monólogo:

—Sé que estoy vigilado. Controlan todos mis pasos. Si saben que he ido al FBI, puede que levanten el vuelo momentáneamente, pero más tarde o más temprano volverán a la carga.

—¡Elliot! —interrumpió Margaret, de pronto—. Se me ocurre una idea... Bueno... Ya sé que Lavinia no te es muy simpática, pero...

—¿Lavinia? ¿Qué tiene que ver...?

—Tiene muchos amigos, y creo que una vez me habló de alguien que está relacionado con la Oficina Federal de Investigación. Si ella pudiera ponerte en contacto con alguien... Nadie sabría lo que propones. Aunque te vigilen, no sospecharán porque hagas una visita a Lavinia.

—Ya comprendo. Quieres que lleven el asunto extraoficialmente.

—Sí. Espera. Voy a llamarla. —Hizo intención de girar su carrito hacia la mesita donde estaba el teléfono.

El la atajó con un ademán.

—No. Desde aquí, no.

—¡Ah! Por la línea...

—Sí. No estoy muy seguro, pero es posible que esté controlada.

Elliot pensó durante unos instantes. No parecía gustarle demasiado la idea de tener que tratar con Lavinia.

A través de la ventana, vio a un par de policías uniformados. De repente, se le ocurrió algo.

—Es curioso: la policía sigue vigilando la casa, y estaban aquí cuando Kramer vino a visitarme.

—¿Qué tiene de particular?

—¿De qué manera te protegen? Cualquiera puede entrar y atentar contra tu vida.

—Se limitan a vigilar. Ningún asesino entraría para cometer un crimen ante las narices de la policía.

—Kramer entró.

—Es verdad... —murmuró ella.

Otro silencio.

—Supongamos que Lavinia puede ponerme en contacto con un

agente federal... Es posible que duden de mí. Atentaron contra tu vida y no está claro quién lo hizo. Ignoro si para el inspector Dekker sigo siendo un sospechoso.

—Por eso no te preocupes. Yo misma diré al inspector, y al agente, y a quien sea que tú no tuviste nada que ver.

—Está bien. Iré a ver a tu amiga. ¿Crees que estará?

—Procura estar a las siete. Estará cenando, probablemente. Y no tengas ningún recelo. Lavinia, en el fondo, cree siempre obrar de buena fe...

—Es una solterona entrometida. Habla por hablar y no mira a quién pueden dañar sus palabras.

—Todos tenemos nuestros defectos, querido.

—Está bien. Iré —concluyó Elliot.

Todavía le quedaba tiempo, y se retiró a su despacho para pensar. Si conseguía que un agente hiciese una investigación extraoficial, llevando las cosas con tacto, sería la solución más eficaz.

«Una investigación abierta —pensó— toparía con la oposición de los jerifaltes del laboratorio; sobre todo, si ese Kramer, al parecer, es apoyado por alguien influyente... Y tiene que serlo. Ha cometido un asesinato que ha quedado impune...».

«Pero..., ¿quién está tras él? —continuó divagando para sí—. A Berger no le pudo matar..., a menos que lo hiciera antes de llegar a San Román... Sí. Puede que le golpee antes y luego lo despeñase...».

Pero enseguida desechó esta posibilidad.

«El vino en coche. Alguien tenía que conducir el auto de Berger; por tanto, hay otra persona, otro asesino a sueldo, posiblemente».

Sus pensamientos quedaron cortados por la llamada telefónica. Tomó el auricular.

—Elliot Vincent al habla. ¿Quién es?

—Elliot. Soy Marion.

—¡Ah, Marion! ¿Dónde estás?

—He cambiado de domicilio. Mi jefe me buscó un apartamento.

—¿No temes a Kramer?

—No he vuelto a verle... Conté todo lo ocurrido a mi jefe. Dijo que no me preocupara. Me pasa a recoger y me acompaña.

—¿Y cuándo te quedas sola?

—¡Oh, es un apartamento moderno, ya lo verás! Puedo ver siempre quién llama antes de abrir. Ven Elliot; tengo algo importante que decirte.

—No tengo mucho tiempo.

—No te entretendré mucho. Diez minutos. ¿Puedes?

—De acuerdo. Dame tus señas.

—Lenon Street. Está detrás del parque, un lugar tranquilo. Ya verás.

—De acuerdo, Marion. Ahora voy.

Colgó y salió del despacho. Iba a despedirse de su esposa cuando tropezó con la enfermera, que salía de las dependencias de servicio.

Cristine le sonrió levemente. Llevaba una bandeja con unos zumos.

—¿Las cosas van mejor con su esposa? —Y aclaró—: Me lo ha dicho ella misma.

El asintió, preguntando:

—¿Dónde va con esto?

—Es para su esposa. La doncella no está. Hoy es su día libre.

—¡Ah, bueno! Deme. Yo se lo llevaré. Voy a salir.

—Como usted quiera, señor Vincent.

El tomó la bandeja y vio que el rostro de la muchacha se había ensombrecido. Quizá el recuerdo de su hermana una vez más le producía aquella natural congoja.

Acababa de partir cuando sonó de nuevo el teléfono.

Lo tomó la enfermera.

—Diga...

Tuvo que repetir un par de veces para que una voz extraña, deformada, preguntara por Elliot.

—No. No está. Soy la enfermera. ¿Con quién hablo?

—No importa el nombre. Quisiera hablar con Elliot.

—Ha salido. Si quiere dejarme el recado.

—No. Póngame con la señora Vincent.

—De parte de quién...

—Eso a usted no le interesa. Es particular.

—Un momento. Veré si puede ponerse...

Cristine dudó un momento. Se alejó un instante, pero enseguida regresó. Iba a tomar el aparato, cuando se volvió de súbito. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¡Señora Vincent!

Sí. Margaret Vincent estaba tras ella, en pie.

—¿Por qué no me da el teléfono, Cristine? —preguntó.

—¡Señora Vincent! —replicó Cristine—. Puede... puede andar.

Margaret avanzó con paso vacilante hacia la mesita donde estaba el teléfono.

CAPÍTULO XVIII

El nuevo apartamento de Marion era en verdad lujoso.

Desde el umbral de la puerta, una simple ojeada bastaba para comprobar que aquello no se podía pagar con un sueldo de empleada.

—Bueno. No te quedes en la puerta. Pasa —invitó Marion.

Elliot cruzó el umbral. En el *hall* podía verse perfectamente la pantalla de un televisor de circuito cerrado.

—Cuando llaman, explicó ella, se enciende la pantalla y es posible ver de quién se trata.

—Muy moderno. Te felicito. Aunque supongo que las malas lenguas andarán sueltas. Claro que tú no tienes prejuicios.

—Debo estar agradecida a mi jefe. ¿No crees? Puede que al fin decida casarme con él.

—Eres libre, ¿no?

—Por supuesto...

—Creí que no acababa de gustarte ese... ¿Cómo se llama?

—Johnny... John Malcom.

—¡Ah! Ya le llamas Johnny. En fin, vamos a lo que importa. No tengo mucho tiempo. ¿Qué es lo que querías decirme?

—Voy a prepararte algo.

El observó el espléndido bar situado en la separación de lo que era la pieza principal.

—Ve hablando mientras. Tengo una cita a las siete.

Ella sirvió dos vasos. El miraba alrededor, más que admirando el lujo, pensando en Marion, en su nueva forma de vivir... Aquel bar, por ejemplo. Sin duda, John Malcom lo había surtido bien para sí mismo.

—Ponte cómodo, hombre. ¿No te gusta esto?

—Es una verdadera preciosidad, pero no he venido para admirar tu nuevo apartamento.

Marion le ofreció un vaso y se quedó el otro para sí.

—Elliot... Si necesitas algo que yo pueda hacer...

—¿Con la colaboración de John Malcom?

—John Malcom no sabe nada. Estamos tú y yo. El me deja tranquila.

—Ya veo —replicó Elliot, mirando otra vez en torno suyo.

—¡Oh! No seas mal pensado. El viene aquí a buscarme, ya te lo he dicho.

—Y te acompaña.

—Sí. Hoy ha sido el primer día.

—No ha montado ese bar para ti..., a menos que de repente te hayas vuelto alcohólica.

—John tiene mucho dinero, pero carece por completo del sentido de la femineidad.

—Es lógico, siendo un hombre.

—Quiero decir que ha alquilado esto tal como estaba, sin pensar que se parece más a un apartamento de soltero que un pisito propio para una chica.

—Mira, Marion, no me interesan tus asuntos. Gracias por tu ofrecimiento, de todos modos.

—¿No te fías de mí, verdad? Te lo conté todo. Te dije que sentía haberte mezclado en ese asunto, pero si no hubiese sido yo, habría sido otra... Kramer y los suyos son de los que no ceden fácilmente.

—Sí, es posible. —Y tomó un sorbo de *whisky*. Ella le imitó.

—¿No confías en mí? —sonrió Marion.

—¿Por qué no?

—Entonces, si tienes dificultades, si quieres trabajar solo, puedes utilizar esto. Ya has visto que esta calle no es fácil de encontrar, y sabes de antemano quién te visita.

—¿Tienes mucho interés en que trabaje aquí?

—¡Oh, Elliot! Olvida el pasado. ¿Cómo quieres que muestre mi arrepentimiento, poniéndome de rodillas?

Lo hizo, al tiempo que ingería otra dosis de su vaso.

—Perdón, perdón, perdón. Confía en mí...

—Estás muy graciosa —sonrió él, apurando el vaso.

Se levantó y añadió:

—Si era sólo eso lo que querías decirme...

—Sí. Tú buscabas un lugar tranquilo, y éste...

—Vamos, levántate.

—Bueno. Si tienes tanta prisa.

Ella le tendió la mano para que él la ayudara a incorporarse, pero de pronto la retiró.

—¡Oh! Mi cabeza...

—¿Qué te ocurre?

—Todo me da vueltas... Te veo lejos, muy lejos...

—Vamos, vamos..., debe ser el *whisky*. No estás acostumbrada a beb...

Se quedó con la palabra en la boca. Intentaba ayudarla, pero ella se desplomó y él también sentía un extraño mareo.

—¡Dios mío! ¿Qué es...?

Intentó sujetarse la cabeza con las manos, parpadeó varias veces. Todo daba vueltas. Sobre todo, la botella de *whisky*, que estaba aún sobre el mostrador del bar.

De pronto, también él comenzó a ver las cosas lejanas y cada vez más oscuras, hasta que no sintió nada.

Ni siquiera el golpe que se produjo al caer sobre el alfombrado suelo.

CAPÍTULO XIX

Una hora más tarde, a las ocho exactamente, Kramer salía de su coche, aparcado en las proximidades de la villa. Amparado en la oscuridad, cruzó el jardín lateral de la tercera de las villas antes de llegar a la de los Vincent.

Los policías, en su rutinaria vigilancia, no observaron la silueta del hombre moviéndose muy cerca.

Diez minutos más tarde sí le vieron. Era sólo una sombra que escapaba por la ventana.

—¡Eh! —dijo uno de los agentes—. Fíjate.

—¡Vamos! —replicó el otro.

Corrieron hacia la casa.

Nadie contestó a su insistente llamada.

—Persigue a aquel sujeto —dijo uno—. Yo entraré por la ventana.

El encargado de seguir a Kramer corrió hacia el coche, y lo puso en marcha, pero el fugitivo se había esfumado.

Recorrió las calles. Nada. Como si la tierra se lo hubiese tragado.

Un cuarto de hora después regresaba. Las puertas de la casa estaban abiertas. En el umbral estaba el otro agente.

—No lo he encontrado...

—Menuda la hemos hecho... He llamado al jefe.

—¿Qué pasa?

—Entra si quieres... ¡Habrá que oír al jefe! ¡Maldita sea!

El agente entró.

Allí, en el *hall*, junto al teléfono, yacía en el suelo Cristine, la enfermera. Había recibido dos balazos, disparados con silenciador, sin duda alguna, en el pecho.

No era, ciertamente, un espectáculo agradable.

Avanzó hacia la habitación que le indicó su compañero, desde la arcada que comunicaba el *hall* con el salón.

—La otra está en el dormitorio.

El agente se dirigió al dormitorio de la misma planta. La puerta estaba entreabierta. La empujó suavemente.

En el centro de la estancia, y junto a su carrito de inválida, en el suelo, estaba el cuerpo de Margaret Vincent.

Acababan de ser asesinadas...

La ambulancia, haciendo sonar su sirena insistentemente, se abrió camino hasta el hospital.

Los médicos empezaron a trabajar.

Media hora más tarde, uno de los cirujanos salió del quirófano para informar a Dekker.

—Hemos hecho codo lo posible...

—¿Ha muerto? —inquirió Dekker.

—No... Pero está muy grave; permanecerá inconsciente algún tiempo. No es posible precisarlo. Todo depende de cómo reaccione.

—Entonces..., no es posible interrogarla.

—Ni pensarlo.

—Bien. Cuando la trasladen a la habitación, un par de hombres cuidarán de vigilarla. Su información nos será muy valiosa, porque, sin duda alguna, conoce el nombre de su agresor.

Uno de los ayudantes de Dekker llegó en aquel momento.

El inspector se despidió del médico para atender al recién llegado.

—¿Qué hay de Elliot Vincent?

—Nada, señor... Como si la tierra se lo hubiese tragado.

—Bien. Esperen instrucciones. Yo tengo algo importante que hacer.

Dekker se dirigió hacia el laboratorio. Los peritos le informaron.

—Los dos disparos del cuerpo de la víctima son hechos con la misma arma. Ahora sólo falta comprobar las otras cuatro restantes.

Dekker se las entregó.

—Aquí las tiene. Han podido ser extraídas del cuerpo de la otra.

—Tardaremos un poco —dijo el perito—. Si tiene prisa, puede llamarnos dentro de...

—Volveré —atajó el inspector.

Se cruzó con el forense.

—¿Algo nuevo?

—No. Nada que añadir. Es un caso claro. Y la hora la muerte concuerda poco más o menos con la que dieron sus agentes.

—Bien. Gracias.

La siguiente visita de Dekker fue para el inspector del FBI.

—Ustedes dirán lo que debo hacer. Quizá a lo mejor conozcan incluso el nombre del asesino.

—Algo no ha salido de acuerdo con nuestros planes, Dekker. De momento nos interesa saber si las balas halladas en los cuerpos de las dos mujeres han salido de la misma arma.

—Esto es lo que están averiguando los chicos.

—Bien. En cuanto lo sepa haga el favor de comunicárnoslo. De momento, oficialmente, seguiremos manteniéndonos al margen.

—¿En cuanto al posible asesino...?

—¿En quién piensa? —cortó el del FBI.

—No sé qué pensar. De momento, el marido de la Vincent no aparece.

—Búsquelo y deténgalo.

—¡Vaya! ¿Puedo acusarle de asesinato?

—Interróguelo, pero no se exceda.

—Oiga... Si de veras cree que Elliot Vincent es el asesino y se me permite una sugerencia...

—Hágala.

—El cree que ha matado a las dos. No cabe duda. Pienso que cuando le echemos el guante, podríamos fingir que creyésemos su posible coartada y le dejáramos libre.

—Comprendo, Dekker. Así, cuando supiera que su mujer ha sido sólo mal herida y que puede recuperarse, acuda a rematarla. ¿No es esto?

—Sí. La trampa no es nueva, pero suele dar buenos resultados.

—De acuerdo, inspector, pero no es necesario. Y ahora escúcheme. Este asunto lo hemos llevado con el máximo secreto. No es la primera vez que fórmulas importantes que pueden ser aplicadas con fines bélicos han salido de nuestro país. Durante mucho tiempo hemos andado a tientas. Las investigaciones a plena luz no han dado el menor resultado. Por primera vez tenemos motivos por sentirnos un poco más optimistas, pero la menor indiscreción podía echar todo nuestro trabajo de meses por los

suelos.

—No me lo cuente —bromeó Dekker—. No sea que hable en sueños.

—En serio, Dekker. Quizá le necesitemos, y sé que puedo confiar en usted. Verá, la cosa empezó cuando la esposa de Elliot Vincent sufrió el accidente...

El inspector del FBI prosiguió su relato. Dekker escuchó atentamente.

CAPÍTULO XX

Era poco más de medianoche cuando Elliot Vincent comenzó a recobrase.

La cabeza todavía le pesaba más de lo normal. Tenía los pensamientos confusos. Todo su cuerpo le dolía.

Miró en torno suyo. Sí... Estaba en el mismo salón donde se desvaneció horas antes. Poco a poco comenzó a recobrar la noción de las cosas. Consultó su reloj.

—Dios mío... —musitó.

Recordó que a las siete tenía que estar en casa de Lavinia.

Recordó a Marion. Tenía que estar allí, a su lado. Sin embargo, no estaba.

No. No era lógico. Si ella despertó antes, ¿por qué no...?

Sus pensamientos sufrieron una brusca interrupción.

¡No estaba solo!

Frente a él, con una mirada glacial, se encontraba Kramer. Estaba en pie. Mirándole. Como tratando de adivinar sus más recónditos pensamientos.

Por primera vez no lucía su sempiterna sonrisa cínica.

Elliot se fijó bien en un detalle. Iba desarmado.

«Malditos —masculló para sí—. Me habéis tendido una trampa...».

Buscó en los bolsillos de su americana. No. No estaba el revólver. Se lo habían quitado mientras estaba inconsciente. Entonces, como si tratara de incorporarse, pensó en la forma de atacar a Kramer... Quizá le creía sin fuerzas. No es que le sobrasen, pero, poco a poco, su misma situación, lo acaecido, le infundía un coraje que suplía la plenitud de sus fuerzas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, de pronto, Kramer,

acercándose unos pasos.

Estaba a la distancia precisa. Todo consistía en tomar impulso y...

Sí. Estaba seguro de sorprenderle, y Elliot ya no lo pensó más.

Se levantó de un salto y se lanzó como un alud contra Kramer. Su cabeza, a modo de ariete, chocó contra el estómago de su enemigo, que cayó contra una lámpara de pie, derribándola, Elliot estaba encima. Su posición era magnífica y comenzó a golpearle.

Kramer consiguió, sin embargo, con una llave hábil, librarse del despiadado acoso. Dio una voltereta sobre sí mismo y se puso en pie. Ahora tenía todas las ventajas. Elliot no se amilanó.

Se lanzó desesperadamente, impidiendo que Kramer echara mano del arma que, sin duda, iba a sacar.

Dos certeros impactos alcanzaron al asesino, pero supo encajarlos y devolver uno. Elliot cayó de espaldas al suelo.

Ya no tuvo ocasión de incorporarse.

—Cálmese, amigo... Así no logrará nada.

—Ni vosotros tampoco, canallas...

—Ya hemos conseguido lo que queríamos.

—¿Qué...? —La alarma y el estupor, mezclados, se reflejaron en el rostro de Elliot.

—Mire lo que hay sobre el mostrador del bar.

Elliot se volvió rápidamente.

—¡No! —exclamó.

Acababa de ver una jeringa, con la aguja correspondiente, y una ampolla de inyectable vacía.

—¡No! —volvió a exclamar.

Miróse a sí mismo en el espejo situado junto al bar a modo de pared. De su brazo derecho asomaba la manga de la camisa. El gemelo estaba desabrochado.

—Si observa su brazo no verá nada. Tenemos personal muy hábil. Saben cómo y dónde poner una inyección sin que deje señal.

—No... No es posible que yo haya hablado...

—Tengo en mi poder la fórmula, Vincent.

Elliot se dejó caer sentado sobre el diván.

—Se lo advertí. Habría sido mejor para todos que usted hubiese colaborado.

—Me gustaría matarle, Kramer. Me gustaría hacerlo.

—Lo siento, Vincent. La víctima va a ser usted. Nadie debe saber lo sucedido... Bueno, tampoco le creerían, porque Marion está de nuestra parte. Y este apartamento no le pertenece. ¿Comprende? Nunca podrá justificar que ha estado aquí.

Kramer dio un paso adelante y comprobó el cargador de su pistola. El ruido metálico no hizo perder la serenidad a Elliot.

—¿Y ahora quiere matarme? ¡Claro! No quieren correr riesgos. Si alguien le creyera... El FBI, por ejemplo... Yo podría darles la fórmula; cualquiera buscaría el medio de combatirla.

—Pero muerto usted, Vincent, ya nadie, excepto nosotros, sabrá la verdad de lo ocurrido.

—Pero encontrarán mi cadáver. Mi esposa...

—¡Un momento, Vincent! —le atajó, rápidamente, Kramer—. Quiero que sepa que su muerte estará perfectamente justificada. Será un suicidio...

Al decirlo, sacó de otro bolsillo el «treinta y ocho» de Elliot.

—¿Un suicidio? ¡Mi revólver! Pero...

—¿No lo comprende, verdad? ¡Lástima, Vincent! No podrá leer los titulares de los periódicos de mañana por la mañana...

—Hable claro, Kramer.

—Su esposa ha sido asesinada y también la enfermera que la cuidaba. Usted es el asesino.

—¡Canalla! Esto no puede ser verdad... No puede...

Kramer le mostró el teléfono.

—Llame. Verá cómo le contesta un policía.

Elliot se lanzó al teléfono como una fiera. Marcó el número de su casa.

El teléfono sonó un par de veces.

Elliot se puso a la escucha...

—Oiga... Oiga... ¿Con quién hablo?

—Con la policía. ¿Quién es usted?

Kramer cortó la comunicación.

—¿Convencido?

—No... Es una trampa.

—Crea lo que más le convenga. No importa. Pero tengo que acabar con esto. No tema. No sentirá nada. Le encontrarán muerto en un callejón con una bala en la sien. Sus huellas estarán en el revólver. Será el suicidio más claro y más justificado... Mata a su

mujer y a la enfermera que ha descubierto su crimen y luego, en un ataque de locura, se suicida.

Kramer se acercó lentamente.

—Vuélvase de espaldas.

—No... No lo haré.

—Por favor, Vincent, no me obligue a que esto resulte más desagradable.

Se iba acercando lentamente. Elliot agrandó los ojos.

—Le mataré de todos modos, Vincent...

—No, no... —balbució Elliot.

Kramer tenía el revólver a la altura del corazón, un poco ladeado. Elliot tenía el sofá detrás. Intentó saltar, parapetarse, ganar tiempo...

No consiguió sus propósitos.

El índice del asesino se ciñó al gatillo, hizo una ligera presión y el estallido seco de la pólvora resonó por toda la sala.

CAPÍTULO XXI

En el laboratorio, Dekker, después de su vuelta del despacho del inspector del FBI y conocedor de la historia completa, examinaba el informe de los peritos.

Tanto los disparos que hirieron gravemente a Margaret Vincent como los que causaron la muerte a la enfermera Cristine Keller, habían salido de la misma arma. El asesino, por tanto, era la misma persona.

Dekker salió para informar a los periodistas que estaban ávidos de noticias.

—Bien, muchachos. No cabe duda de que el asesino es Elliot Vincent. Quería recobrar su libertad y lo ha conseguido.

—¿Ha muerto la señora Vincent?

—Sí —mintió el policía—. Igual que la enfermera.

—¿Por qué supone que mató a la enfermera? —preguntó uno.

—Porque era un peligroso testigo. La prueba es que hemos encontrado el cuerpo de la señora Vincent en su habitación, y el de la enfermera en la sala. Es de suponer que sorprendió a Vincent saliendo de la alcoba con el revólver en la mano y —hizo un gesto significativo.

Otra pregunta:

—¿Dónde está Vincent?

—Otra:

—¿Es verdad que ha desaparecido?

Otra:

—¿Cuándo espera capturarlo, inspector?

—Calma, muchachos. No tardará en caer en nuestras manos.

—Pero ¿está seguro que es él, inspector?

—Bueno. Digamos que es el sospechoso número uno —sonrió

Dekker.

—Así lo publicaremos —dijo uno.

La barahúnda de informadores, después de sacar unas placas de Dekker, salió a escape para escribir el artículo que a la mañana siguiente aparecería en los distintos periódicos.

Lentamente, Dekker regresó a su despacho y marcó el número del despacho del inspector del FBI.

—Ya he informado a la Prensa, según sus deseos.

—Bien, Dekker. Ahora tenemos que esperar los acontecimientos.

Ambos policías colgaron.

Dekker sacudió la cabeza de un lado para otro como queriendo decir: «¡Esos del FBI!...».

En el salón del apartamento de Marion acababa de sonar el disparo.

Kramer mantenía todavía el arma en la mano, y sin soltarla, cayó de rodillas al suelo.

El peso de su cuerpo produjo un ruido sordo.

Elliot Vincent estaba atónito.

Estaba seguro de que el disparo había partido del arma de Kramer. Sin embargo él seguía vivo, y no había nadie más en la casa.

Claro que todos estos pensamientos desfilaron por su mente en unas fracciones de segundo. Las suficientes para ver el movimiento que Kramer le hacía al llevarse el dedo índice a la boca, en señal de silencio.

La perplejidad de Elliot aumentó.

Kramer se dirigió hacia el bar y le hizo una indicación.

En silencio, Elliot miró hacia el lugar. Kramer le estaba señalando un jarrón de flores.

Al acercarse, Elliot vio que allí había un micrófono.

Seguía sin comprender. Sólo sabía que estaba vivo y que Kramer se comportaba de un modo extraño.

Con precaución, procurando que el leve ruido de los pies, al pisar la alfombra, no fuese captado por el micrófono, Kramer avanzó, ordenando con un ademán a Elliot para que le siguiera.

Poco después se hallaban fuera del apartamento.

—Por el camino le contaré —explicó Kramer—. Ahora límitese a seguir mis instrucciones.

Bajaron por la escalera. La casa se componía de cuatro únicos pisos. Todos deshabitados.

Antes de salir a la calle, Kramer dijo:

—Voy a sacarle como si estuviera muerto de verdad. No sea que haya alguien vigilándonos.

Elliot iba a decir algo, pero Kramer negó con la cabeza. Era mejor, pues, seguir la comedia.

La calle estaba desierta. Kramer dejó a Elliot tumbado en el asiento posterior de un coche negro, sedán. Él tomó el volante y, rápidamente, se alejó del lugar.

El sedán negro discurría por la carretera de la costa.

—Ya puede incorporarse —dijo Kramer.

—¿Dónde vamos? ¿Quién es usted?

—Mi nombre es John Smith...

—Déjese de bromas ahora. ¿A qué viene toda esta comedia?

—Ahora ya puedo decírselo. Pertenezco al FBI.

—¿Al FBI?

—Sí... Lo ha oído nombrar alguna vez, ¿verdad?

—Estoy perplejo, pero siga... ¿Qué hay de mi mujer?

—No está muerta, pero intentaron matarla... Ahora no podrá verla; oficialmente, usted también está muerto.

—Suéltelo todo, Kramer, o John Smith, o como se llame.

—Bueno, la historia es un poco complicada. Se la resumiré. Primero sabíamos que una determinada organización o grupo de personas conseguían fórmulas químicas para vender a potencias extranjeras. Segundo, jamás habíamos obtenido el menor indicio de quién o quiénes estaban mezclados en el asunto. Tercero, llega el primer sospechoso: un tipo que aparece flotando en aguas de la bahía. Alguien relaciona al muerto con John Malcom, en apariencia exportador e importador, un trabajo magnífico para pasar informes. Mantenemos vigilado a John Malcom, sin resultado positivo, hasta que aparece Marion en escena. Por si acaso, la seguimos. Observamos que Marion se toma un gran interés por usted. Buscamos en los archivos. Marion no tiene historial delictivo. Indagamos a fondo y llegamos a saber que ambos habían pertenecido a una especie de club donde se reunían con varios amigos. Entonces surge la pregunta: ¿Por qué, si fueron amigos, Marion se limita a observarle y no le saluda? Luego, otro detalle

muy significativo... Fue cuando usted tuvo el accidente de coche con su esposa.

—¿Qué tiene que ver el accidente?

—Que usted pudo saltar a tiempo pero ella no.

—¿Acaso sospechaban que yo pudiera tener algo que ver?

—En algunos casos hay que sospechar de todo el mundo; por tanto, ignorábamos si Marion le espiaba por cuenta de una organización o si en vez de espiarle se limitaba a esperarle.

—Yo no volví a ver a Marion hasta aquel día en el bar...

—Sí, sí. Pero nosotros no podíamos saberlo. Sabíamos, en cambio, que habían sido muy amigos, sabíamos también que, desde el accidente, su esposa se había vuelto recelosa... Ciertamente que jamás le vimos reunirse con Marion, pero..., ¿por qué no pensar que el trabajo de la muchacha se limitaba a esperar a que usted tuviera noticias para dárselas a ella?

—¡Hum!... Espero que haya podido comprobar...

—¿Quiere saberlo todo o no?

—Sí, por favor, continúe.

—Llegamos al punto número quinto. Tras la preparación, que no viene al caso, consigo hacerme pasar por amigo del tipo que encontramos en la bahía. En el departamento me proporcionan un historial tan intenso como falso de actos delictivos que se supone que he cometido, y con tales credenciales entablo relaciones con John Malcom. Malcom consulta con su jefe y tengo la suerte de que me admitan y me den un primer trabajo. Usted ya lo sabe. Consiste en representar una comedia en su honor, usted me cree un asesino, etcétera, etcétera.

—Pero yo le vi matar a una mujer...

—Ya llegaremos a esto. No se impacienta...

—Oiga —volvió a interrumpir Elliot—, usted dijo que a mi mujer intentaron matarla...

—No se preocupe por esto ahora. Hay que llegar hasta el final.

—Bien, siga.

El agente del FBI prosiguió sin perder de vista la carretera, cuya raya intermedia quedaba perfectamente iluminada por los potentes focos del sedán negro.

—Tenemos a Marion y a usted como presuntos cómplices de Malcom. Es decir, del jefe de Malcom, porque el exportador es sólo

la cabeza, digamos, visible. Pues bien. La comedia sólo sirve para tenerlo asustado, para suscitar en usted un estado de tensión; pero aunque este estado se produce, usted no reacciona. Su vida es todo lo normal que puede ser en un hombre asustado y un tanto desmoralizado por las circunstancias. Trato de asustar por mi cuenta a Marion, para llegar hasta el jefe, ya que éste es el motivo principal de mi misión. Tampoco lo consigo.

—Un momento... ¿Cómo podía saber en todo momento dónde me encontraba yo?

—Por la cómplice número tres: su enfermera.

—¿Cristine?

—Sí. Está en el juego. Ella escuchaba sus conversaciones y me avisaba; por eso trató de ganarse su confianza.

—Mi esposa en manos de una...

—Cálmese, ya no podrá hacerla ningún daño... A propósito... ¿Sabe que su esposa quería darle una sorpresa? —¿Una sorpresa?

—Sí. Había empezado a andar... Ya le explicaré cómo lo he sabido.

Elliot ya no tenía capacidad para sorprenderse de nada. El del FBI continuó:

—Bien, llegamos a la última noche. Me entero de que el «jefe» ha planeado matar a la esposa de usted. Ya no dudo en absoluto de que usted es el «jefe». A pesar de su fingido temor, a pesar de todo, usted es el jefe...

—¡Oiga...!

—Silencio. Usted quiere saberlo todo y tiene derecho a ello, puesto que oficialmente ya es un «cadáver». Elliot tragó saliva. Kramer prosiguió:

—Es lógico que piense así. Pues cabe la posibilidad de que su esposa sepa algo; otra posibilidad es que usted quiera librarse de ella para unirse a Marion, pero de pronto mis más convictas sospechas se desvanecen cuando Malcom me ordena pincharle, obtener la información y luego matarle. Entonces me doy perfecta cuenta de que usted no puede ser el jefe de la banda y, además, de que su mujer corre un grave peligro. Intento avisarle, pero usted ya ha salido. Siempre con la voz desfigurada, para que Cristine no pueda reconocerme, pido hablar con su mujer para que esté prevenida, para que llame a alguien. Cristine no se atreverá delante

de testigos, y además, hay tiempo, porque para salvar a la enfermera de toda sospecha, mi misión es llegar hasta las cercanías de la casa, hacer una seña a Cristine y huir de modo que la policía pueda verme, como así ha sido...

—Entonces..., ¿habló con mi mujer?

—No. Oí cómo Cristine y ella discutían. Por lo que decía Cristine, deduje que su esposa podía andar. Opté por colgar; cualquier cosa que hubiera dicho habría alarmado a su mujer. Cristine podía haber entrado en sospechas. Pensó que tendría tiempo de evitar el asesinato que, según órdenes, no debía cometerse hasta que yo llegara, pero, por lo que sea, Cristine debió tener miedo y quiso apresurar el final. Lo que ocurrió es lógico de imaginar. Su esposa se dio cuenta, debió forcejear con Cristine, y el resultado• fue la muerte para Cristine y heridas para su señora.

—¿Graves?

—Bueno... Esto es cuestión de los médicos.

—¡Dios mío! ¿Por qué no puedo verla?

—¿Es que rió lo comprende? Me ordenaron matarle, después de haberle pinchado para obtener su fórmula, pero no he hecho ninguna de las dos cosas. Afortunadamente, descubrí el micrófono a tiempo y representé aquella comedia para los que me oían...

—¿Quiénes son?

—Seguros, dos: John Malcom y Marion. Malcom quiere quedar al margen y quedarse con la chica.

—¿Y quién los dirige?

—Eso sigo sin saberlo; pero, dadas las órdenes recibidas, no cabía otra solución que ésta: seguir la corriente. Ahora esperarán mi regreso con los logaritmos que Esperan haya sacado de usted...

—Pero si había un micrófono...

—No sé preocupe... Una de mis armas secretas es... saber imitar las voces. Imité la suya en él estado que se supone se encuentra un inyectado con pentotal. Di unos números y unos guarismos ininteligibles; por tanto, suponen que yo estoy en posesión de la fórmula y me esperarán. Entonces no me tocará más remedio que servir de cebo hasta llegar a presencia del verdadero jefe. ¿Comprende?

—¿Y mientras tanto, yo...?

A pesar de la oscuridad, disminuida por el reflejo de la luna,

Elliot creyó encontrar familiar aquel paisaje.

Era la bahía de San Román.

—Procure que Sam le de alojamiento. Espero que sea el último sitio en que le busquen..., si algo se complica.

Detuvo el coche a unos trescientos metros. Todo estaba oscuro. Salieron del auto y Kramer le entregó el revólver.

—Tome. Cambie las balas; todas son de fogueo.

Le dio el paquete con las auténticas.

—No se mueva para nada de aquí, y espere noticias mías. Si a mí me ocurre algo, vendrá otro en mi lugar, le mostrará la credencial y le dará instrucciones... ¡Ah! —le ofreció la mano—. Perdone los malos ratos que haya podido hacerle pasar. No me guarde rencor. Era mi deber.

Elliot recogió la mano del agente y la estrechó en silencio.

—Preferiría actuar con usted. La inactividad me exaspera.

—Ya he podido comprobar que es un magnífico luchador, pero en este caso hay que seguir con la comedia.

Elliot echó una mirada a la rada.

—A propósito —murmuró—. ¿Y Jack Berger?

—Ese crimen lo planearon sin contar conmigo.

—Cristine debió oírme llamar por teléfono y avisó...

—Puede que fuera ella misma la asesina... Usted no la conocía bien, Elliot. Bajo su máscara de poquita cosa se escondía una verdadera artífice del crimen.

—¿Cristine?

—Fue ella la que mató a su hermana... ¿No lo sabía?

—¡Cielos!

—En realidad no eran hermanas del mismo padre. Hellen, la mayor, descubrió algo y la mató.

—Entonces lo que yo vi...

—Usted vio a una mujer correr. No era posible distinguirla... La mujer era Marion. Recuerde que durante un instante yo la tapé por completo... Si algún día vuelve por allí, verá que entre las rocas existen unas regatas bastante pronunciadas. Es fácil esconderse en una de ellas. Es lo que hizo Marion. Luego me incliné como si estuviera estrangulándola y tomé el monigote preparado... Entretanto, Marion se deslizaba por entre los salientes y daba la vuelta...

—¿Y la hermanastra de Cristine?

—Despeñada en el mismo lugar Unas horas antes... Sólo que hice creer a Marion que yo era el asesino para asustarla...

—Empiezo a comprender. Así, aquella mañana, Cristine no hizo más que seguirme...

—Exactamente. Veladamente, quería hacerle sospechar que yo era un asesino para que a usted ya no le cupiera ninguna duda.

—Pretendían que cediese y revelara la fórmula...

—Sí. El pentotal no es tan seguro como algunos piensan. Las películas han exagerado con respecto a su eficacia.

—Bien... ¿De veras no me deja actuar?

—No... Y ya hemos perdido demasiado tiempo. Ande. Vaya a la bodega de Sam. Seguramente, gruñirá un poco, pero siendo amigo de Berger, le atenderá.

El policía del FBI no dijo más. Agitó la mano y se metió en el coche.

Elliot, sólo en la oscuridad, avanzo hacia la cerrada bodega.

CAPÍTULO XXII

Malcom consultó el reloj.

—Es tarde. Quedamos en que nos reuniríamos a las ocho.

La reunión era en el apartamento, digamos, de Marion, Los reunidos eran Malcom y Kramer.

—Pensé que al jefe no le gustaría madrugar.

—Tú no tienes más jefe que yo.

—Bien, Malcom. Piensa que la fórmula la tengo en mi cabeza, y muerto Elliot Vincent, es conmigo con quien tienes que entenderte, ¿verdad?

—¡Ahora veo tu juego! Nunca acabé de fiarme de ti.

—Abreviemos, Malcom. Las cosas han cambiado. Ahora soy yo el que da las órdenes. Hay muchos cadáveres por ahí; no quisiera que por el hilo los «polis» llegaran al ovillo. Necesito «pasta» abundante para desaparecer.

—¿Cuánta?

—Prefiero tratarlo con el jefe.

—¡No!

—Pues no hay fórmula.

Malcom puso rápidamente mano en el bolsillo y sacó un revólver. Kramer sonrió.

—No pensarás usarlo ni en broma, ¿eh? ¿Qué diría el patrón?... Tanto trabajo para una fórmula y liquidas al único que puede facilitarla.

—Está bien... De momento, tú ganas. Pero será él quien decida.

—¿Moore? —preguntó, al azar, Kramer.

—Tienes mucho interés en saberlo, ¿verdad?

Se produjo un silencio que fue interrumpido por el timbre del teléfono. Malcom lo tomó.

—Diga. Sí... Sí... ¿Cómo? De acuerdo, jefe. De acuerdo.

Colgó.

—¿Ves qué fácil? Ha adivinado nuestros pensamientos y acaba de llamar.

—No. No es un adivino. Nos ha estado escuchando a través de este micrófono que tenéis escondido.

—¿Te crees muy listo, eh? —Y esta vez, Malcom sacó el revólver y apuntó directamente a Kramer—. Pues éstas son las órdenes..., de momento... El jefe es más listo de lo que supones. El espera conseguir la fórmula de otro modo.

—¿De cuál?

—Me dijo que te dijera que... en el sedán negro que yo te indiqué que robaras para trasladar el cuerpo de Vincent... también tenía un micrófono.

Del rostro de Kramer no se movió un solo músculo, pero interiormente se maldijo... ¿Cómo no se le ocurrió mirarlo?...

Le dijeron: «Roba ese coche... Hace más de una semana que está aquí. No tiene la llave puesta, pero no te será difícil sacar los hilos del contacto...». Y «cayó en la trampa».

—El jefe —siguió Malcom— es desconfiado por naturaleza, y a veces da buenos resultados, ¿verdad?

—La partida no ha terminado, Malcom. Es todo lo que puedo decirte.

Un coche gris, marca «Chevrolet», modelo corriente, se acercaba lentamente a la bahía de San Román. Su conductor —el «jefe»— llevaba a una mujer como acompañante. A través del retrovisor podía verse su rostro. Era Marion...

En la bodega, Elliot paseaba nervioso, en la misma habitación que había estado anteriormente.

Se sentía como león enjaulado.

De pronto, abajo, le pareció escuchar voces; luego, sonido de pisadas por la escalera de madera. Al fin, los pasos acercarse a la habitación, y unos golpes en la puerta.

Elliot acudió a abrir. En el umbral apareció un viejo conocido. Los ojos del científico se dilataron hasta el máximo. No podía dar crédito a lo que estaba viendo.

—Sí, hombre. Soy yo en persona... ¿O es que crees en fantasmas? —sonrió el recién llegado.

—¡Berger! ¡Jack Berger!

Jack pasó tranquilamente a la estancia; llevaba consigo unos periódicos.

—Vayamos directos al asunto. Primero lee esto. Verás qué aquí dice que tu esposa y la enfermera Cristine han muerto; pero es falso: tu esposa vive. Ya te lo contó el agente Kramer, del FBI, anoche.

—Pero tú sabías... —empezó Elliot, desconcertado.

—Yo lo sabía todo, amigo mío. Cuando supe los resultados de tu fórmula, habría sido muy fácil que me la confiaras; pero cuando un secreto lo poseen únicamente dos personas, es muy fácil saber quién de las dos se ha ido de la lengua... Así que si te hubieses enterado de que tu fórmula había volado al extranjero, habrías deducido que sólo yo podía ser el responsable. Por tanto, opté por largarme a tiempo y emplear otros conductos que me pusieran a cubierto de toda sospecha... Tú insististe y entonces opté por la solución más fácil: desaparecer. De un muerto nadie sospecha nada...

—Entonces tú...

—Sí. Yo manejo los hilos, Elliot, y ahora me vas a dar la fórmula.

—Ni lo sueñes, Jack. Perdiste tu oportunidad cuando me fiaba de ti, cuando te creía un buen amigo.

—Compañero, solamente... Pero me la darás. Piensa en tu mujer. No querrás que ella pague tu terquedad, ¿verdad?

—No serías capaz...

—Por mí ya estaría muerta. Cristine falló. Y pagó las consecuencias. Mejor, un testigo menos; pero tu mujer vive, y si no hablas, morirá. Tengo gente fiel. Tan fiel, que uno murió por mí... Lo encontraron con mis documentos y el rostro carbonizado. Claro que el pobre no sabía lo que iba a sucederle... Pero en el hospital hay otro. En cualquier momento puede entrar en la habitación de Margaret, cerrar la válvula del oxígeno y...

—Eres un perfecto canalla... —Y sin dudar, Elliot sacó del bolsillo de su chaqueta el «treinta y ocho».

—No cometas ninguna tontería de la que puedas arrepentirte. No olvides que estás de espaldas a la puerta.

Instintivamente, Elliot iba a volverse.

La voz de Marion a sus espaldas le obligó a permanecer quieto.

—Te estoy apuntando, Elliot. Suelta tu revólver.

—¡No! Me mataréis de todos modos.

—Pero tu esposa vivirá... Por el contrario, si no hablas, moriréis los dos, y tú nunca has sido tan egoísta, ¿verdad? Vamos, suelta el revólver.

—No, Jack... Me necesitas... Quieres, ante todo, esa maldita fórmula, pero no la sabrás, y aunque Marion dispere, me dará tiempo a hacerlo yo también... Caerás, Jack... Caerás conmigo... De nada habrá servido tu tortuoso juego.

—Bueno... Si lo quieres así... Te propongo otro trato. Tendrás una oportunidad de escapar...

—¿Esperas que te crea?

Marion se había colocado a un lado. Empuñaba verdaderamente una pistola automática provista de silenciador.

—Tendrás que hacerlo...

Se hizo un silencio que interrumpieron los golpes en la puerta y la voz de Sam.

—La pistola, Marion —exclamó Jack.

Ella la escondió entre los pliegues de su gabardina, que llevaba en el brazo.

Sam apareció.

—¿Están ustedes bien?

—¡Sam! —exclamó Elliot, retrocediendo—. Son unos canallas, unos asesinos. Tengo que salir de aquí y avisar a la policía.

—¿Eh?

—De veras, Sam...

—No me gustan estas cosas en mi casa. Guarde ese revólver.

—Vamos, Sam. Enciérrelos.

Sam dudó y acabó asintiendo. Salieron fuera. Elliot guardó el revólver. Entonces comprendió que había cometido una tontería.

Sam le cogió el brazo y, con una llave bien estudiada, lo inmovilizó. Con la otra le quitó el arma.

—Ahora vas a entrar de nuevo. Es Jack Berger el que lleva la voz cantante. No se te olvide...

—Tú también eres «de los suyos». Suéltame ya...

—Sería muy fácil romperte el brazo.

La puerta se abrió. Jack, desde el umbral, ordenó:

—Ya está bien, Sam. Desarmado no será ningún peligro. Entra. Tú nos ayudarás a hacerle entrar en razón.

Sam aflojó la presión. Era el instante que Elliot esperaba. Su sangre hervía de nuevo. Estaba excitado y necesitaba actuar.

Una contra llave cogió desprevenido a Sam. Con estudiado impulso, lo propulsó hacia delante.

Sam cayó contra Jack, derribándole.

Elliot empezó a correr hacia la escalera. Detrás le seguían los otros. Oyó cómo Jack gritaba:

—Tú espérate, Marion.

Sam se lanzaba como un alud contra Elliot, pero éste logró esquivar y el corpulento hombretón cayó de bruces, impidiendo el paso a Jack.

Elliot consiguió una ligera ventaja y corrió hacia el auto de Jack. Necesitaba huir de allí. Avisar a la policía.

Desde el balcón, Marion disparó. La bala perforó la plancha de la portezuela del coche, muy cerca de la mano de Elliot.

Un nuevo disparo le obligó a parapetarse al otro lado. Aquello dio tiempo a Sam para situarse a un lado y a Jack al otro. Le tenían prácticamente acorralado.

Elliot no se amilanó. Esquivó el golpe de Sam. Era un tipo fuerte, pero carecía de técnica.

Aprovechó la fracción de segundo para conectar su izquierda contra el mentón de Jack, que cayó derribado.

Volvió a esquivar a Sam, al que golpeó en la nuca, pero el mastodonte se incorporó de nuevo.

Ahora Elliot saltaba con los pies por delante, de forma acrobática, para alcanzar nuevamente a Jack, que lanzó una maldición al rebotar su cuerpo en el suelo.

Sam pudo, sin embargo, conectar una zurda, que alcanzó el pecho de Elliot. Sintió por un momento como si los pulmones fueran a estallarle, pero se repuso a tiempo de esquivar un segundo golpe.

Jack se había levantado de nuevo.

—Acabemos de una vez. Sujétalo, Sam...

¡Y que nadie presenciara aquella escena, como si se tratara de un pueblo fantasma!

Allá, a lo lejos, unos pescadores zurcían sus redes, pero entre las barcas y metidos en su trabajo no podían ver nada.

Sam trató de rodearle. De sujetarle. De nuevo Elliot pudo zafarse

de aquel acoso y, revolviéndose, pegó dos veces en el abdomen de su rival; un tercer golpe al hígado le hizo doblarse; luego, con ambas manos, le asestó un certero golpe en la nuca. Sam cayó como un fardo. Trató de incorporarse, pero no pudo.

Jack, al verse solo, se encontró perdido. En una lucha cuerpo a cuerpo no se atrevía. Prefería, como había demostrado, el trabajo sutil, a la sombra. Elliot le perseguía implacable. Saltó sobre él, ya en la arena de la playa. Rodaron por el suelo, incorporándose a la vez.

Jack, desesperadamente, intentó defenderse, pero Elliot, más fuerte, más poderoso, paró el golpe y le soltó un directo en el mentón que hizo perder el equilibrio a Jack que, tambaleándose, fue a chocar contra una barca.

Ahora sí empezaba a acudir alguna gente: pescadores sorprendidos.

Jack yacía en el suelo. Había sufrido un tremendo golpe en la cabeza y la arena estaba manchada con sangre. Elliot comprendió. Se había dado con el canto de un ancla. Tenía los ojos abiertos, muy abiertos, y permanecía inmóvil.

Todos miraban a los dos hombres. El silencio, la tensión, cedió cuando se puso en marcha el motor del auto. Elliot vio perfectamente a Marion que intentaba escapar.

Corrió con todas sus fuerzas. El auto tomaba velocidad, pero tenía que describir una curva por detrás del acantilado. Elliot, como en sus mejores tiempos, la atajó por las rocas y saltó a su paso.

Se agarró al techo del coche. Marion comprendió que llevaba un «pasajero» y, al llegar a la carretera, comenzó a zigzaguear.

Quería hacerle saltar. Elliot seguía aferrado.

—Tu mujer morirá... Si no reciben instrucciones de Jack, morirá —gritó ella.

—No, Marion... Tú me llevarás hasta el hospital... Te conviene. Estás metida en esto hasta los huesos... Te conviene ayudarme.

—Ni lo sueñes... Tengo un pasaje y voy a largarme, pero tú no lo verás —y volvió a girar el volante.

No cabía duda de que era una excelente conductora. Su continuo zigzagueo a aquella velocidad era un peligro para Elliot, que no gozaba de la menor estabilidad en su incómoda posición.

Llegaban a la curva. Elliot sentía que sus manos resbalaban.

Marion iba a tomar la curva a más de cien kilómetros, muy metida a la izquierda.

Entonces surgió el otro coche. Venía en dirección opuesta. Marion viró bruscamente. Demasiado bruscamente. Por inercia, Elliot saltó hacia el otro lado, y porque comprendió lo que iba a ocurrir. Y ocurrió...

El auto de Marion se despeñó por el precipicio. Aquella vez, el accidente no fue fingido.

A Elliot le ayudó a incorporarse el chófer del otro auto. Era Kramer.

—¿Cómo está? —se limitó a preguntar.

—Creo que bien —replicó Elliot—. Pero tenemos que ir al hospital. Mi esposa corre peligro...

—Ya no, señor Vincent. Me costó trabajo deshacerme de Malcom, pero lo conseguí. Sabía que el «jefe» había venido hacia aquí... Por cierto, tendrá que decirme quién es.

—Berger. Jack Berger. No estaba muerto.

—Bueno. ¿Qué ha sido de él? —replicó, sin experimentar ninguna sorpresa, el agente.

—Creo... que ha muerto... Sostuvimos una pelea. Pero mi mujer está en peligro. En el hospital...

—Cálmese. Su esposa está bien vigilada. Y para su tranquilidad, le diré que han detenido a uno que intentaba hacerse pasar por enfermero; así que ya no tiene que preocuparse de nada... ¡Ah! Y le felicito... Se ha portado usted como un compañero de profesión... Y ellos que pensaban asustarle tan fácilmente. Con su aspecto, nadie lo diría...

—Bueno..., creo que cuando se trata de defender la propia vida o la de la persona a la que más se quiere, uno tiene que sacar el genio.

—Pero usted es de los que parecen una cosa y son otra. Ni miedoso, ni cobarde.

—Simplemente, un hombre normal, Kramer...

—Ande. Vamos a llamar por teléfono desde la cabina que hay un kilómetro más allá. Que traigan la ambulancia y todo el jaleo. Usted acompañeme a la bahía. Regresaremos enseguida.

EPÍLOGO

Sí. Berger había muerto por segunda vez... Pero aquella vez, de verdad. Marion, destrozada al fondo del abismo, había pagado su ambición, oculta bajo aquella máscara de sinceridad.

Cristine pagó con la vida su intento de asesinar a Margaret, quien confirmó la pelea sostenida entre ambas.

John Malcom, el único superviviente, y el falso enfermero del hospital, llevaban ya seis meses en prisión.

Pero esto era agua pasada. Elliot había conseguido la fórmula completa, que ya nadie podría utilizar para mal.

Ahora iba a emprender unas bien ganadas vacaciones.

¡Ah, sí! La que va a su lado es Margaret. Anda perfectamente. Sus esfuerzos y sus deseos ya sabemos que dieron buen resultado. Luego, la ciencia dijo su última palabra.

En cuanto a las cuatro balas alojadas en su cuerpo, ya sólo quedaban las cicatrices, un recuerdo para toda la vida. Una vida, sin embargo, que ahora volvía a parecerle hermosa.

A bordo del transatlántico, acodados en la cubierta, agitaban la mano a Kramer, que fue a despedirlos.

—Éste es el auténtico placer de viajar. Nada de correr a la velocidad del sonido. Cinco días para llegar a Honolulu y luego recorrer las Hawaii, broncear nuestra piel bajo el sol y estar solos tú y yo...

—Cuánto tienes que perdonarme, Elliot. Mi amargura te hizo sufrir. Dije cosas que no quisiera haber dicho...

—¿Por qué recordar esto ahora, querida?

El barco se apartaba lentamente del malecón. Kramer agitaba los brazos al tiempo que un botones del barco llegaba con un ramo de flores y un paquete pequeño. El ramo era para Margaret, con una

tarjeta de Kramer:

«Que pase una feliz segunda luna de miel».

El paquetito contenía el «treinta y ocho» de Elliot, que Kramer se había llevado como prueba durante el juicio. También había una nota:

«No está de más, ¿verdad?».

Elliot sonrió. Retuvo el arma unos momentos y acabó por arrojarla al mar.

—Estoy seguro que no volveré a necesitarla.

Y abrazó a su mujer. Parecían un par de novios en viaje de luna de miel.

Al fondo, la silueta de Kramer se confundía entre la gente que despedía el transatlántico.

Pero ellos, Elliot y su mujer, sólo tenían ojos para sí mismos.

Ahora recuperarían el tiempo que el destino les había condenado a perder.

¡Vaya si lo recuperarían!

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.